



**Benemérita Universidad
Autónoma de Puebla
Instituto de Ciencias Sociales y
Humanidades “Alfonso Veléz Pliego”**

**Políticas afectivas *de la piel delgadita*: tramas de acompañamiento y
trabajo de reproducción ante las violencias feminicidas en un México en
guerra**

Tesis

que para obtener el grado de maestra en Sociología

Presenta

Amalia De Montesinos Zapata

Directora de tesis

Dra. Mina Lorena Navarro Trujillo

Enero, 2023

**A todas las abuelas,
a las madres que buscan justicia y memoria,
a mis hermanas y compañeras de vida.
A las mujeres que luchan,
a las que nos cuidaron y nos enseñaron a cuidar.
Hasta que no haya ni una menos,
nunca más.**

Índice

Introducción

- I. **Nosotras somos piel delgadita: el cuerpo colectivo protagonista de esta tesis.**
 - II. **Nuestra piel delgadita en el contexto de la guerra en México.**
 - III. **Metodologías afectivas: investigando cuando hablamos desde nuestros afectos y nuestros cuerpxs-territorios.**
 - IV. **Los capítulos de esta tesis: tres momentos de nuestra historia compartida.**
-
1. **Las abuelas nos enseñaron a cuidar la vida: por una reivindicación política del cuidado entre mujeres.**
 - 1.1 **Historizando el cuidado como mandato: de la colonización y domesticación de las mujeres y cuerpos feminizados a la (problemática) distinción entre “trabajo productivo” y “trabajo reproductivo”.**
 - 1.2 **Darnos el permiso de la rebeldía: El *acompañamiento* como una forma de subversión política entre mujeres.**
 - 1.3 **Genealogías del cuidado entre mujeres: ¿quienes nos enseñaron a cuidar(nos)-acompañar(nos)?**
 2. **Políticas colectivas de *la piel delgadita*.**
 - 2.1 **Nuestrx cuerpx colectivo para luchar por la vida en medio de la guerra.**
 - 2.2 **Poner el cuidado en el centro.**
 - 2.3 **La justicia (patriarcal) no tiene rostro de mujer: prácticas de justicia colectiva desde los afectos y el acompañar(nos).**
 - 2.4 **Acompañarnos en tiempos de la COVID-19.**
 3. **Acompañar es un trabajo que crea y sostiene la vida.**
 - 3.1 **Politizando sentidos para la lucha: el acompañamiento como una dimensión del trabajo de reproducción.**
 - 3.2 **Sosten material, afectivo y simbólico del *acompañamiento*.**

3.3 El sosten colectivo del trabajo de acompañamiento en medio de la pandemia por el COVID-19.

3.4 Sosteniendo la vida en un país en guerra: trabajo de acompañamiento y prefiguraciones políticas desde *la piel delgadita*.

Reflexiones finales

Referencias bibliográficas

Introducción

I. Nosotras somos piel delgadita: el cuerpo colectivo protagonista de esta tesis

Nosotras somos piel delgadita, somos la posibilidad de sentir mucho, de sentir muy profundo. Nosotras somos cuerpx, somos afectos, somos ternura. Somos piel delgadita y así andamos caminando, hilando, deshilando y tejiendo juntas esta necesidad de la vida, esta necesidad de perdurar dignamente en este país feminicida. Nuestra piel delgadita es nuestra forma de politizar nuestra existencia colectiva; es la forma en la que honramos a nuestras abuelas, en la que sembramos vida para las que vienen, es nuestra forma de recordar a las que buscamos y a las que nos arrebataron pero que viven en nuestras tramas de cuidado y ternura.

La investigación que a continuación leerás es un tejido que emana del cuerpo como territorio y como gesto de amor y ternura. Esta investigación existe porque *desesitaba*¹ (Pérez Orozco, 2014) abrir un espacio y un tiempo concretos para comprender, pasar por el cuerpo y narrar lo que se pone en juego entre mujeres que nos cuidamos y nos acompañamos al sostener luchas por justicia y memoria ante la espiral de la violencia feminicida en el Valle de México. Este pasar por el cuerpo y narrar nuestro camino lo realicé con la colectiva Las Siemprevivas, mujeres que acompañan y son acompañadas; también realicé una recuperación de archivo de los textos y producción escrita colectivamente por el Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio. He sido acompañante en ambos espacios colectivos, en el segundo desde 2017 y en el primero desde 2022 producto de una amistad larga y del vínculo que se generó al realizar esta tesis. También realicé un proceso de auto-etnografía, que explico más adelante en esta introducción, para repensarme y sentirme al formar parte de estas tramas de cuidado y ternura, de esta piel delgadita.

Las protagonistas de esta tesis son todas mujeres acompañantes: las madres, hermanas, abuelas, familiares, padres y hermanos en lucha por verdad, memoria y justicia para sus hijes asesinados, desaparecidos y sus hijas víctimas de feminicidio, y también

¹ Noción retomada por Amaia Pérez de compañeras centroamericanas que se cuestionaron el vocablo de la palabra “necesidad” y la resignificaron sin desvincularla de los deseos. Ya que la necesidad para muchas mujeres tenía que ver con lo que los maridos decían, de forma que gran parte de su vida se centraba en satisfacer las necesidades de los otros. Identificar el propio deseo de accionar es también parte de una pelea por el horizonte transformador (Miguel Ángel Martínez del Arco, comunicación personal, 9 de diciembre de 2011) (Amaia Pérez, 2014: 40).

nosotras quienes les acompañamos y que también somos acompañadas por ellas, las madres y familiares.

El trabajo de campo que he realizado lo pienso como conocimientos acumulados en un largo periodo de tiempo que van más allá de la investigación para esta tesis. Es decir, que para llegar a este punto tuve que caminar y aprender colectivamente con otras mujeres por un largo tiempo y ese camino que me trajo hasta la posibilidad de realizar esta tesis también forman parte de los conocimientos que compartiré durante las próximas páginas. En ese sentido, esta tesis se nutre de un largo camino colectivo recorrido que me animó a indagar, a dudar, a escribir, a darme cuenta, a ser otra y celebrar lo que hacemos juntas. Para mí ha sido necesario retroceder y recuperar todo lo vivido, lo realizado, lo construido porque también desde ahí es que surgen los conocimientos que plasmo en esta investigación y que hoy comienzas a leer.

La razón por la que llegué y decidí realizar mi investigación en la maestría en Sociología de la BUAP -en específico con las compañeras de Entramados comunitarios y formas de lo político con quienes realicé la tesis- fue porque escuché sobre ellas y sus innovadoras perspectivas gracias a mis compañerxs con quienes trabajaba como ayudantes de investigación del Dr. Pablo González Casanova. Quería cursar un posgrado con una disciplina fija pues provengo de una licenciatura interdisciplinaria, sin embargo también quería realizar mi investigación en un espacio académico amoroso, tierno y comprometido desde la investigación militante. Ese espacio lo encontré en el Seminario Permanente de Entramados Comunitarios y con mi asesora Mina.

Por otro lado hablar acerca de cómo escogí mi tema de investigación implica contar acerca de cómo he llegado a este momento de mi vida. Para resumir puedo decir que después del 26 de septiembre del 2014 y después de involucrarme en las movilizaciones por la desaparición de nuestros 43 compañeros normalistas de Ayotzinapa ya no pude ver el mundo de la misma forma, el vuelco que le dio a mi vida la desaparición de los 43 compañeros me llevó a salirme del mundo en el que vivía, entré a estudiar a la UNAM en la FFyL. Cuando me encontraba en cuarto semestre, el 3 de mayo del 2017 Lesvy Berlín Rivera Osorio fue asesinada en CU. Este hecho no solo me marcó a mí, sino que puso en marcha una forma específica de colectivizar y accionar políticamente como mujeres jóvenes. Desde esa fecha y hasta la actualidad es que comencé junto con mis amigas un proceso de acompañamiento en

el que nos vinculamos tiernamente con la familia de Lesvy, en específico con su madre Araceli, pero este proceso nos llevó a encontrarnos entre nosotras, con otras madres, familiares y otras compañeras. El brutal feminicidio de Lesvy detonó un proceso político y colectivo en un conjunto de amigas y compañeras jóvenes universitarias, en su mayoría estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, quienes comenzamos junto con otras mujeres y madres en lucha a caminar juntas por justicia para Lesvy, para muchas otras mujeres.

Mis amigas/compañeras decimos que todos los caminos llevan a Lesvy, Lesvy nos convocó a entrar un un proceso de adelgazamiento de nuestra piel. La piel delgadita es una clave central de esta tesis, sobre la que profundizaremos en el segundo capítulo, sin embargo es importante puntualizar que es un proceso cognitivo, afectivo y material en el que aprendimos a movilizarnos políticamente reconociéndonos como cuerpos que tienen miedo, dolor, alegría, tristeza, y reconocernos como cuerpos feminizados nos permite reconocernos en las otras, reconocernos en los miedos, dolores, alegrías, sueños que las otras también atraviesan de forma diversa y diferenciada.

Es así cómo después de que la vida nos jalara y nos lanzará a un proceso largo e incierto de lucha por justicia para Lesvy, después de dos años de estar en las calles y fuera de los tribunales de justicia, en el momento en el que empieza la pandemia toda esa fuerza se quedó momentaneamente en pausa. Pocos meses después entré a la maestría, y es en esos primeros tiempos de pandemia surge en mi la necesidad de voltear a ver lo que habíamos caminado y preguntarme: ¿cómo es que logramos sostener los procesos de justicia, verdad y memoria? ¿qué se necesita para sostenerlos? ¿qué implica hacerlo en el contexto mexicano?

Esta tesis tiene la intención de contar (así como contamos números, como contamos triunfos y pérdidas o como contamos lo que hemos hecho, así como narramos historias) una pequeña parte de los caminos que nos han hecho encontrarnos entre nosotras, que nos han juntado. Es un intento por mapear lo complejo, diverso y enredado que es el acompañarse y cuidarse entre mujeres y cuerpos feminizados en medio de una crisis ampliada de la vida por la guerra y la militarización impuesta. Mi intención es compartir algunas de las reflexiones profundas y descubrimientos que no habíamos podido pensar a profundidad por falta de tiempo.

Espero que sea *un espacio, un momento de la lucha*, con lo que podamos narrar nuestra historia colectiva, múltiple, ubicua, pequeña, grande, poliforma, amorosa y tierna.

Sobre todo, deseo que pueda ser compartida con otras, que le signifique a otras desde sus lugares propios de organización colectiva y deje la semilla de la potencia y la importancia de narrar desde nuestras voces lo que somos, quienes somos, qué deseos nos mueven y lo que queremos sembrar en los cuerpxs-territorixs que habitamos y en los que sostenemos la vida.

La intención con la que esta investigación fue escrita se enlaza con el deseo de compartir reflexiones con mis amigas, compañeras, hermanas con las que he crecido y sigo creciendo desde hace unos años. Escribo para nosotras las que estamos, las que nos faltan y también para las que vienen. Escribo para las madres, las abuelas, las familias que han sostenido la vida en este país de muchas formas. Escribo para esta pequeña parte (la nuestra) de las historias que componen el momento actual de este país en cenizas, para que no se olvide y quede memoria de lo que hicimos para cuidarnos, amarnos, protegernos y sembrar vida en el *país de las dos mil fosas* (Guillén, Torres y Turati, 2018).

II. Nuestra piel delgadita en el contexto de la guerra en México

En fechas cercanas en las que comencé a escribir sobre el contexto de la guerra en México, la Cámara de Senadores acababa de aceptar la propuesta del presidente Andrés Manuel López Obrador de incorporar a la Guardia Nacional bajo el mando de la SEDENA (Secretaría de Defensa Nacional), es decir, un cuerpo de seguridad interior que constitucionalmente debería de ser civil ahora estará gestionada por una institución militar, será comandado, instruído y conformado por ellos. ¿Por qué es esto relevante para este pequeño apartado? Porque si bien la historia de la seguridad pública en México nos dice que los militares siempre han sido usados en tareas de seguridad pública y trabajos de contrainsurgencia desde finalizada la Revolución mexicana (Sánchez Talanquer, 2020), es cierto también que actualmente es relevante en un sentido sociológico voltear la vista a los cambios cualitativos y cuantitativos que han sucedido desde 2006 hasta 2022 en temas de militarización y su correlación con las narrativas de guerra (Tickner, 2022: 4).

La narrativa bélica en contra del crimen organizado ha tenido como resultado material la militarización de la vida cotidiana cada vez más ampliada en todo el país. Mientras que en 2006 había menos de 40 mil cuerpos militares desplegados en las calles, para 2021 había más de 100 mil. Para ser exacta, hasta septiembre del 2022 hay desplegadas en las calles cerca de 215,900 personas que son soldadxs, marinxs o forman parte de la Guardia Nacional; cuerpos

militares que son utilizados en actividades de seguridad pública (Programa de Política de Drogas-CIDE, 2022) que transitan nuestras calles, nuestras colonias, nuestros barrios, nuestras carreteras. Cuando nos vacunaron contra el covid-19 ahí podíamos verles, utilizan espacios comunitarios que antes eran parques y ahora son utilizados para construir cuarteles. Nuestra vida cotidiana se ha militarizado, nuestra vida cotidiana y comunitaria es vivida como una guerra, entendiendo que no todas las vidas se viven del mismo modo habiendo una diferenciación en las violencias que las atraviesan.

En medio de la narrativa bélica y la militarización de las calles, la violencia contra las mujeres y cuerpos feminizados ha aumentado en estos contextos de guerra. Hay un tipo de violencia particular que desde los noventa y sobretodo en la actualidad la hemos presenciado y nos ha atravesado profundamente: la violencia feminicida. Lo que en los noventa se nombraba por Diana Russell y Jane Caputi como *femicidio*, -se identificaba como la violencia por cuestión de género que normalmente se reconocía por una condición sexuada-, se hablaba de una violencia anti-femenina con una amplia variedad de abusos físicos y simbólicos que van desde violaciones, tortura, esclavitud sexual, acoso sexual, heterosexualidad forzada, cirugía plástica, violencias culturales específicas, mutilaciones por embellecimiento, etc., (Caputi y Russell, 1992: 15).

Existe otra nomenclatura del término: el *feminicidio*, nombre utilizado en México, que surge a partir de una serie de desapariciones y asesinatos violentos de mujeres en la frontera norte del país, en Ciudad Juárez. El término *feminicidio* viene de las investigaciones de las antropólogas feministas Marcela Lagarde y Rita Laura Segato, ambas trabajaron en el caso de Campo Algodonero en diferentes momentos.

Para Lagarde el feminicidio es: “una ínfima parte visible de la violencia contra niñas y mujeres, sucede como culminación de una situación caracterizada por la violación reiterada y sistemática de los derechos humanos de las mujeres. Su común denominador es el género: niñas y mujeres son violentadas con crueldad por el solo hecho de ser mujeres y sólo en algunos casos son asesinadas como culminación de dicha violencia pública o privada” (Lagarde, 2005).

Por otro lado, Rita Segato lo explica así:

“[...]es el asesinato de una mujer genérica, un tipo de mujer, sólo por ser mujer y pertenecer a este tipo, de la misma forma que el genocidio es una agresión genérica y letal a

todos aquellos que pertenecen al mismo grupo étnico, racial, lingüístico, etc. Ambos crímenes se dirigen a una categoría, no a un sujeto específico, este sujeto es despersonalizado como sujeto porque se hace predominar en él la categoría a la cual pertenece sobre sus rasgos individuales [...] en el feminicidio la misoginia por detrás del acto es un sentimiento más cercano al de los cazadores por su trofeo: se parece al desprecio por su vida o a la convicción de que el único valor de esa vida radica en su disponibilidad para la apropiación” (Segato, 2013: 36).

Considero que hablar con la nomenclatura *feminicidio* tiene una tesitura más contextual, relacionada al tipo de violencia que se dio a finales de los noventa, continuando hasta inicios de los dosmiles y que tristemente se ha expandido y ha se ha vuelto una forma de violencia brutal que día a día nos quita a (más/menos) 11 mujeres y niñas en este país.

Ahora bien, desde mi andar colectivo y político, así como en mi corta trayectoria académica, he pensado en este tipo de *violencias* que culminan en un feminicidio, -escribo en plural *violencias* porque trato de precisar que existe un cúmulo de violencias anteriores y posteriores al acto de acabar con la vida de una mujer o niña-, son violencias sistemáticas, cotidianas, específicas y diferenciadas de acuerdo al espacio que transitemos, habitemos y al cuerpo que habitemos. Esto es, debemos tener en cuenta sí a los cuerpos de las mujeres (cis), y también a cuerpos disidentes de género -que ante los ojos patriarcales son leídos como femeninos- y a las compañeras mujeres trans, cuyos cuerpos siguen siendo invisibilizados en las nociones académicas de feminicidio y en la misma tipificación del feminicidio, quedando así sumamente vulnerables al momento de exigir justicia, verdad y memoria. Hay que nombrarlas y reconocerlas a todas, a todes.

He recuperado y reflexionado entonces en torno a la noción de *continuum o espiral* de la violencia feminicida, que ahora prefiero llamar **espiral de las violencias feminicidas**. En diálogo con Itandehui Reyes en su artículo “Cuerpos-territorios despojados: escenarios de la violencia feminicida y desaparición en Ecatepec, nororiente del Valle de México”, y en conversación continua con mis compañeras de lucha trataré de proponer aquí una noción que sigue en construcción y proceso de ser entendida. Pienso a la *espiral de las violencias feminicidas* como un cúmulo de violencias que van desde lo simbólico hasta lo material, en la que los cuerpos feminizados son objetivizados y sexualizados tanto en el ámbito público como en el privado, usurpándoles de la posibilidad de decisión de lo que se diga o se haga

sobre sus cuerpos. En esta espiral continuada (una propuesta por enunciar-imaginar la figura que adquiere la violencia a través de estas dos cualidades) las múltiples violencias estructurales son una constante en la vida de muchas mujeres y niñas, y cuerpos feminizados. Se replican como bucle y se articula como un continuum (Itandehui Reyes-Díaz, 2018) en diversas vidas y cuerpos. Es una espiral porque la violencia se alimenta de otras violencias, de las desigualdades, de las opacidades, de la impunidad, de la violencia producto de la militarización, del racismo, del colonialismo, del despojo y el exterminio. Esta espiral también contiene la imposibilidad del acceso pronto, expedito y digno a la justicia, la verdad y la memoria para las madres y familiares de las víctimas, de feminicidio y desaparición, así como también tiene efectos simbólicos y materiales en las comunidades y en quienes habitamos cuerpos feminizados.

Particularmente en México, las violencias de la guerra forman parte de esa espiral de la violencia, porque las guerras han usado y usan los cuerpos feminizados y de las mujeres como carne de cañón. Y esto es a lo que actualmente en ciertos espacios académicos y militantes se le nombra como la feminización de la guerra, cosa que pasa en toda guerra, pero en México tiene características y formas de operar particulares y terroríficas.

Cuando el ex-Presidente Felipe Calderón en 2006 decreta la guerra contra el crimen organizado, este acto tiene que ver con un “cambio en las estrategias desplegadas por el gobierno para supuestamente hacer cumplir las políticas de drogas” (Intersecta, 2020: 16) y también con un cambio en las narrativas. Este cambio en las políticas y en el despliegue de cuerpos militares por todo el país continuó en el sexenio de Enrique Peña Nieto y se ha mantenido y exponenciado en el sexenio de López Obrador. Es así como desde finales del 2006 hasta la actualidad podemos ver un despliegue desmedido y descuidado (Intersecta, 2020: 17) de cuerpos militares en las calles, carreteras, barrios, colonias, municipios y ciudades de nuestro país donde podemos identificar focos rojos del tipo de prácticas que se tiene, es decir, los militares no están entrenados para cuidar de la vida, sea de quien sea, están entrenados para torturar, disparar, desaparecer, violentar, matar.

En los primeros años de esta guerra impuesta pudimos ver la escalada de la violencia: ejecuciones extra-judiciales, hominidios, desapariciones que no han cesado, comunidades desplazadas, una espiral de la violencia que no deja de escalar como una sombra silenciosa incluso en los días más “calmados”. Pero, desde los noventas, década en la que mujeres

jóvenes comienzan a desaparecer en Ciudad Juárez, hasta ahora, hemos podido presenciar cómo la desaparición de mujeres y los feminicidios ha comenzado a incrementar cada año, como si nos acecharan, como una cacería de brujas.

¿Qué sucede cuando “la guerra contra las drogas” se entrecruza con las violencias feminicidas?

Si bien podemos decir que la guerra contra las mujeres y cuerpos feminizados es una constante incluso en momentos sin guerras², también es importante dar cuenta del cambio en los modos de esta guerra contra nuestros cuerpos entremezclada a la guerra contra el crimen organizado en México. Usaré aquí números para dar cuenta del entrecruce de las dos violencias, aunque lo hago ha regañadientes, porque las vidas no son números, considero que podemos observar contrastes importantes:

Antes del 2006 los homicidios de mujeres y de hombres venían a la baja, aunque recalquemos que los feminicidios de Juárez sucedieron a finales de los noventa e inicios de los dosmil, a partir del 2007 cuando ya se habían desplegado cuerpos militares en el país, los homicidios comenzaron a subir siendo 2011 el año más alto, luego en 2018 hubo otro récord histórico de homicidios siendo el año más violento en la historia de México. Es importante hacer notar que en los estados en los que aumentaron los homicidios de los hombres también aumentaron los de las mujeres (Intersecta, 2020: 12).

Ahora bien, normalmente cuando hablamos de feminicidios se hace hincapié en las violencias “privadas” y antes la mayoría de los feminicidios ocurrían en el hogar, sin embargo a partir del 2009 los asesinatos de mujeres en el espacio público comenzaron a ser más “comunes” que los de las viviendas y en donde han incrementado los homicidios a hombres en las calles también se incrementan los de las mujeres (Intersecta, 2020: 13). Es importante también un tercer dato, el asesinato de arma de fuego contra mujeres comenzó a incrementar también, tanto en casa como en vía pública, pero el incremento de asesinato a mujeres en los espacios públicos ha sido mayor (Intersecta, 2020: 14). Esto significa que la violencia de la guerra “contra las drogas” ha afectado a los cuerpos feminizados, de una forma letal impiendo así el acceso a una vida libre de violencia, a la vida digna, así como a procesos de verdad,

² Aunque deberíamos preguntarnos: ¿En realidad hay momentos sin guerra en el capitalismo?

memoria y justicia sociales necesarios en un contexto de graves y sistemáticas violaciones a los derechos humanos.

En esta tesis trataremos de desmenuzar y entrever cómo las mujeres en lucha han tenido que sostener y reproducir la vida en un contexto de crisis ampliada, en el que la vida se encuentra en constante peligro ante los embates de la guerra, el despojo y el exterminio. Y también trataremos de comprender cómo, para lograr sostener la vida en estas condiciones, se ha necesitado construir tramas de acompañamiento que puedan poner en el centro los cuidados colectivos.

III. Metodologías afectivas: investigando cuando hablamos desde nuestros afectos y nuestros cuerpos-territorios.

Cuando trabajamos con una memoria caliente, ¿cómo recolectar, sistematizar y preservar de manera rigurosa todo el material que tenemos entre manos?"

Emanuela Borzacchiello.

Para realizar esta tesis tuvieron que pasar una serie de eventos afortunados y desafortunados. En un primer momento mi intención era realizar una serie de diálogos amplios con diversas mujeres y disidencias que acompañan procesos por verdad, memoria y justicia ante las violencias feminicidas y la desaparición de personas en México. Quería entrar en diálogo con colectivas de diversos estados entendiendo que los efectos de la guerra y las violencias son diferenciados en los territorios que habitamos. Sin embargo, la pandemia por el Covid-19 no me permitió realizar los talleres, mapeos, entrevistas, grupos focales y diversas actividades que tenía pensadas en un primer momento. Por otro lado, también tuve que reconocer que mi primer idea era muy amplia y laboriosa para realizarla en el marco de una investigación de maestría que dura dos años y que en su mayoría fue realizada en condiciones de pandemia y cuarentena.

Fue así que retrocediendo un poco y repensando mi espacio situado y también los caminos recorridos, reconocí en mi cuerpo la necesidad de recuperar y reflexionar acerca de cómo es que un grupo de mujeres jóvenes comenzó a acompañar(se) en la Ciudad de México

y la zona metropolitana ante la violencia feminicida y la desaparición de mujeres y niñas. En específico, me encontraba con la necesidad de hablar de cómo sostuvimos y seguimos sosteniendo un proceso largo de justicia por Lesvy Berlín Rivera Osorio, desde el 5 de mayo del 2017 y que en 2019 tuvo una serie de juicios orales sumamente arduos y dolorosos para su familia y quienes les acompañábamos, porque nos puso frente a frente a la justicia patriarcal-colonial y la necesidad de repensar la memoria colectiva que emana desde las calles y desde los cuerpos.

La otra colectividad con quienes trabajé fueron Las Siemprevivas, una colectiva conformada por once mujeres -a la que ahora pertenezco- que habitan la Zona Metropolitana del Valle de México, no todas somos originarias de la ZMVM. Pero aquí fue el primer territorio en el que comprendimos lo que era la violencia feminicida, lo cercano y lo lejano también de esa violencia, aquí aprendimos lo que es el miedo, pero también aquí aprendimos a reconocernos entre nosotras, recordar a las que nos han quitado, a las que buscamos, acompañar y dejarnos acompañar, aquí aprendimos a perdurar, a florecer. Las Siemprevivas trabajan con la convicción de la autonomía y la autogestión, desde ahí han realizado un sinnúmero de actividades de acompañamiento, todas con el bordado y la intervención textil como eje articulador porque al juntarnos a bordar, a trazar rostros y nombres nos hemos encontrado con la posibilidad del encuentro con otras mujeres y personas, acuerpar afuera de fiscalías, de tribunales, de reclusorios, en las calles, en las avenidas, en los espacios que nos han dicho históricamente que nuestros cuerpos y voces eran incómodos o no eran permitidos.

Ambos espacios de acompañamiento son lugares en los que he caminado con otras, son mis compañeras de lucha, formo parte de ambas tramas. Tras realizar la investigación para esta tesis y vincularme amorosa y políticamente con Las Siemprevivas en mayo del 2022 me invitaron a formar oficialmente parte de su colectiva. Estos son los caminos a los que también nos lleva una investigación implicada, comprometida y, sobre todo, afectiva.

¿A qué me refiero con metodologías afectivas?

Hablar de metodologías desde las ciencias sociales no es cualquier cosa, implica una forma de entablar vínculos con otrxs, de apostar por poner en diálogo temas que nos mueven y atraviesan. Poner en práctica metodologías también es crear lenguajes, mundos, es apostar por formas diferentes dentro de la academia. Quería armar una metodología que pudiera acompañar a quienes realizan acompañamiento desde la ternura y la posibilidad de abrir

espacios de reflexión de los caminos recorridos, de los miedos, de los dolores, de las dificultades pero también potenciar lo que se ha logrado, de lo que se ha sembrado en las calles.

Pensar en una metodología afectiva tiene que ver con reconocer la capacidad de afección que todes tenemos, reconocer que habitar este mundo y hacer cosas en este mundo es abrirnos a que el mundo nos toque y también nosotrxs tocar ese mundo, cambiarlo, transformarlo, con la intención de dejarse afectar y de afectar. Pensé en nombrarle así para poner en el centro el cuerpo como espacio cognitivo, el cuerpo individual sí pero sobretodo el cuerpo-territorio³ que habitamos y compartimos, el aparente límite de nuestra piel inividual en realidad nos permite tocar y ser parte de un cuerpo extenso.

En cuanto a lo afectivo me refiero a descentrarnos y alejarnos del sujeto universal y abstracto de la modernidad, al sujeto varón blanco europeo que se soñó racional y autosuficiente, que se imaginaba más allá de lo histórico y de lo corporal, que se soñaba desafectado por el mundo y dueño de éste. Cuando hablo de lo afectivo no me refiero a la *res cogitans* de Descartes que prescindía del cuerpo, de la historia, de lxs otrxs. Cuando hablo del afecto me refiero en todo momento “[...]a la carne; una carne que es materialidad compleja: parlante, histórica y política [...]” (Siohban Guerrero y Alba Pons, 2018: 2) y vinculada con otrxs, que comparte el mundo con otrxs seres y que es producto de esas relaciones encarnadas e históricas.

En cuanto a la cuestión meramente metodológica, el camino fue igualmente difícil de caminar: en un inicio había planeado un trabajo de campo de junio a finales de agosto del 2021 que fuera en formato híbrido, en el que hubiera dos entrevistas grupales de forma presencial con todos los protocolos ante el COVID-19, así como dos grupos focales por video llamada y un taller acerca del cuerpx-territorio que fuera pensado con formato presencial. La idea era que en las dos sesiones presenciales realizáramos bordados en círculo y al final, tener un bordado colectivo en el que se compartieran todas las palabras y símbolos que a las participantes les significara el trabajo colectivo que hacen con sus compañeras bordando desde la pregunta: ¿qué deseos me mueven para colectivizar con mis compañeras?

³ Este concepto será tocado y trabajado a profundidad en el capítulo 2 de esta tesis en la página 72.

Estas sesiones colectivas y presenciales, así como encontrar el tiempo y el espacio para lograrlo fueron imposibles de concretar, ¿por qué? Dentro de las colectivas todas las compañeras tienen vidas muy complejas, acompañar y colectivizar es una actividad voluntaria, sin paga y desde el corazón, que representa un trabajo corporal y emocional muy fuerte. A esto se le suman las vidas familiares, laborales, emocionales, etc., que cada una de las acompañantes realizamos diariamente y que no se pueden pausar. La complicación, casi imposibilidad, de poder encontrar algún día y hora en la que coincidieran como colectiva para poderse reunir conmigo con el objetivo de que reflexionaran sobre sus procesos y sentires colectivos me hicieron reestructurar toda mi propuesta metodológica, ¿cómo hablar de nuestros procesos colectivos respetando nuestros tiempos y posibilidades y abriendo espacios amorosos de escucha y reflexión colectiva que nos permitan potenciar nuestro trabajo colectivo?

Para poder reflexionar juntas y respetar el momento de pandemia en el que nos encontrábamos y nuestros tiempos saturados, es que realizamos dos sesiones colectivas, una virtual y otra presencial. La primera sesión tuvo lugar en la plataforma zoom y la intención de esa primera sesión fue realizar una recapitulación de la historia de Las Siemprevivas: dónde se conocieron, cómo surgió, cuáles fueron sus primeros pasos juntas, qué intenciones tenían al inicio como proyecto, cómo habían sostenido el trabajo colectivo durante la pandemia, qué nuevos proyectos tenían. Al inicio de la sesión les propuse que cada una escogiera una palabra con la que identificaran el deseo que las hace colectivizar con sus compañeras. Entre las palabras mencionaron: corazón, justicia, esperanza, dignidad, fuerza, arropar, hermanar.

En la segunda sesión, que fue presencial, pudimos encontrarnos en una casa de té, compartimos comida, atole, tamales, risas, lágrimas y bordados. En esa sesión nos centramos en hablar del cuidado y de quienes hemos aprendido a cuidar como mujeres/cuerpos feminizados, y también preguntarnos cómo estamos significando y nombrando lo que actualmente se conoce como “acompañamiento”. Por otro lado, también les propuse armar un pad colaborativo con una serie de preguntas con diferentes temas enfocado hacia el trabajo colectivo: cómo se ha gestionado, qué efectos ha tenido sobre nuestros afectos, emociones y corporalidades, cuánto tiempo ha implicado, qué se ha tenido que poner en juego en un sentido material y simbólico para acompañar en la búsqueda de justicia, verdad y memoria.

También les realicé cuatro entrevistas individuales para profundizar en ciertos temas y en especial, sobre las dificultades materiales y energéticas de sostener el acompañamiento y los proyectos colectivos en condiciones de violencia y de precariedad. Entrevisté a cuatro de las diez compañeras que integran a las Siemprevivas por las complicaciones que expliqué anteriormente. Los tiempos de la lucha y de la reproducción de la vida no son los mismos que los tiempos de la academia, así como los tiempos de la lucha tampoco están en sintonía con los tiempos de la reproducción de la vida, es así que decidí ponderar los tiempos que las compañeras me pudieron compartir con amor y generosidad.

En cuanto al Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio, realicé una recuperación documental y de archivo de diversos textos, tales como pronunciamientos, comunicados, narraciones colectivas, bitácoras, fotos, etc. Esto porque después de volcarnos energética y corporalmente a las calles para organizar y acompañar los juicios orales, que comenzaron desde septiembre y terminaron en octubre del 2019, tuvo como consecuencia el cansancio de muchas de nosotras. Unos meses después, la pandemia del Covid-19 imposibilitó todavía más la cohesión del Grupo.

Aunado a esto para completar con una reflexión más profunda e imbricada, al formar parte de ambas tramas de acompañamiento, también realicé una auto-etnografía que construí junto con mi amiga y compañera de lucha Alejandra López Lujano que también forma parte del Grupo de acompañamiento y de Las Siemprevivas. En esta auto-etnografía decidimos preguntarnos en torno a seis ejes: acompañamiento, lucha de mujeres, colectividad, genealogía, relación de la lucha con el cuerpo, violencia feminicida, los deseos que nos mueven. Algunas de las preguntas fueron: ¿qué significa para mí la lucha de las mujeres? ¿por qué lucha de mujeres y no feminismos?; ¿qué es acompañar para mí? ¿quién me ha acompañado?; ¿qué hemos aprendido de la colectividad entre mujeres? ¿cuáles son nuestros trabajos colectivos?; ¿en qué momento comenzamos a reconocer nuestra genealogía de mujeres?; ¿cómo se encuentra nuestro cuerpo en este momento de la vida?; ¿cómo descubrí que existe la violencia feminicida?; etc. Algunas de estas preguntas y otras más también las propuse en las sesiones y en el pad con Las Siemprevivas.

Recuperar nuestros archivos, nuestros textos, nuestras fotos, nuestros pensamientos, y reflexiones fue un acto de recuperar materia viva (Borzacchiello, 2016: 347), memoria viva. Todo lo que he recuperado del Grupo de acompañamiento y de Las Siemprevivas ha habitado

y puede ser re-encontrado en nuestros cuerpos, en las calles, en los mítines, habita en los textiles que bordamos, habita en nuestros escritos, habita en las tramas de acompañamiento que hemos creado, y es conocimiento que viene de la acción. Aquí lo he vuelto palabras, lo he escrito, lo he sistematizado para que forme parte de la memoria viva y de la materia viva que nos permita seguir andando y sembrando futuros.

La intención de recuperar lo que los cuerpos, nuestros cuerpos, han vivido, han aprendido, han construido y lo que hemos posibilitado, tiene que ver con poner en un primer plano el carácter situado y encarnado de lo que aquí nombro acompañamiento, trabajo, cuidados, vulnerabilidad, justicia, memoria y que han sido palabras experimentadas en carne y hueso. Una *metodología afectiva* tendría que ver con recuperar de forma implicada y amorosa, aquello que Emanuela Borzacchiello refiere como los gestos que contienen potencia simbólica e impacto político y que logran hacer visible lo que por siglos se ha invisibilizado. Ella nos dice: “Los gestos del cuerpo expresan los lamentos, pero también la danza, la capacidad de organización y la alegría” (Borzacchiello, 2016: 349). El cuerpo, los cuerpos, la colectividad es conocimiento y aquí lo comparto para nosotras.

IV. Los capítulos de esta tesis: tres momentos de nuestra historia compartida

Con todo lo anterior en mente es preciso entonces contarles brevemente lo que podrán leer en esta investigación. Cada capítulo comienza con una postal afectiva que es una breve narración, texto, reflexión que condensa de forma simbólica y encarnada lo que abordaremos teóricamente y desde la sistematización del trabajo de campo en cada capítulo. Estas postales son un ejercicio que decidí poner a prueba y que, para la apuesta de mi investigación, tienen un eje importante: traer cerquita la dimensión corporal y afectiva de la que hablo a quién me lea. Es un ejercicio que pretende detonar una disposición sensible, suave y amable que nos acompañe en la lectura de un texto académico. En específico espero que el ejercicio de detonar una sensibilidad otra pueda acercarte, querida lectora, a mi investigación a los pliegues más profundos e íntimos de esta tesis y de la piel delgadita protagonista de ella.

En cuanto a las decisiones expositivas de los capítulos considero importante hacer relevante que no empiezo los capítulos hablando de la piel delgadita, aunque es una de las claves centrales de la investigación, sino que comienzo hablando del cuidado y el trabajo de reproducción de la vida -otras claves centrales-, ¿esto por qué? Considero que partir de hablar

de los cuidados y el trabajo de reproducción de la vida sienta las bases para comprender el proceso político de cuidado-acompañamiento que está profundamente vinculado a la piel delgadita, no podríamos entender cómo esta piel se produce sin entrever previamente cómo esa piel necesita de las tramas de cuidados y acompañamiento colectivos de las que hablamos en el primer capítulo para asegurar que en efecto sea una piel delgadita. Esas tramas y nociones del cuidado-acompañamiento tienen una historicidad particular que se trabaja a profundidad a lo largo del capítulo uno y que dan pie posteriormente al segundo capítulo en el que nos centramos en el adelgazamiento de la piel, su historia y su despliegue político. El tercer capítulo tiene la intención de recuperar discusiones latentes de los primeros dos capítulos y profundizar en el acompañamiento como una forma de trabajo de reproducción de la vida, hilado a los cuidados y al trabajo de reproducción. Con esto en mente expongo un breve resumen de la tesis:

En el primer capítulo *“Mi abuela me enseñó a cuidar”*: *por una reivindicación política del cuidado entre mujeres*, retomaremos en un primer momento el proceso de desvalorización de los cuerpos de las mujeres y del trabajo que ellas realizan tornándose en un mandato histórico de reproducción de la vida. Esto para continuar en un segundo momento con el planteamiento de la subversión del cuidado, ya no como mandato sino como una acción que potencia nuestra capacidad de lucha y contiene la posibilidad de disputar el cuidado como una elección libre, autoafirmativa, combativa incluso. El primer capítulo culmina con una genealogía de los cuidados, sirviendo como un ejercicio de reconocimiento de una serie de luchas de mujeres en el Abya Yala que, desde sus luchas específicas, han cuidado de la vida al luchar por procesos de búsqueda de verdad, justicia y memoria en momentos de guerra contra la vida, en ellas nos reconocemos y de ellas hemos aprendido para colectivizar en estos momentos en México.

El objetivo central del primer capítulo es abordar las muchas formas en las que la lucha por la vida se ha ido complejizando, lo que generaciones de mujeres y cuerpos feminizados han aprendido y nos han heredado a manera de caminos recorridos y enseñanzas, nosotras nos encontramos en un lugar diferente gracias a nuestras abuelas y hacemos lo que hacemos juntas para las que vienen encuentren un lugar mejor a este que nosotras habitamos.

En el segundo capítulo *Políticas colectivas de la piel delgadita* profundizaremos en la noción que le da nombre a la tesis: la piel delgadita, como una apuesta colectiva por

construir y gestionar una capacidad política para habitar el mundo y transformarlo, una piel que es extensa y que conforma un cuerpo-territorio colectivo que es nuestro principal territorio en disputa y desde el cual nos vinculamos a las otras políticamente. Esto hilado a la vulnerabilidad como condición de la vida y como derecho político. Estas nociones nos permitirán movernos al plano concreto de la experiencia y retomaremos documentos, textos, fotos y diversos momentos del trabajo de campo para hablar de la piel delgadita que toma forma al acuerpar en las calles.

En este capítulo vinculo la vulnerabilidad y la afectividad a la lucha por justicia de las madres y a la complejidad histórica en la que nos encontramos y así preguntarnos desde dónde y cómo se está haciendo justicia, así como la justicia que se está construyendo más allá del Estado. Este capítulo termina con un breve apartado en el que recuperamos cómo las tramas de acompañamiento, en específico de Las Siemprevivas, tuvieron que tomar una forma específica y diversa para sostener el trabajo colectivo en momentos de pandemia, preguntándonos qué se potenció y que se tuvo que reconfigurar al tener a la piel delgadita en cuarentena por más de un año y medio.

Durante el segundo capítulo nos guían diversas preguntas: ¿qué nos hace reconocernos en los cuerpos y en las vidas de las mujeres por las que hoy buscamos memoria y justicia? ¿Por qué nuestra vulnerabilidad, tan característica de la vida, actualmente es potencialmente una sentencia de muerte en México? ¿Por qué habitar un cuerpo feminizado hace que nuestra vulnerabilidad sea una potencial sentencia en este país? ¿Qué prácticas de justicia, qué formas de acompañamiento y cuidados colectivos se tuvieron que tejer en medio de una capa más de fragilidad, de precarización y separación de los tejidos colectivos como lo ha sido la pandemia por el Sars-covid 19?

Por último, en el tercer capítulo *Acompañar es un trabajo que crea y sostiene la vida a través de las siguientes preguntas* ¿qué significa realizar un trabajo que crea y sostiene la vida? ¿cómo se está reproduciendo la vida comunitaria y colectiva en un país fosa? ¿qué estamos sosteniendo, qué estamos soñando, qué estamos reconfigurando y relanzando de doble forma hacia el presente y hacia el futuro con nuestras tramas de acompañamiento?

Recupero y ahondo en temas de los dos primeros capítulos tales como el acompañamiento, la justicia, el trabajo de reproducción y los cuidados para terminar de dar

forma a la noción siempre cambiante e inacabada de acompañamiento, reconociéndola como una forma de trabajo de reproducción de la vida que sostiene la vida material y simbólica en un contexto de guerra y de crisis múltiple en México. En este capítulo problematizamos en torno a la autonomía política y simbólica (que también incluye la autonomía material) de los procesos colectivos de acompañamiento entre mujeres (cuerpos feminizados) y reflexionar acerca de las potencialidades que este hacer tiene no solo en México, sino en toda Latinoamérica, para poder seguir hilando posibilidades de vida colectivas desde los cuidados, los afectos y la construcción de memoria histórica y justicia social.

Esta tesis es para nosotras, para las madres en lucha que siempre nos abrazan y acompañan y nos permiten acompañarlas. Es para todas las que ya no están, para las que buscamos, para las que vienen, para las que estamos. Es para todas nuestras ancestas, nuestras abuelas que nos cuidaron y sostuvieron la vida que hoy corre en nuestras venas.

Esta tesis quiere invitarnos a salir a luchar por justicia. Esta tesis es para hacer memoria, reconocer lo caminado. Es para sembrar vida, para cuidar la vida que compartimos con otros seres. Hasta que la dignidad sea haga costumbre.

1. Las abuelas nos enseñaron a cuidar la vida: por una reivindicación política del cuidado entre mujeres.

A lo largo de esta tesis voy a iniciar cada capítulo contando alguna anécdota, a manera de postal sensible, con la que la lectora pueda leer la intención encarnada y colectiva de lo que quiero reflexionar teóricamente. En este primer capítulo inicio contándoles acerca de Silvina, mi abuela paterna. La intención no es escribir su biografía, pero sí narrar parte de su historia como abuela, como madre, como cuidadora.

Comienzo hablándoles de mi abuela Silvina, porque en el proceso político y colectivo de aprender a cuidarnos, amarnos y protegernos desde el acompañamiento descubrí en el camino de aprender a cuidar que todo lo que sabía acerca del acto de cuidar venía de recordar lo que hacía mi abuela. Eso me llevó a cuestionarme por qué aprendí a cuidar de ella y cómo cuidar a otras a ella la había drenado de energía para cuidar de sí misma. Nosotras queremos cuidar/nos sí, pero queremos que cuidar no implique dejar nuestros proyectos de vida, nuestra energía vital y otras muchas actividades fuera del quehacer cotidiano, reconociendo que cuidar/nos es una acción vital e importante como seres vivos, cuidar es parte de vivir.

Así, contar historia de mi abuela Silvina y celebrar el cuidado aprendido de ella es dar cuenta de un desplazamiento político subjetivo que se encuentra en el centro de muchas tramas de acompañamiento para sostener la vida que está siendo violentada en nuestro país. Las abuelas, mi abuela, otras mujeres, otras miles de personas han enseñado por generaciones que cuidar es un acto que pone en el centro la vida, y es sumamente político.

Silvina nació entre las montañas cercanas al Nudo Mixteco, en la Mixteca Alta de Oaxaca, en un pueblo llamado Tamazulapam del Progreso. Nació a mediados de los años treinta época en la que en México se comenzó a llevar a cabo una campaña de castellanización⁴ (Jiménez, 2011) que prácticamente arrancaba a punta de pistola todo vínculo y orgullo que se pudiera tener como pueblo indígena hacia su lengua y cultura, obligando a niños, jóvenes y adultos a no decir ninguna palabra que no fuera en castellano. Esto dejó una huella profunda de miedo y vergüenza de autodenominarse indígena en muchas comunidades del país (Stavenhagen, 2010: 28). El pueblo de mi abuela fue uno de ellos. En esa violencia reconozco uno de los hilos de las múltiples heridas coloniales (Rivera

⁴ Esto sucedió durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, como parte de políticas indigenistas que pretendían volver mestizos a las comunidades indígenas para que formaran parte del nuevo proyecto de nación post-revolucionario.

Cusicanqui, 2018: 78) abiertas y profundas en la familia de mi abuela, pues su padre era de ascendencia ñuu savi⁵ -hecho negado rotundamente hasta hoy en día por mi familia paterna- mientras que su madre era hija de migrantes europeos de inicios del siglo XX. De esta inusual unión nacieron siete hijos.

Dentro de la familia, las jerarquías y las posibilidades de estudio estuvieron profundamente determinadas por dos cosas: el género asignado al nacer y el color de piel. Silvina era una de las hijas más parecidas a su padre en facciones y color de piel morena. El ser morena y tener cuerpo feminizado marcó profundamente su vida y la de mi familia paterna.

Ya que mi abuela era una mujer morena con rasgos no hegemónicos europeos, fue una de las hermanas a las que no se les permitió terminar la primaria. Al llegar al cuarto grado de primaria, se le relegó al ámbito de los cuidados y de la reproducción de la vida de su familia. Una de esas tareas fue la de cuidar de su hermana menor que tenía epilepsia, mientras otras hermanas con tonos más claros de piel, no solo terminaron la primaria sino que una de ellas llegó a ser médica.

Fue así como Silvina, desde los 9 o 10 años hasta el final de su vida, cuidó y sostuvo la vida familiar de sus hermanos, cuidó hijos y nietos ajenos, cuidó de su hijo siendo madre soltera y, a la par de criar infancias, trabajó en el aeropuerto de la Ciudad de México y como estilista de vez en cuando para reunir un poco más de dinero. Al llegar a ser una mujer de mediana edad también comenzó a cuidar de mis hermanos y de mí. Años después, siendo una mujer mayor, siguió atendiendo en la enfermedad a dos de sus hermanas, ambas de tez blanca y, como lo mencioné previamente, una de ellas médica.

Menos de diez meses después de la muerte de una de sus hermanas, el cuerpo de mi abuela cedió al cansancio tras más de setenta años de triple jornada laboral no reconocida, no nombrada, sin pago. Aquel 3 de septiembre de 2016 mi abuela dio su último aliento, un aliento lleno de cansancio y, supongo, de alivio.

Hasta hace muy poco, a partir de las lecturas y reflexiones que descubrí cursando la maestría, entendí que los cuidados que mi abuela le dio a un sinnúmero de niños, de gente enferma de su familia fueron trabajo no pagado, un trabajo que no pudo negarse a hacer porque le fue

⁵ Ñuu savi es la forma en la que el pueblo mixteco se aut nombra desde su lenguaje Tu'un Savi. Ñuu savi significa el pueblo de la lluvia.

impuesto de una forma brutal, por haber sido racializada y por habitar un cuerpo feminizado. No hay día que no piense en el cuerpo cansado de mi abuela, un cuerpo que aguantó una enfermedad del hígado por mucho tiempo sin que nadie se diera cuenta. Su historia es parte de mi historia, es la historia de muchas de nuestras abuelas, bisabuelas, tías, madres, amigas, hermanas. Es la historia del cuidado como mandato.

Al caer en cuenta de las más de tres jornadas que mi abuela trabajó sin salario desde que era una niña hasta su último año de vida, también reconocí que conozco muy pocas cosas sobre ella, mi abuela tan amada. Sé que le gustaban los petirrojos, los caballos y los camotes de la dulcería Celaya. Sé que le gustaba bailar. Sin embargo, no sé cuáles eran sus sueños más profundos, no supe qué deseos guardó, qué tristezas hondas la rondaban cuando estaba sola de día en la casa, qué alegrías escondía, qué amores la conmovían. No conocí a Silvina mujer con sueños y anhelos. Tampoco sé qué otras partes de sí misma y de su historia no se atrevió a contarme y esto me duele. Conocí a Silvinita la abuela, la tejedora, la cocinera, la que lavaba la ropa, la que me bañaba, la que me llevaba a la escuela, la que me acariciaba el cabello. Ella siempre me cuidó, me acompañó y me escuchó. ¿Qué tanto de esto fue un mandato y qué tanto de esto fue desde el amor? Aunque reconozco que una no excluye a la otra esta pregunta siempre me acompañará.

Reconozco que le fue impuesto su papel de cuidadora y de la misma forma también reconozco la importancia vital que su vida y su cariño tuvo en la de mis hermanes y la mía. Estamos vivos y somos quienes somos en gran parte por la energía que ella nos compartía en cada comida, en cada risa, en cada lágrima, en cada regaño, en cada alegría de la vida que compartía con nosotres. Reconozco que sin su trabajo de sostén y cuidado -que drenaron gran parte de su energía vital y corporal- mi vida, mis sueños, mis sensibilidades, toda yo no sería la misma.

Y es desde todas estas contradicciones, claroscuros, heridas coloniales y patriarcales que atraviesan cuatro (y tal vez más) generaciones, pasando por mi bisabuelo, mi abuela, mi padre así llegando hasta mí, es desde donde digo -desde esta piel delgadita que está hilada con la energía de mi abuela- que ella, Silvina, me enseñó a cuidar. Mi abuela me enseñó a cuidar y acompañar, a amar. Y no lo digo con intención de normalizar la explotación que sufrió por las múltiples violencias que atravesaron su cuerpo y su existencia, al contrario. Quiero politizar esa vida, quiero honrar esa energía que me compartió.

Reivindico esa energía vital de mi abuela que hoy corre por mis venas politizando y manteniendo ese vínculo amoroso y vital con ella. Desde aquí es que relanzo su hacer como una enseñanza que me ha dado la posibilidad de compartirme y vincularme con otras mujeres para resistir a la espiral de la violencia feminicida (noción que desarrollé en la introducción) sobre nuestros cuerpos y así seguir teniendo este impulso de vida, esta necesidad de vivir.

Hoy politizo ese vínculo que me une a mi abuela para caminar con otras mujeres y apostar por nuestras vidas desde ese amor que las abuelas nos enseñan cuando nos escuchan, cuando nos secan nuestras lágrimas, cuando nos comparten un taquito rico, cuando reímos con ellas viendo una telenovela o echando chisme tomando cafecito. Mi abuela me enseñó a cuidar(nos) y me guía para buscar mundos posibles más amorosos y tiernos para todas. Todo esto sin olvidar y nombrar también que nuestras abuelas se merecían otras posibilidades, otras vidas. Sin dejar de decir que es importante preguntarnos el tipo de cuidados y compañía que nuestras abuelas nos habrían compartido si hubieran sido mujeres libres de mandatos. Nunca olvidemos esto.

Teniendo esta pequeña postal y reflexión que comparto de mi vida, mis alegrías y mis dolores encarnados, es desde donde parto para comenzar a hablar sobre el cuidado y la posibilidad de subvertir el mandato a partir del acompañarnos. Espero haber tocado fibras sensibles. Espero que el recuerdo de mi abuela haga eco y les haya dado la posibilidad de reconocer a alguna mujer de su familia.

Espero lo anterior porque es en esa fibras más sensibles, donde nuestra piel se vuelve delgadita y extremadamente receptiva, desde donde quiero comenzar a hablar en torno al acompañarnos-cuidarnos como una forma subversiva del cuidado como mandato sobre (nuestros) cuerpos feminizados y racializados. Es desde allí que quiero darme(nos) la posibilidad de pensar en las múltiples y diversas formas en las que poner el cuidado de la vida en el centro puede subvertir las lógicas de muerte de los procesos jerarquizantes de violencia y subordinación del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial impuestos de formas diferenciadas sobre nuestros cuerpos y territorios.

1.1 Historizando el cuidado como mandato: de la colonización y domesticación de las mujeres y cuerpos feminizados a la (problemática) distinción entre “trabajo productivo” y “trabajo reproductivo”.

Para abordar este apartado recupero los aportes de Maria Mies, Silvia Fedrici y Leopoldina Fortunati para pensar desde y con ellas cómo es que los cuidados y la reproducción de la vida han sido un mandato impuesto sobre ciertos cuerpos, jerarquizando así ciertas vidas. Lo anterior para posteriormente reflexionar en la reivindicación del sentido político del cuidado, de la potencia vital y simbólica del acompañarnos-cuidarnos como práctica subversiva entre mujeres.

Considero importante partir de las voces y las investigaciones de estas autoras porque ellas retoman a Marx y entran en diálogo profundo con él en una apuesta feminista, encarnada y sumamente política por “nombrar trabajo al trabajo” (Juárez, 2017: 78), a las actividades que han realizado -y seguimos realizando- mujeres y cuerpos feminizados bajo las mediaciones capitalistas, patriarcales y coloniales. Cuando digo “nombrar trabajo al trabajo” me refiero a la crítica que diversas feministas marxistas le han señalado a la diferenciación que se ha hecho desde el marxismo clásico entre “trabajo productivo” y “trabajo reproductivo”.

Leopoldina Fortunati hace una crítica a tal distinción resaltando la creación de valor para los ciclos del capital en el que mientras uno se considera como una actividad creadora de *valor* el otro se considera como creador de *no valor* (Fortunati, 2019: 35). Ella enfatiza en la importancia de la reproducción en el ámbito del sustento de la existencia, que implica una forma diferente de valor, no en forma de dinero, pero denotando que el ámbito de la reproducción sostiene la vida y es mucho más compleja que el de la producción (Fortunati, 2019: 35).

Con lo anterior podemos entender por qué para Fortunati, y muchas otras marxistas feministas, la economía clásica, la historiografía del trabajo y sobre todo el marxismo clásico tienen una visión patriarcal del ciclo del capital. Esta visión no solo es incorrecta (Fortunati 2019: 21) sino que es sumamente sesgada al momento de imaginar un mundo sin jerarquías ni violencias.

Teniendo lo anterior en mente propongo hilar este apartado teniendo como eje las siguientes preguntas: ¿qué procesos históricos tuvieron lugar para que el trabajo vital, simbólico, corporal realizado por mujeres y cuerpos feminizados fuera invisibilizado, pensado como “no trabajo” y “no productivo”? ¿Cómo dicho trabajo invisibilizado se fue transformado en mandato para ciertos cuerpos?

Maria Mies y Silvia Federici hacen una historia feminista marxista de esta invisibilización que forma parte de los procesos jerarquizantes de violencia y subordinación del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial⁶, que es cambiante, se reconfigura, y adquiere formas diversas dependiendo del cuerpo y el territorio desde el cual hablemos.

Tanto Mies como Federici comienzan su recorrido histórico de este proceso de ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial a partir de la Baja Edad Media, momento en el que comenzaron los primeros procesos de cercamiento de tierras que trajeron consigo despojos a miles de campesinos de sus tierras comunales para convertirlas en latifundios de la naciente burguesía. Se detonaron múltiples formas de violencias hacia cuerpos campesinos, cuerpos trabajadores, cuerpos no europeos y cuerpos feminizados. Estas formas de violencia tenían razones específicas: la acumulación de capital. Al final del Tomo I de *El Capital* Marx explica que la “acumulación originaria” sirvió para comenzar a acumular grandes cantidades de trabajo y riqueza, y para separar a las y los trabajadores de sus medios de producción y sosten: la tierra.

En la Baja Edad Media, la economía feudal se estancó, en este momento de crisis las clases dominantes europeas respondieron lanzando una ofensiva que duró por lo menos tres siglos. Esta ofensiva cambiaría la historia y sentaría las bases del capitalismo (Federici, 2015: 107). La ofensiva que se detonó sobre múltiples cuerpos y vidas en el proceso de acumulación originaria del capital no sólo fue una acumulación de trabajadores, fue una acumulación de diferencias y divisiones dentro de la clase trabajadora, en la que las diferencias a partir del género, las de “raza” y edad se hicieron constitutivas de la dominación de clase (Federici, 2015: 111).

A esta acumulación de diferencias Mies la identifica con el desarrollo histórico de la división del trabajo y en específico con la división *sexual* del trabajo, proceso que ha sido sumamente violento por el cual ciertas categorías de personas, en un primer momento hombres blancos, a través del uso de la guerra entablaron relaciones explotadoras entre ellos y las mujeres, entre ellos y otros pueblos, y entre clases (Mies, 2018: 151).

Silvia Federici y Maria Mies reconocen que en este momento se produjo un cúmulo de violencias estructurales que no solo atravesaron cuerpos campesinos sino también se

⁶ Esto que nombro *procesos jerarquizantes de violencia y subordinación del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial* es un tema que han trabajado las compañeras del SIP Entramados Comunitarios y Formas de lo Político y que sigue en construcción, es desde donde yo me encuentro pensando y dialogando con mi investigación.

detonaron violencias destinadas particularmente contra cuerpos feminizados, tanto en Europa como en África y América. Las pandemias que azotaron Europa desde el siglo XIV hasta el siglo XVII -y durante la colonización en América- son crisis demográficas que muestran cómo la muerte llegó a los más pobres, a los artesanos, jornaleros y vagabundos (Kamen en Federici, 2015: 159). Es decir, llegó a la fuerza de trabajo del naciente capitalismo que necesitaba cuerpos trabajadores, fue entonces que la relación entre trabajo, población y acumulación de riquezas pasó al primer plano de las estrategias políticas (Federici, 2015: 160). En este momento a las mujeres se les comenzó a criminalizar y prohibir la autonomía sobre sus cuerpos, entre ellos el abortar. La caza de brujas fue uno de los mecanismos para controlar y subordinar a las mujeres que en siglos anteriores habían alcanzado niveles de independencia sexual y económica importantes y que para el nuevo orden burgués esa autonomía era un peligro (Mies, 2018: 163).

Los procesos del ensamblaje capital-patriarcado-colonialismo jerarquiza vidas y cuerpos, así como también determina qué ámbitos de la vida son o no son útiles de ser nombrados y visibilizados. Este proceso de ensamblaje detonó dos procesos específicos que Maria Mies nombra como la colonización y la domestificación de cuerpos feminizados. Es en estas dos formas de subordinación de los cuerpos y las potencias de las mujeres y las disidencias en las que identifiqué el momento histórico en el que el ensamblaje capital-patriarcado-colonialismo subordinó a las mujeres y cuerpos feminizados al trabajo de cuidados, siendo este un mandato por cuestiones de género y también de “raza”.

Esto sin decir que previo a este momento histórico no existieran otras formas de mandatos y violencias hacia cuerpos feminizados y cuerpos racializados. Sin embargo, quiero hacer notar que los mandatos, jerarquías, violencias simbólicas y materiales por las cuales actualmente nos organizamos y colectivizamos son resultado del proceso histórico de acumulación originaria que recupero de los trabajos de Mies y Federici. Ha sido un proceso que continúa, de otras formas, con otras violencias, que cambia de acuerdo a diferentes devenires históricos y a los territorios en los que se ha impuesto.

Ahora bien, Maria Mies diferencia entre colonización y domestificación. Por un lado, la colonización de cuerpos feminizados y de mujeres no europeas se impuso en una primera forma con la gestión de sus cuerpos, en específico de sus potencialidades reproductivas prohibiéndoles a diestra y siniestra, de acuerdo a las necesidades capitalistas, cuando sí era

“útil” que las mujeres esclavas se embarazaran y cuando no le era rentable al capital (Mies, 2018: 179). Una segunda forma de violencia se detonó con la llegada de los ingleses a África, momento en el que a las mujeres africanas se les convirtió en prostitutas de los colonizadores. Para Mies este fue el momento en el que el racismo entró en la ecuación: las mujeres africanas fueron degradadas, bestializadas (Mies, 2018: 186). El proceso colonial sobre los cuerpos de las mujeres trajo consigo un descenso de la posición que estas mujeres llegaron a tener en sus comunidades antes de la llegada de los colonizadores europeos (Mies, 2018: 187).

Lo anterior nos da pie a pensar en un doble proceso que es la muestra máxima de la hipocrecía de la colonización europea (Mies, 2018: 187): las mujeres africanas eran tratadas como salvajes mientras que las mujeres de los colonizadores era tratadas como damas. Mies nos muestra cómo estos procesos están vinculados al modelo de producción capital-patriarcal, a la jerarquización y acumulación de diferencias que mencioné varios párrafos atrás.

Mientras tanto en América, la caza de brujas fue un mecanismo de muerte ya no solo para las mujeres, sino para pueblos enteros (Federici, 2015: 328), la negritud y la feminidad se convirtieron en marcas de bestialidad e irracionalidad, vinculadas a la exclusión de las mujeres en Europa y naturalizándose la explotación de las mujeres y hombres de las colonias (Federici, 2015: 331). En ese sentido, las violencias del proceso de ensamblaje y jerarquización de las vidas que se impusieron en América cuando llegaron los colonizadores europeos nos muestra cómo en estos territorios la caza de brujas fue una estrategia de cercamiento, que podía constituir cercamientos de tierra, de cuerpos o de relaciones sociales, fue un medio de deshumanización (Federici, 2015: 347).

De este lado del mundo tampoco ellas dejaron que se les arrebatara sus formas de existencia. Las mujeres fueron quienes de forma más directa se opusieron a las nuevas estructuras de poder porque también eran las más violentadas (Federici, 2015: 366). Previo a la llegada de los conquistadores las mujeres en Mesoamérica tenían una gran importancia social y espiritual. Ellas tenían organizaciones propias, sus actividades eran reconocidas socialmente, sus contribuciones familiares y sociales no eran invisibilizadas, “eran amas de casa, tejedoras, alfareras, herboristas, curanderas y sacerdotisas” (Federici, 2015: 367). Los colonizadores peninsulares trajeron consigo creencias misóginas, con formas económicas y políticas en las que los hombres blancos eran el centro del mundo (Federici, 2015: 367).

El otro proceso del que Mies nos habla es el de domesificación, en el que tras el sometimiento violento de la caza de brujas y los procesos de colonización a las mujeres africanas, asiáticas y americanas, se comienza a crear un rol para las mujeres europeas, el rol es el de las consumidoras y las de las amas de casa (Mies, 2018: 196). Es así como en un largo periodo de tiempo se comenzó a construir la idea de la familia nuclear que, como bien señala Mies, mientras que el hombre blanco se apropiaba de tierras ajenas en territorios ajenos, explotando fuerza de trabajo y destruyendo relaciones sociales de aquellos otros pueblos, en Europa se comenzó a instituir paralelamente a la familia nuclear patriarcal que hoy en día conocemos. Esta nueva forma de relación social se caracteriza por tener al hombre como cabeza de la familia, él es el sosten económico de la esposa *legal* -que “no trabaja”- y de sus hijos (Mies, 2018: 200).

A mitad del siglo XIX se tornó política de Estado apoyar el crecimiento poblacional centrado en la familia, sobre todo promoviéndola entre las clases trabajadoras (Mies, 2018: 201). La burguesía estableció la actual división sexual y social del trabajo en el capitalismo, desde el puritanismo se creó la ideología del amor romántico como compensación y sublimación de la independencia sexual y económica de las mujeres (Mies, 2018: 201). Mientras que en la primera mitad del siglo XIX las mujeres y niños eran la mayor parte del proletariado industrial, algo cambió en la segunda mitad del siglo XIX. El paso del capitalismo mercantil al capitalismo industrial hizo que los cuerpos de las mujeres y los niños se tornasen un problema para el capital. Muchas mujeres continuaban siendo mujeres libres porque el ideal de familia aún seguía siendo una aspiración burguesa, pero ellas eran una amenaza para la moralidad burguesa y su ideal de mujer domesticada (Mies, 2018: 202).

Entonces fue necesario para el proceso de ensamblaje del capitalismo y el patriarcado la domestificación de la mujer proletaria, para promover la procreación de más trabajadores (Mies, 2018: 203), es decir reproducir la vida de los trabajadores asalariados desde la casa, sin pago, sin reconocimiento. Fue así como la domestificación de las mujeres se insertó en la clase obrera (Mies, 2018: 204).

En ese momento, tanto la burguesía como el mismo movimiento obrero pusieron todo de sí en el proceso de domestificación de las mujeres. El movimiento obrero luchó por el aumento salarial de los varones argumentando que “el salario de un hombre debería ser suficiente para alimentar a una familia, así la mujer podría quedarse en la casa, cuidar de los

niños y realizar trabajo doméstico” (Mies, 2018: 205). La historiografía feminista nos muestra cómo los militantes y teóricos de izquierda también pusieron su granito de arena para la conformación del cuidado -del rol del ama de casa- como mandato (Mies, 2018: 207) para las mujeres y cuerpos feminizados.

Recupero estos procesos históricos de domesticación y colonización a las mujeres y cuerpos feminizados porque conocer esas violencias de desvalorización de sus cuerpos y de sus actividades me hizo entender la vida de mi abuela Silvina, del cómo mi familia, sus dolores y sus silencios se conformaron. Identificar que la historia de mi abuela es una historia compartida -con sus diferencias y similitudes- con otras mujeres y cuerpos, me hace pensar en la necesidad de tener presente en mi investigación la historia de las mujeres que han sido desvalorizadas y asesinadas en estos procesos de violencia y colonización. También me resulta importante hablar de nuestras energías vitales mediadas por los procesos de jerarquización del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial y reflexionar en cómo no repetir en nuestros trabajos colectivos y políticos la invisibilización del trabajo reproductivo (Menéndez, 2021: 18) sino pensarlo como espacio que potencia nuestra capacidad de lucha, de acompañarnos.

Hilado a lo anterior, si la reproducción de la vida y su puesta en común es parte sustancial de defender nuestras vidas (Menéndez, 2021: 18) es importante entonces retomar la escisión entre “trabajo productivo” y “trabajo reproductivo” y preguntarnos ¿por qué es problemática esta diferenciación? La división entre “trabajo productivo” y “trabajo reproductivo” ha hecho pensar que el trabajo de reproducción, que sostiene la vida, y que realizan las mujeres no tiene valor para el capital. Este tipo de pensamiento está hilado a la desvalorización de las actividades y conocimientos producidos por cuerpos feminizados y se imbrica a las violencias de colonización y domesticación a las mujeres. Pienso que son la base histórica y política para entender cómo se han impuesto los cuidados como mandato. Un mandato que lleva el nombre del amor, de la familia, que se impone a partir del color de la piel, del territorio que habitamos, y que no ha sido reconocido como un trabajo que produce y significa mucho más de lo que nos han hecho creer.

En la introducción de su libro *El arcano de la reproducción*, Leopoldina Fortunati nos dice abiertamente que es importante políticamente nombrar al trabajo de reproducción de la vida realizado por mujeres como lo que es: trabajo. Nos señala también que la lucha por

nombrar y reconocerlo como trabajo forma parte de la lucha organizada contra el trabajo, para apostar por la abolición definitiva del trabajo no directamente asalariado así como del trabajo asalariado (Fortunati, 2019: 22). Apostando por la liberación de todo mandato y toda imposición sobre las mujeres y cualquier vida y cuerpo que esta siendo explotada a partir del trabajo mediado por el capital, y por los procesos de jerarquización del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial.

Para dar pie al siguiente apartado evoco una entrevista que pude encontrar en Youtube que le hicieron a Federici en la que ella nos dice: “Cada momento tiene un carácter doble, reproduce nuestra vida y potencialmente reproduce nuestra lucha, y al mismo tiempo está continuamente organizada y forzada a la producción para la acumulación capitalista. Esta es la tensión que da forma a este trabajo (de reproducción de la vida). Un objetivo de la lucha de las mujeres es transformar esta actividad de manera que reproduzca cada vez más nuestra existencia, nuestra lucha y un mundo distinto” (La Herejía/The Heresy, 2019, 6m46s). Estas palabras me hicieron entender que, cuando hablo de mi abuela, del mandato y de la subversión de ese mandato hablo del carácter doble al que refiere Federici, siempre en tensión.

El mandato no elimina la potencia de la energía vital que las abuelas nos compartieron, el mandato no elimina el amor con el que cuidamos a las otras, el mandato también contiene la potencia para sostener y reproducir nuestra capacidad de lucha y así poder producir un mundo nuevo en el que podamos seguir *siempre vivas*.

En el siguiente apartado hablaremos a profundidad acerca de cómo desde el acompañamiento y las colectivas de acompañantes nos hemos cuestionado acerca de los cuidados, de subvertir el mandato de cuidar y continuar con la potencia de cuidarnos desde otro lugar no subordinado.

1.2 Darnos el permiso de la rebeldía: El *acompañamiento* como una forma de subversión política entre mujeres.

Dice el diccionario que acompañar es el “sentido de estar o ir una persona en compañía de otra”. El diccionario habla también de cómo este verbo implica, a veces, “una cosa unida a otra”. Acompañar es

práctica tanto como estado de ser. Cohabitar el espacio y el tiempo. Asumir que la palabra que surja del encuentro es el producto del encuentro mismo y no sólo la circulación de pensamientos. Acompañar es contruir comunidades de conocimiento colectivo a partir de compartir saberes. Acompañar es siempre un acto de ida y vuelta. Cuando una acompaña, nunca está sola”
Daniela Rea, 2020.

Partiendo del recorrido hecho anteriormente sobre la división entre “trabajo productivo” y “trabajo reproductivo” y el cuidado como mandato sobre mujeres y cuerpos feminizados, en este apartado me gustaría reivindicar el cuidado entre mujeres, un cuidado que ha tenido formas diferentes pero que ha potenciado posibilidades de construir procesos por verdad, memoria y justicia en el momento actual en México en el que la frase “las redes de mujeres salvan vidas” tiene todo el sentido del mundo. Las redes de mujeres son para mi una forma de reciprocidad subversiva al cuidado como mandato.

Es preciso entonces plantear e hilar una serie de ideas de forma muy cuidadosa, esto con la finalidad de no inclinarme, sin querer, hacia un extremo peligroso: el de decir que el cuidado es algo que las mujeres y cuerpos feminizados hacemos o “nos nace hacer” de forma *natural*. En realidad el punto central de mi argumento en este apartado es decir que el cuidado entre mujeres puede ser producido como un hacer común/colectivo que sostenga la vida y potencie las luchas por la vida, de diferentes formas, en diferentes geografías, con diferentes formas de producirse. Es decir, poner el cuidado en el centro desde nuestros cuerpos feminizados y que se nombran como mujeres es una apuesta política por cuidar la vida, por recuperar -como en mi caso- genealogías del cuidado y del estar juntas. Esto procurando tampoco caer en una suerte de imposición militante del cuidado, sino pensarlo como algo elegido (aunque el acto de elegir implica situaciones contextuales y estructurales y también poner en juego nuestra historia singular y colectiva), como un acto de autoafirmación por querernos cuidar y estar juntas. Y desde mi espacio situado nombro a este elegir estar juntas y cuidarnos como *acompañamiento*.

Me daré a la tarea de hilar la noción (no concepto porque es imposible) nunca terminada, siempre cambiante y colectiva de *acompañamiento* dialogando con el trabajo realizado en campo con Las Siemprevivas, con mi caminar en el Grupo de acompañamiento en memoria de Lesvy Berlín, también con Samanta Zaragoza quien ha comenzado a pensar en torno al acompañamiento y también retomo el trabajo colectivo de autoconocimiento que realizaron las mujeres de la *Librería de Mujeres de Milán y las Diótimas* desde los años sesenta hasta los ochenta en Italia y así reflexionar a partir de la noción *affidamento*.

El *affidamento* es una palabra en italiano sumamente difícil de traducir al español pero que nos habla del cuidado entre mujeres desde otro lugar, fuera del mandato, es la posibilidad de tejer confianza con la otra como un vínculo afectivo que se produce a partir de gestos y prácticas colectivas. Esta noción me ayudará a tejer de forma más profunda la reciprocidad subversiva y la posibilidad de reivindicar el cuidado desde otro lugar, no desde el mandato, pero desde un espacio que potencia nuestra capacidad de lucha y de poner la vida en el centro.

Particularmente llegué a conocer la palabra *acompañamiento* a partir de mi andar colectivo y político, como expliqué brevemente en la introducción, he formado parte de varias colectivas y grupos de mujeres que comenzamos a tramarnos entre nosotras y exigir procesos de justicia, verdad y memoria dignos para nuestras compañeras. En algún momento supimos que lo que nosotras hacíamos era llamado *acompañamiento* por instituciones de derechos humanos y aceptamos esta noción para llamarle de alguna forma a lo que hacemos. En el tercer capítulo voy a profundizar en torno a la discusión de cómo nosotras hemos politizado y le hemos dado significados propios al *acompañamiento*, pero por ahora me centraré en pensar en el *acompañamiento* como la posibilidad de reivindicar el cuidado entre mujeres como un espacio de potencia.

La noción *acompañamiento* puede referirse al acompañamiento legal, psicológico, político, etc., esto desde diferentes formas y espacios en los que se realiza pero aquí me refiero al *acompañamiento* como práctica cotidiana de cuidados colectivos que sostienen luchas amplias, diversas, multiformes y complejas, luchas que muchas mujeres han sostenido en diferentes momentos y espacios en México. En ese sentido, el *acompañamiento* del que hablo condensa sobre todo un hacer colectivo, una puesta en común por impugnar y tejer procesos de verdad, memoria y justicia ante las violencias feminicidas en México.

Para Samanta Zaragoza⁷ -socióloga y docente de la UACM- *acompañamiento* es el acto de enfrentar las violencias de forma colectiva, partiendo del entendido que las violencias no son un problema individual sino que son un problema colectivo y por ende se enfrentan colectivamente. *Acompañar* es una búsqueda constante de construcción de lazos solidarios. Ella condensa este hacer con las siguientes palabras: caminar, tropezar, reír, llorar juntxs.

Ahora bien, ¿cómo podemos tejer la noción *acompañamiento* con la de cuidados? Y sobretodo ¿cómo podemos evitar que el *acompañamiento* entre mujeres se vuelva un mandato de cuidar a lxs otrxs? Vamos paso a paso.

Comienzo recuperando a Macerla Lagarde, en su libro *Los cautiverios de las mujeres* en el que aborda desde la antropología un sinfín de claves para entender cómo se ha configurado la idea de mujer, una de esas claves es la de *trabajo*. Lagarde nos dice que desde una visión feminista el trabajo es “[...] un espacio creativo social y cultural: es un conjunto de actividades, de capacidades y destrezas, de conocimientos y sabiduría, de relaciones sociales, de normas, de concepciones, de tradiciones y de creencias, que realizan los seres humanos para vivir, transformando la naturaleza, la sociedad y la cultura” (Lagarde, 1990: 114). Sin embargo, desde el marco del mundo patriarcal e hilado a lo que pudimos leer con Mies y Federici, el trabajo que realizan las mujeres ha sido invisibilizado y degradado porque se ha homologado las actividades de cuerpos feminizados a actividades procreadoras y se le ha definido al trabajo realizado por mujeres como meramente biológico o instintivo, y de forma más brutal como no-humano (Lagarde, 1990: 116).

Lagarde también enfatiza en decir cómo el trabajo de las mujeres que es trabajo de reproducción social, es decir, trabajo que sostiene las tramas colectivas y sociales tanto materiales como simbólicas, se ha llamado trabajo doméstico; un trabajo que corresponde al ámbito de “lo privado” (Lagarde, 1990: 119). Y así el trabajo concreto de las mujeres que realizan como *madresposa* se materializa *en los otros*, la mujer entonces cubre necesidades básicas para procurar no llegar a la muerte, es decir, *cuida* la vida. Pero aquí surge otra clave importante, la autora nos dice: “Como trabajo acumulado en *los otros* se realiza cada día. La mujer a su vez, se desgasta diariamente al hacerlo” (Lagarde, 1990: 120). De esta volcadura

⁷ Recupero lo que Samanta Zaragoza ha pensado acerca del *acompañamiento* a partir de una conferencia que ella compartió a las compañeras de la Maestría en Estudios de la Mujer de la UAM Xochimilco y que mi amiga Alejandra López me compartió. Gracias infinitas por compartir pensamientos y reflexiones.

total hacia y por los otros que implica un desgaste corporal y vital de las mujeres surge la noción de *ser para otros*.

Aquí me gustaría traer algunas reflexiones colectivas que surgieron de una sesión con Las Siemprevivas con quienes platicamos acerca del cuidado, quién nos lo enseñó y cómo lo hemos realizado nosotras:

Pienso que actualmente yo cuido de los otros, pero no cuido de mí y eso es muy fuerte, porque en esta cuestión de cuidado se nos enseña a cuidar de los otros, pero no cuidar de nosotras mismas. El reconocer que las mujeres de mi familia cargan dolor, y el subsumir las propias necesidades porque no hay tiempo, energía o recursos frente al sobrevivir al mundo y no mirar el hueco que va dejando el no atender las propias necesidades duele mucho y pesa mucho” (Entrevista a Las Siemprevivas, octubre del 2021).

Traigo estas palabras que las compañeras me compartieron porque en ellas se muestran condensadas la experiencia del *ser para otros*, un *ser para otros* que es difícil de irrumpir y de subvertir el mismo hacer colectivo entre nosotras.

Continuando con Lagarde:

“Justificado en la división genérica, este trabajo de reproducción es realizado en la sociedad, mayoritariamente por mujeres como un hecho incuestionable, en cumplimiento de sus atributos sexuales, como eje social y cultural de su feminidad; como madresposas” (Lagarde, 1990: 121).

Esto tiene como resultado que las mujeres que *no reproducen a los otros* son consideradas “menos mujeres” o “no mujeres”, porque se salen de la norma. Este es el cuidado como mandato, es el cuidado como imposición. Cuando preguntaba más atrás en la postal afectiva, ¿qué tipo de cuidados nos habrían dado nuestras abuelas si hubieran sido mujeres libres? Me refería a esto: *ser para otros*.

¿Cómo podemos celebrar la capacidad humana y también la necesidad humana de cuidar y ser cuidadas? ¿cómo podemos subvertir el mandato y cuidar desde el deseo de protegernos de la violencia, poniendo en primer plano las tramas entre nosotras quienes habitamos cuerpos feminizados?

En efecto, cuidar y ser cuidadas es algo que todo ser viviente necesita para persistir en este mundo, y aunque los cuidados los abordaré de forma más puntual en el segundo

capítulo, aquí me gustaría precisar algunas cosas sobre la noción de cuidado para posteriormente entrar de lleno a la de *acompañamiento*. Cuando hablamos de cuidados o de cuidar podemos hablar de un sinnúmero de cosas, de actividades cotidianas que sostienen la reproducción material de la vida colectiva y comunitaria, pero también nos referimos a actividades que sostienen simbólicamente nuestras vidas.

Aquí he usado dos nociones: cuidados y reproducción. Al *cuidado* lo retomo a partir de Amaia Pérez, para ella a la noción de *cuidados* se le puede entender de dos maneras: la primera es entenderla como una alternativa para descentralizar los mercados y la mediación capital sobre la vida (Pérez, 2014: 103). La segunda es pensarla en referencia a actividades específicas vinculadas a los cuerpos, desde esta perspectiva se pone en el centro las actividades necesarias para entender las condiciones que dan posibilidad a la vida (Pérez, 2014: 103). Hablar de cuidados nos puede dar luz a entender cómo se [re]produce a las personas a través de vínculos materiales, afectivos y culturales (Vega, 2019: 56).

Hablar de cuidados y reproducción nos lleva también a hablar de *lo común*. Lo común es entendido como relación social y como categoría crítica que pone la mirada en ampliar la noción de lucha imbricándola al cuidado y la capacidad humana de dar forma al mundo (Navarro, Linsalata y Gutiérrez, 2017: 378). *Lo común* no está dado, al ser una relación se practica, se va produciendo. La producción de lo común se hace entre muchas y muchxs, no se puede entender sin las relaciones sociales, sin las prácticas organizativas, sin las formas de significación, sin los vínculos afectivos ni la reciprocidad. Los vínculos sociales que producen *lo común* se crean a partir del trabajo concreto (trabajo que emana de los cuerpos) y de forma cooperativa que genera estrategias para enfrentar problemas y necesidades *comunes* y garantizar así la reproducción de la vida y el cuidado material y espiritual de sus comunidades en interdependencia con la vida toda (Navarro, Linsalata, Gutiérrez, 2017: 388).

A partir de ir hilando los vínculos entre *cuidar/cuidados*, la *reproducción* y *lo común*, paso ahora a hilar la noción de *acompañamiento*. Aunque más atrás hablé brevemente del *acompañamiento* me gustaría problematizarla y profundizar mucho más en ella. Es una noción que, a mi forma de ver, se nutre del hacer y de una práctica política cotidiana y es por ello que es incabada, es cambiante y variada. Para pensarla aquí recupero las voces y palabras

de mujeres que han hablado y reflexionado en torno al *acompañamiento* a partir de sus mismas prácticas colectivas, en específico de las voces de Las Siemprevivas.

Con Las Siemprevivas tuve una serie de encuentros entre agosto-octubre del 2021 así como entrevistas individuales a inicios del 2022, en algunas de las sesiones presenciales compartimos té, tamalitos, risas, bordados y cariño. En los encuentros hablamos en profundidad acerca de los cuidados y al acompañamiento entre mujeres, hablamos del mandato y también de lo que el cuidarnos entre nosotras ha implicado en nuestros caminos colectivos. En el trabajo de reflexión con las compañeras de Las Siemprevivas hubo momentos en los que en la palabra compartida surgió la puesta en el centro del cuidado de la vida como un acto de elegir estar juntas:

[...] No olvidar que estamos vivas y nos acompañamos para defender esa vida que construimos. Al acompañar, construimos formas distintas de vincularnos, de mirarnos, de vivir el mundo y experimentar.

[...] Es algo de ida y vuelta, nos damos fuerza entre todas, las mamás nos dan fuerza y también va de regreso, por esa alimentación de fuerzas podemos seguir aquí en medio de esta guerra tan horrible.

[...] Aunque no hemos estado siempre, igual todo el tiempo estamos tomando la decisión de caminar juntas...

[...] Yo sí me di cuenta el cambio de mi vida, ya tenía la necesidad de un espacio así, de echar raíces. Nunca pensé que podría encontrar un espacio en el que podía abrir mi corazón. El cariño compartido sostiene esto, el acompañamiento y el cuidarnos van juntos. Hemos entendido que todo es a nuestros tiempos, los tiempos de cada una, y lograr cosas poco a poco... (Cúmulo de voces producto de entrevistas individuales y grupales con las compañeras de Las Siemprevivas, octubre 2021 - enero 2022).

Recupero estas reflexiones para pensarlas poniéndolas en juego con la noción de *affidamento*. Esta noción la recupero del libro “No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres” realizado por la Librería de Mujeres de Milán a partir de sus experiencias colectivas en grupos de autoconciencia en un largo periodo de años desde 1966 a 1986.

La Librería de Mujeres de Milán nos recuerdan que en muchos idiomas antiguos, por lo menos occidentales, no ha existido una palabra para hablar acerca de la relación política

entre mujeres (Librería de Mujeres de Milán, 1991:16), una relación social no necesariamente tejida por el parentesco sino más bien por un vínculo elegido concientemente y que nos ayuda a habitar el mundo reconociéndonos como mujeres (Librería de Mujeres de Milán, 1991: 180). “Probablemente a ninguna de nosotras se nos ha enseñado la necesidad de cuidar las relaciones con otras mujeres y de considerarlas una fuerza insustituible de fuerza personal, de originalidad mental, de seguridad en la sociedad” (Librería de Mujeres de Milán, 1991:16). *Affidamento* tiene sus raíces etimológicas en palabras como fiarse, confiar, y para estas mujeres *affidarse* tiene una connotación de lucha política (Librería de Mujeres de Milán, 1991: 22).

En un primer momento, esta noción tiene que ver con la relación política de aprendizaje entre una mujer adulta y una mujer más joven, que podría ser cuestionada por sugerir una relación adultocéntrica y también no explicitar que todas tenemos cuerpos, historias de vida y condiciones sociales que nos ponen en relaciones de poder y violencias que nos atraviesan y que son diferenciadas. Sin embargo, Teresa de Laurentis una de las participantes de la Librería de Mujeres reflexiona en un sentido crítico del *affidamento*, tratando de evitar esencialismos y dar cuenta de la diversidad de experiencias del habitar cuerpos de mujeres, para así seguir apostando por una política del vínculo que pueda disputar otra forma de relación social que tenga que ver con cuerpos feminizados y experiencias que se nombren desde lo encarnado.

De Laurentis entonces propone pensarnos como seres históricas reales, adquirir una práctica política, teórica y autoreflexiva y poder reconstruir nuestra subjetividad política desde un proceso de reflexión colectiva situado en cuerpos específicos, con una historicidad viva, sin ligarlo para siempre de un modo u otro a una experiencia dada, sino en relación con hábitos, prácticas y discursos concretos (De Laurentis, 1984) siempre diversos.

Así, recupero al *affidamento* de la Librería de Mujeres para pensarla hilada al *acompañamiento* y profundizar en aquel vínculo político que se elige desde la libertad, desde la *desesidad*⁸ de cuidar y ser cuidadas. “Una política de liberación debe aportar un fundamento para la libertad de la mujer. La relación social de *affidamento* entre mujeres es

⁸ *Desesidad* es una noción que recupera Amaia Pérez Orozco y que une deseos y necesidades como una sola palabra haciendo el esfuerzo de resignificar la idea de “necesidad” sin separarla de “deseo”. Ya que la necesidad para muchas mujeres siempre tiene que ver con el ser para otros, la distinción del propio deseo es también parte de una pelea por el horizonte transformador (Pérez, 2014: 26)

un contenido y un instrumento de esta lucha” (Librería de Mujeres de Milán, 1991:23). Esta forma de estar y vincularse entre mujeres se convierte entonces en formas de relacionarse cotidianamente desde el cuidar los vínculos con las otras, se trata de producir y tejer relaciones de confianza con otras mujeres que formen parte de una mediación simbólica y material entre nosotras y el mundo (Librería de Mujeres de Milán, 1991: 129) y que potencia el poner el cuidado en el centro para sostener la vida.

Recupero *affidamento* porque las compañeras de la Librería de Mujeres de Milán pensaron en la *desesidad* de tener nociones propias desde nuestros cuerpos, nuestras experiencias y nuestra historicidad que nos permitan no solo tener las herramientas para contarle a otrxs lo que hacemos, sino para hilar sentidos para nosotras mismas, disputar gestos, conocimientos y haceres. Esto último lo pienso en relación a la subversión: subvertir el cuidado, ya no como mandato sino como una acción que potencia nuestra capacidad de lucha también significa disputar el cuidado como una elección libre, autoafirmativa, combativa, incluso. *Acompañar* en ese sentido sería una noción-gesto que permite disputar cotidianamente para subvertir el mandato desde la elección de estar, es una posibilidad de reproducirnos a nosotras mismas como mujeres y cuerpos feminizados, sostener nuestras vidas materiales y simbólicas, dotar de significados a esta práctica desde el estar y el construir juntas:

Acompañar es algo que está cambiando continuamente, hoy puede ser algo, pero mañana otra cosa, es algo que está moviéndose todo el tiempo. Somos mujeres y está ligado al cuidado, pero realmente yo no sé si puedo teorizar sobre el acompañamiento porque solo pienso en palabras, o sensaciones, pero en este ejercicio que hicimos de preguntarme por qué acompañar y como llegue ahí, y cuando pienso en acompañar pienso en escuchar y en apachar, no solo hacia afuera, sino que eso viene de regreso todo el tiempo. (Entrevista a Las Siemprevivas, octubre 2021).

En una plática con Araceli Osorio, defensora de derechos humanos y madre de Lesvy, ella me dijo que el cuidado y el acompañamiento lo aprendió colectivamente pero también a partir de aprender junto con las otras, para ella acompañar/cuidar es darse el permiso de la rebeldía, de poner límites sanos. Ara siempre nos dice que debemos recuperar nuestro proyecto de vida fuera de las tramas del *acompañamiento político*, y nos anima a no olvidar que si las condiciones fueran otras nosotras estaríamos en el cine, estudiando, gozando de la

vida sin preocuparnos por la violencia contra nuestros cuerpos. En las condiciones actuales de este país nosotras estamos por una decisión política, pero darnos el permiso de la rebeldía nos permite *acompañar* desde el amor, desde el corazón:

Para mí acompañar es sentir el dolor de la otra persona, darse la oportunidad de abrir el corazón porque por lo menos eso fue lo que yo sentí cuando estuve con la señora Lidia, sentí que abrí mi corazón y me dejé sentir su dolor. Sentí el acompañamiento de mis amigas, sentirme vulnerable ante muchas cosas. Yo jamás había abierto ese espacio de la vulnerabilidad, de chillar tanto, nunca había chillado tanto como en pandemia. Sentir el cariño, las tristezas de las otras personas, de mis amigas y de la señora Lidia. Darse la oportunidad de sentir, el cariño, las alegrías, pero también la tristeza, y para mí eso es algo muy bonito, nunca lo había sentido, nunca había llorado tanto como estar con las Siemprevivas en un espacio así. El acompañar es muchas cosas (Entrevista a Aurora González, enero 2022).

Al inicio de este capítulo les compartí la historia de mi abuela y de cierta forma he hablado, aunque no muy puntualmente, de quienes nos han cuidado y también de quienes hemos aprendido a cuidar y así *acompañarnos*. Ahora corresponde que hable de forma más detenida de las genealogías del cuidado y de quienes hemos aprendido acerca del *acompañar/nos*.

1.3 Genealogías del cuidado entre mujeres: ¿quienes nos enseñaron a cuidar(nos)-acompañar(nos)?

“Cuando ustedes duden de qué es lo que se debe hacer; cuando duden de qué manera se debe luchar, acuérdense de Marisela Escobedo” Las tres muertes de Marisela Escobedo, 2020.

“Todas las abuelas son, un poco, también mi abuela”
Detrás de las abuelas, 2021.

Con lo pensado en el apartado anterior podemos comenzar a dar cuenta que el acompañar es una apuesta política del entre mujeres y nos da pie a trazar una larga genealogía de cuidados,

gestos del hacer juntas que ha sostenido la lucha por nuestras vidas en México y América Latina. Cuando hablo de quienes nos han enseñado a cuidar y a acompañar me refiero a un cúmulo de conocimientos corporales y políticos que nos guían en el un camino doloroso y complicado en la lucha por justicia, verdad y memoria. Aquí quiero tejer un recorrido político de las madres en México y en América Latina, nuestras maestras y compañeras de lucha.

Escribo este apartado a finales de abril del 2022 con el corazón roto y sensible, reconociendo lo difícil que es escribir en medio del dolor y el miedo, lo difícil que es transitar nuestras calles, nuestras ciudades en medio de una guerra que no es nuestra y que se nos impuso hace poco más de dieciseis años. Escribo este apartado a un día de que se cumplan cuatro años de búsqueda de nuestra compañera Mariela Vanessa Díaz Valverde, estudiante de letras hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, quien fue desaparecida el 27 de abril de 2018 en Iztapalapa, CDMX. Escribo este apartado a menos de una semana de que haya sido encontrado el cuerpo Debanhi Escobar en un motel de Monterrey después de casi dos semanas de búsqueda exhaustiva por parte de su padre y sus amigxs. Escribo a tres días de que se cumplan tres años del asesinato de Aideé Mendoza, un 29 de abril del 2019, dentro de su salón de clases en el CCH Oriente de la UNAM y a quién la universidad y el Estado racista y clasista han invisibilizado pero nosotras la nombramos y exigimos justicia para ella. Escribo a una semana de recordar a nuestra querida Lesvy Berlín Rivera Osorio, cuyo feminicidio el 3 de mayo de 2017 en Ciudad Universitaria de la UNAM hizo que una generación entera de jóvenes mujeres comenzáramos un proceso de adelgazamiento de la piel que nos llevaría a caminos colectivos inesperados. Las nombro a ellas, Mariela, Debanhi, Aideé, Abi, Lesvy, Pamela, Ingrid, Fátima, Diana, Zyanya, Yang, Campira, Mariana, Rubí, queriendo nombrarlas a todas, recordándolas con amor y diciéndoles que las pensamos con cariño. Esperando que el lugar en el que estén sea mejor que este país feminicida. Esperando que regresen a casa pronto, porque las queremos de vuelta. Nos merecemos un mejor país, nos merecemos un mundo seguro, amoroso y tierno en el que todas podamos ser libres, felices y rebeldes.

Cuando mencionamos los nombres e historias de todas las hijas, hijxs e hijos que nos faltan y que buscamos en este país no podemos omitir en lo absoluto hablar de sus madres (y de sus padres y familiares), de las mujeres madres, abuelas, tías, hermanas, amas de casa, obreras, trabajadoras del hogar, profesionistas que han sostenido la vida material y simbólica

de sus familias y sus comunidades y desde hace unos años han tenido que volcarse a las calles con el miedo y el dolor a flor de piel convirtiéndose en defensoras de derechos humanos de todas y todos en este país, ellas han sostenido la vida de otras formas.

Hablar de las madres en búsqueda por verdad, memoria y justicia es hablar de historias de amor entrecruzadas a las historias de guerras patriarcales-capitalistas-coloniales. Son historias de amor porque no hay otra forma de nombrar esas infinitas maneras de luchar. Las mujeres en este país y en el Abya Yala han sostenido la vida de todas y todos convirtiéndose en defensoras de derechos humanos y acompañantes, nos han mostrado subjetividades complejas y amplias llenas de rebeldía. En este apartado trataré de tejer una genealogía de los cuidados y el acompañamiento desde esa rebeldía, con los que las tramas de acompañamiento y cuidados a los que pertenezco nos identificamos.

¿Qué significa hacer genealogías? Hacer genealogías es partir de un espacio situado con una intencionalidad narrativa de recuperar ciertas voces, cuerpos y experiencias que son relevantes para nuestras propias historias personales y colectivas. Noel Sosa, socióloga y feminista uruguaya nos dice: “Realizar genealogías es ir uniendo unos hilos con otros, ir siguiendo huellas, no desde la literalidad, sino desde ciertas afinidades” (Sosa, 2020: 9). Trazar genealogías es también un proceso cognitivo pues implica construir en la marcha un conocimiento vivo que rescate lo oculto o lo no nombrado y darle así sentido a nuestras propias historias.

En específico, cuando hablamos de genealogías, los linajes de cuerpos de mujeres y disidencias son omitidos, sus caminos no forman parte de la Historia oficial. Como decía en el apartado anterior, nos es importante construir nociones propias, así como también es importante recuperar linajes desde nuestros cuerpos, nuestras experiencias y nuestra historicidad como mujeres que nos permitan tejernos unas con otras y darnos potencia para las luchas que sostenemos día a día.

Esta pequeña recuperación en modo genealógico que haré la comprendo como un hacer *genealogía-memoria*, evocando a Alejandra Ciriza filósofa feminista argentina, y también como una forma de *genealogía-otra o desde el sur*. Estas dos formas de hacer genealogías las retomo del texto “La genealogía como método de investigación feminista” de Alejandra Restrepo. Pienso que hago *genealogía-memoria* en el sentido de tejer memoria colectiva y encarnada de lo que se ha hecho en diferentes espacios-tiempos por desarmar la

guerra contra la vida y así sostenerla, también pensando en cómo todas o varias de las experiencias que recupero han hecho un trabajo de memoria social y colectiva para la no repetición de la violencia atravesada en los últimos años. Y la *genealogía-otra o desde el sur* haciendo referencia al lugar que habito y desde el que colectivizo: México, un territorio latinoamericano, violentado por los procesos jerarquizantes de violencia y subordinación del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial y que actualmente se encuentra brutalmente atravesado por una guerra neoliberal que apuesta por la acumulación por desposesión y exterminio, haciendo referencia a David Harvey (2004)⁹ el primero y Raúl Zibechi el segundo¹⁰.

Teniendo en cuenta lo anterior entonces trataré de hilvanar amorosamente una pequeña genealogía de los cuidados que nos haga sentido para nuestras luchas actuales contra los feminicidios y por procesos dignos por verdad, memoria y justicia para las mujeres en México. Le nombro una genealogía de los cuidados pensando en cómo las madres, las abuelas, y muchas mujeres nos han enseñado a luchar, a cuidarnos y acompañarnos en medio de la guerra, la impunidad y el dolor. Es una genealogía de los cuidados porque ellas pusieron el cuidado en el centro, al luchar por sus hijos han luchado por la vida de las hijas e hijos de todas, por sí mismas y sus proyectos de vida, han luchado por nosotras, por todxs. Y hoy día, nosotras recuperamos los pasos de las madres/abuelas para luchar por las que nos quitaron, por las que estamos y por las que vienen, acompañadas y acompañándonos.

Comienzo esta genealogía de los cuidados a partir de la década de los 70's partiendo desde el Cono Sur, específicamente Argentina y Chile, territorios geográficamente lejanos pero con pueblos y mujeres en lucha que son simbólicamente cercanos a la experiencia mexicana.

La desaparición de personas -por fuerzas militares- en Argentina comenzó desde 1974, la sistematicidad de las desapariciones y la violencia de Estado escalaron a partir del golpe de estado que ocurrió el 24 de marzo de 1976. El golpe de Estado en Argentina fue llevado a cabo por grupos de las fuerzas armadas, sectores civiles, políticos y religiosos ligados a intereses políticos y económicos neoliberales apoyados por E.E.U.U. El estado

⁹ Concepto acuñado por David Harvey en su libro "El nuevo imperialismo".

¹⁰ Raúl Zibechi, "Acumulación por exterminio" 8 de julio de 2016.
<https://www.jornada.com.mx/2016/07/08/opinion/019a1pol>

militar se propuso entonces desaparecer y torturar en clandestinidad a un amplio sector de la sociedad argentina que se oponían al neoliberalismo (El Perro en la luna, 2015), entre ellos miles de jóvenes de izquierda, hijas e hijos (y nietxs) que hoy en día las madres/abuelas de Plaza de Mayo siguen nombrando y buscando, tejiendo formas de justicia social como la búsqueda y la restitución de nietxs en Argentina y Uruguay.

En la serie documental llamada “Madres de Plaza de Mayo” transmitido por TVP y Encuentro podemos escuchar al inicio del primer capítulo: “En 1978 un periodista extranjero se dirigió a Plaza de Mayo para entrevistar a un grupo de mujeres que desde hace casi un año (1977) caminaba en silencio como un gesto de protesta. Eran las madres, las locas como las llamaban, que cada jueves a las 15:30 reclamaban por sus hijxs desaparecidxs bajo la dictadura civilo militar que gobernaba el país. El periodista tomó nota de la historia que ellas habían contado cientos de veces, y preguntó: ¿pero cuando? ¿qué día nació el movimiento de las madres?” (El Perro en la luna, 2015). Hebe de Bonafini, una de las madres/abuelas de Plaza de Mayo, dice que ellas recuerdan que pudo haber sido un 30 de abril el día en el que surgió un gesto colectivo de estar juntas en la plaza, recordando el cumpleaños de uno de los hijos desaparecidos y buscando ser visibles para la gente que pasaba por ahí pero no fue así, no las veían. Lo que ellas recuerdan como un día perdido para su lucha fue el inicio de lo que hoy forma parte de un bagaje simbólico y corporal para muchas madres y mujeres que luchan en América Latina, pasar del miedo y el dolor a la lucha colectiva entre mujeres tomando por asalto el espacio público.

En medio de una guerra militar que violentaba y desaparecía a miles de personas, en medio de la prohibición de actos políticos, las madres y abuelas decidieron salir a las calles a denunciar el terrorismo de Estado. Les prohibían asistir a la Plaza y caminar como un acto abiertamente político, entonces ellas decidieron “inventar” formas de acompañarse, de estar juntas. Si una iba presa por marchar, todas iban presas. Si a una la increpaban, todas llegaban a hacer “bola” para que a todas las increparan por estar ahí. Las madres/abuelas de Plaza de Mayo decidieron asistir a la peregrinación que cada 9 de octubre se realiza en Luján, ese año de 1977 las madres decidieron ocupar ese espacio religioso y multitudinario que no era reprimido por el Estado militar y así ser vistas por el mundo y nombrar lo que estaba pasando en Argentina: decidieron ir con pañuelos blancos (que eran pañales de tela) para reconocerse entre ellas y sacar pancartas nombrando a sus hijxs desaparecidxs.



Foto tomada del archivo Abuelas Difusión en Instagram.

Del otro lado de la cordillera de Los Andes, en el Chile de la dictadura militar encuentro otro hilo de la genealogía de los cuidados: Las Arpilleras. Poco después del comienzo del régimen militar el 11 de septiembre de 1973, surgieron talleres en barrios pobres de Santiago de Chile creados por mujeres madres, esposas e hijas de detenidos desaparecidos y prisioneros políticos del golpe militar. Las *arpilleras* hace referencia a un tipo de textil hecho de una tela resistente, normalmente estopa o costal, que se usa para guardar granos como café, arroz, etc. Fue este tipo de tela que estas mujeres usaron como medio para construir memoria viva en el calor de las desapariciones forzadas que estaban ocurriendo posteriores al golpe militar contra el gobierno de Salvador Allende.

En el libro “Tapices de esperanza, hilos de amor: el movimiento de las Arpilleras de Chile”, Marjorie Agustín hija de exiliados políticos de la dictadura chilena, nos cuenta acerca de la lucha por la memoria y la verdad que representaba bordar en medio de una dictadura. Hacer una arpillera significaba levantarse en medio del caos y hacer un acto de narración de los hechos. “El aspecto de hacer memoria de la *arpillera* tiene una importancia central y distinta a hacer monumentos contruídos años después para hacer memoria de los desaparecidos” (Agustín, 2008: 41) es por eso que lo pienso como un acto de memoria viva. “La memoria de la arpillera y la arpillera es un recuerdo íntimo, que narra la historia familiar de un ser humano violentado y abandonado. Las arpilleras muestran las formas en

que el fascismo roba una vida humana; sus puntadas ayudan en el proceso de volver a contar” (Agostín, 2008: 41).

Esa memoria viva, de la puntada, de las manos que la bordaron y que cuentan las historias de lucha de las mujeres me recuerda a las formas en las que hoy en día las mujeres también recuperan el acto del bordado como un espacio de denuncia, haciendo memoria situada y encarnada en cada puntada en México, este país en guerra. “La arpillera siempre sorprende, porque a primera vista da la impresión de que es un arte inocente, pero no lo es. Es un arte denunciar torturas, desapariciones forzadas, y violencia. Las arpilleras expresan el espacio silenciado y silenciador de la dictadura militar” (Agostín, 2008: 42).

Las mujeres arpilleras nos enseñaron que hay infinitas formas de hacer memoria, de alzar la voz, exigir justicia y estar juntas no solo en las calles pero sobretodo en espacios íntimos como un taller, nuestras casas y conjurar juntas verdad, memoria, justicia y vidas dignas en medio de la guerra. En el acto de bordar *arpilleras*: “Poco a poco se van incorporando otros múltiples aspectos de la vida cotidiana en Chile: el acceso a la salud, la cesantía y la precariedad laboral, el hambre, el control de la correspondencia, las manifestaciones, entre otros temas, van construyendo un amplio retrato social del periodo” (Brodsky, 2012: 7).



Arpilleras
“Marcha de
mujeres
familiares de
detenidos
desaparecidos” y
“Chile
encadenado”.

Recupero a las madres/abuelas de Plaza de Mayo y a las mujeres Arpilleras de Chile como parte de la genealogía de los cuidados porque ellas apostaron por la memoria colectiva en momentos en los que el silencio y el olvido se imponían con terror. Ellas organizaron el dolor y la rabia sosteniendo la vida en medio de la guerra y reproduciendo la vida material y simbólica desde un sinnúmero de formas entre ellas. Cuando hemos buscado inspiración, ideas, historias para ver la luz en medio de la oscuridad las vemos a ellas con sus bordados, con sus pañuelos, con sus cuerpos y sus voces. Ellas nos enseñaron a cuidar la vida, a cuidar la memoria, a no claudicar.

Las guerras contra la vida en las que las mujeres de Chile y Argentina se sostenían y acompañaban las podemos identificar en un contexto histórico y político que atravesó la vida de millones de personas en América Latina, desde la Patagonía hasta Tijuana. La “Guerra Fría” que se disputaba en el norte global tuvo como consecuencias geopolíticas formas de violencia contrainsurgentes que se desplegaron en nuestros territorios por medio de desapariciones, golpes de Estado, hambre y despojo, violencias que de diversas formas fueron trastocando las vidas colectivas y comunitarias. En ese sentido histórico geopolítico, la búsqueda por verdad, memoria y justicia del Cono Sur que comenzó en los setenta está hilada a la historia de las madres y familiares del Comité Eureka aquí en México.

Desplazándonos geográficamente al México de la década de los setenta nos encontramos con otro hilito de nuestra genealogía para hablar de una mujer cuya voz e historia forma parte de quienes nos han enseñado a luchar y a poner la vida en el centro: Rosario Ibarra. Ella fue una de las primeras mujeres (madres) que se nombran defensoras de los derechos humanos en nuestro país en un contexto de terrorismo estatal llamado “La guerra sucia” que tuvo lugar en los setenta. Le dicen “guerra sucia” a una serie de actos contrainsurgentes que llevó a cabo el Estado mexicano con represión militar y política en contra de la oposición política en su mayoría de izquierda y en su mayoría jóvenes.

En el marco de esa violencia de estado el hijo de Rosario Ibarra, Jesús Piedra, fue detenido y posteriormente desaparecido por autoridades policiales. En 1977 Rosario Ibarra fundó el Comité Eureka que está formado por familiares de detenidos y desaparecidos por el estado mexicano. Rosario Ibarra fue de las primeras en hablar abiertamente de las violencias sistemáticas del Estado mexicano. Su incansable lucha de búsqueda continuó hasta su muerte

el 16 de abril del 2022, sin hallar a su hijo. Rosario Ibarra nos ha enseñado que buscando nos encontramos, que callarnos no es una opción.



Rosario Ibarra con foto de su hijo Jesús Piedra bordado en su ropa.
Foto compartida por Museo Casa Memoria Indómita.

Los siguientes hilos de la genealogía de los cuidados también se encuentran geográficamente en México. Antes recordemos brevemente el contexto de la “Guerra Fría” y los métodos de violencia contrainsurgente que se desplegaron en América Latina contra cierto tipo de persona, generalmente joven, de izquierda, generalmente cuerpos de varón. Recupero a Dawn Paley en su libro “Guerra neoliberal: desaparición y búsqueda en el norte de México”. En este libro se narra cómo la guerra actual en México es un enfrentamiento contra la vida y contra el pueblo que no ha cesado, sino que se ha transformado. Los contextos geopolíticos han cambiado el mundo pero “las formas de la guerra, el ejercicio de la violencia y las contrainsurgencias se han intensificado” (Paley, 2020: 21) esto para poder asegurar y proteger de los intereses del capital global. Estas formas específicas de guerra neoliberal tienen como característica “la confusión, la despolitización de la violencia, la militarización estatal y una forma ampliada de contrainsurgencia” (Paley, 2020: 22) contra todo cuerpo que se oponga a estas nuevas formas de acumulación del capital. Dentro de el marco de la contrainsurgencia ampliada, los cuerpos, vidas y sueños de las mujeres y niñas en este país han sido profundamente atravesados y violentados en esta nueva forma de la guerra, aquí encontramos la lucha y los pasos de las madres que forman parte de esta breve genealogía.

En el contexto de lo que actualmente se nombra como la feminización de la guerra en México podemos comenzar a identificar, desde finales de los noventa hasta nuestros días, las luchas por verdad, justicia y memoria de las madres y mujeres que las han acompañado en el camino. Entre esos hilos de lucha y esperanza se encuentran las madres de Ciudad Juárez.

Aquí me remitiré a nombrar a tres madres, aunque han sido cientos sino miles de madres, familiares y acompañantes que han sostenido la vida en ese norte fronterizo, una frontera que nos ha costado muchas vidas, muchos dolores y nos ha dado un sinfín de esperanzas también.

Irma Monreal, Benita Monarréz y Josefina González son las tres madres y defensoras de derechos humanos quienes lucharon por justicia y verdad para sus hijas Esmeralda Herrera Monreal, Laura Berenice Ramos y Claudia Ivette González quienes fueron desaparecidas y asesinadas en Ciudad Juárez, sus cuerpos fueron hallados gracias a la búsqueda de sus madres en un campo algodonero entre el 6 y 7 de noviembre del 2001. En ese mismo campo algodonero fueron hallados otros cinco cuerpos de mujeres que no han sido reclamados¹¹. Estas tres maravillosas y aguerridas mujeres reclamaron la falta de fiabilidad en la búsqueda y reconocimiento de los cuerpos de las mujeres por parte de las instituciones de procuración de justicia del estado así que decidieron emprender una larga lucha por exigir procesos dignos y debidamente realizados para sus hijas y todas las mujeres.

Irma, Benita y Josefina decidieron presentar sus quejas de violaciones a la debida diligencia en los casos de sus hijas a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en 2002, en esta denuncia ellas responsabilizaban al Estado mexicano por irregularidades en la investigación y la falta de justicia. En febrero del 2005 la Comisión Interamericana de Derechos Humanos presentó a la Corte Interamericana de Derechos Humanos una demanda contra el Estado mexicano, esta demanda tuvo como resultado la Sentencia de Campo Algodonero del 2009 que sienta los precedentes legales para exigir debida diligencia e investigaciones bien construidas con perspectiva de género. En esa misma sentencia se le solicitó al Estado mexicano aceptar su culpa en la vulneración de los derechos de las mujeres tanto antes como después de un asesinato (una espiral de violencia). Dentro de otras de las repercusiones de esta sentencia también se encuentra la reparación del daño que es la no repetición -es decir la erradicación de la violencia feminicida- y la construcción de un monumento a las víctimas como una forma de memoria social.

La larga lucha de las madres Irma, Benita y Josefina puso en el foco la sistematicidad de la violencia contra las mujeres en México, así como develó la ignominia del Estado mexicano. El monumento a las víctimas así como el memorial a ellas se realizaron, sin

¹¹ También a las nombramos a ellas, a las mujeres y niñas cuyos nombres no conocemos, nosotras las reclamamos.

embargo la tarea para el Estado de la no repetición así como asegurar una vida digna y libre de violencia a las mujeres y niñas no ha sido cumplida.

Las semillas de lucha y rebeldía que estas madres sembraron en 2001 nos acompañan todos los días, el no dudar en seguir exigiendo y construyendo posibilidades para acceder a nuestro derecho a vidas sin violencia, nuestro derecho a la verdad, la memoria y la justicia. También es importante que gracias a estas madres tenemos como un arma de defensa el recurso de la Sentencia de Campo Algodonero, que ha sido una herencia sumamente importante para la lucha colectiva, y nos ha enseñado que los derechos se arrebatan y que la justicia es nuestra.



Madres pintando los nombres de sus hijas en las cruces para las mujeres de Campo Algodonero. Foto tomada de la página de CentroProdh.

Otra luz y maestra que nos guía en este país fosa es Marisela Escobedo, a ella le debemos muchísimos aprendizajes y camino recorrido, pero sobretodo a ella y a su hija el Estado mexicano le debe justicia y verdad. Marisela Escobedo fue asesinada el 16 de diciembre del 2010 en la entrada al Palacio de Gobierno del estado de Chihuahua (Ciudad de Chihuahua) mientras protestaba por el feminicidio de su hija Rubí que había sido asesinada dos años antes en Ciudad Juárez. Los asesinatos de Rubí y Marisela están imbricados a un contexto de violencia feminicida e impunidad que también se entrecruzaron con la violencia de la guerra.

Rubí Marisol Frayre tenía 16 años de edad cuando fue asesinada por su pareja y padre de su hijo, él era varios años mayor que ella. Marisela Escobedo logró encontrar al asesino de su hija, Rafael Barraza, con medios e investigación propia. Marisela y su familia no sólo encontraron el cuerpo de Rubí, sino que encontraron al asesino de su hija. En los juicios

orales del proceso Rafael Barraza pidió perdón y aceptó haber asesinado a Rubí confesando públicamente durante una de las audiencias. A pesar de todas las pruebas y la declaración de culpa los tres jueces, Catalina Ochoa Contreras, Rafael Boudib Jurado y Netzahualcóyotl Zúñiga Vázquez absolvieron por unanimidad al feminicida de Rubí.



Marisela Escobedo marchando en las calles de Ciudad Juárez en 2008.

La brutal impunidad con la que actuaron los tres jueces permitió que Rafael Barraza no solo huyera de la ciudad, para que no fuera encontrado por Marisela y su familia quienes decidieron seguir buscando justicia y encontrar al asesino, sino que cuando fue encontrado en otra ciudad en otro estado en donde se supo que Rafael Barraza había comenzado a formar parte de las filas de Los Zetas, uno de los carteles del narco más violentos y despiadados puesto que sus integrantes habían sido militares de alto rango. A pesar de la nueva capa de vulnerabilidad resultado de la impunidad y de la violencia de la guerra, Marisela Escobedo continuó denunciando al estado, a Rafael Barraza y la imposibilidad de acceder dignamente a procesos de justicia, verdad y memoria sin poner la vida propia en peligro. Marisela Escobedo hizo todo lo que pudo desde que asesinaron a su hija, hizo investigaciones propias para encontrarla, dio pista del paradero del asesino, realizó marchas, en una ocasión marchó sin ropa solamente con el cartel de su hija que la cubría, señaló a todos los funcionarios públicos, exigió a los dos gobiernos en turno que pasaron por la gobernación de Chihuahua que hicieran su trabajo y la dejaron sola.

La noche del 16 de diciembre del 2010 Marisela Escobedo fue asesinada afuera del palacio de gobernación del estado, frente a toda una ciudad, frente a todo un país. El autor intelectual fue Rafael Barraza y el material fue el hermano de éste. A Rafel Barraza lo mataron en un enfrentamiento entre crimen organizado y fuerzas militares. ¿Qué justicia es esa? El feminicidio de Rubí y el asesinato de Marisela continúan ambos impunes, los hijos de Marisela tuvieron que huir del país porque sus vidas se encuentran en peligro.

Seguimos exigiendo justicia para Marisela y para Rubí. En este país el acceso a la justicia se construye a pie, colectivamente, con amor, Marisela nos mostró cómo hacerlo, Marisela es nuestra maestra y le debemos haciendo de su vida y su amor memoria viva en nuestros caminos. ¡Justicia!



Ilustración de Ere Derbez realizada en 2020 en el marco de los diez años del asesinato de Marisela Escobedo, 2020.

Nos trasladamos ahora hasta el centro del país, en una temporalidad cercana. Bajamos hasta el Estado de México, el estado más letal para ser mujer en este país y desde este centro periférico, centro abandonado, centro obrero que sostiene a la Ciudad de México vamos a hablar de Irinea Buendía. Para hablar de ella me gustaría contarles cuando la conocí: antes de conocerla en carne y hueso, ya había escuchado su nombre y sus pasos. De voz de mis amigas había escuchado lo importante que ella es para todas las mujeres en México. La primera vez que la vi fue en un mitín que convocamos por Lesvy Berlín frente a rectoría de la UNAM, ella estaba parada junto a Araceli, y a mis ojos y mi corazón Irinea se veía alta, altísima, como una mujer gigante, yo me impresioné de lo alta que era y de su voz, potente,

clara, directa, fuerte. En realidad Irinea es de estatura pequeña pero su fortaleza y su andar dan cuenta de lo grande y maravillosa que ella es. Irinea es originaria de Morelos, es madre, defensora de derechos humanos de las mujeres y niñas. Su hija Mariana Lima fue asesinada en 2010 por su marido, un policía ministerial, en Chimalhuacán, Estado de México.

Al feminicidio de Mariana, el policía quien la mató y todos los servidores públicos que les correspondía investigar quisieron hacerlo pasar como suicidio. Pero Irinea conocía a su hija, ella la escuchaba, la cuidaba y ella sabía que Mariana estaba a punto de salir de la espiral de violencia en la que se encontraba a manos de su marido, fue así que Irinea decidió pelear, aprender de criminalística, de derecho y llevar hasta las últimas instancias la lucha porque el asesinato de su hija fuera tipificado como feminicidio e investigado con debida diligencia.

Irinea llevó el proceso de su hija hasta la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) junto con el Observatorio Ciudadano Nacional del feminicidio en 2015. El 25 de marzo de 2015 la SCJN dio a conocer la Sentencia Mariana Lima Buendía, este documento y herramienta contra la violencia estatal patriarcal actualmente nos permite exigirle a toda autoridad encargada de impartir justicia: la necesidad de actuar con debida diligencia para prevenir, investigar, y sancionar la violencia de género; la obligación del Estado de garantizar los estándares (mínimos) para brindar a las mujeres y niñas una vida libre de violencia y discriminación, incluye el derecho a acceder a recursos judiciales accesibles y eficaces así como contar con garantías que las protejan al denunciar violencias; el que todo caso que implique violencia de género deba ser investigada con perspectiva de género; el reconocimiento de un patrón de impunidad en procesos judiciales y el predominio de la cultura patriarcal que posibilita la negligencia; la necesidad de procesos de verdad y justicia en las violaciones a los derechos humanos y por último el que **toda muerte violenta de mujer (o niña) deba iniciar su investigación con presunción de feminicidio** (SCJN, 2015: 24-36).

Hasta el día en el que escribo estas palabras, la segunda semana de abril del 2022, a pesar de la Sentencia Mariana Lima, las instancias encargadas del proceso de justicia para Mariana en el Estado de México no han declarado culpable al feminicida quien fuera policía municipal. A Mariana y a Irinea aún se les debe justicia.

Irinea, gracias por arrancarle con tu lucha al Estado esta sentencia. ¡Justicia y justicia para Mariana Lima!



Irinea Buendía en el mitín por Lesvy Berlín, algún día de agosto de 2017, en la explanada de la Rectoría en CU UNAM convocada por la ex-colectiva Las Ramonas.

Del Estado de México nos trasladamos unos kilómetros hacia la Ciudad de México para hablar de Araceli Osorio, mujer, defensora de derechos humanos y madre de Lesvy Berlín Rivera Osororio. Araceli es una mujer educadora, activista de toda la vida, a ella la conocimos y la escuchamos por primera vez en la marcha que se convocó por Lesvy el 5 de mayo del 2017. Pero recuerdo también el día en el que pudimos hablar con ella de forma cercana, mis amigas y yo nos encontrábamos en la caseta de teléfono del Instituto de Ingeniería, lugar que ahora es el Jardín de la Memoria, ese día habíamos llevado flores y velitas para Lesvy y Ara llegó y nos pusimos a hablar con ella. Trazar una serie de eventos y fechas me es difícil, todo pasó muy rápido, pero hoy puedo decir que Ara se convirtió en nuestra compañera de lucha, ella no enseñó a cuidarnos y cuidar, a acompañar y seguir impugnando desde el amor y la creatividad.

Araceli Osorio ha impulsado una serie de acciones por verdad, justicia y memoria en Ciudad de México entre ellas el mecanismo de alerta de violencia de género (AVG), la puesta en marcha de mesas de trabajo con la comisión de derechos humanos y el gobierno de la ciudad para avanzar en la investigación en varios procesos de feminicidio y desaparición, así

como un acompañamiento cariñoso y amoroso a las madres en lucha por justicia y en búsqueda de sus hijas/hijos, las ha abrazado y sostenido en momentos de miedo e incertidumbre. Ara nos ha dicho que quiere que Lesvy sea un fueguito de esperanza y que siente los precedentes para la no repetición, para que no nos falte ni una más, nunca más.

El 11 de octubre del 2019 día en el que se dio el fallo por unanimidad en favor de su hija Araceli Osorio compartió su palabra certera y digna para acompañarnos a todas:

Nosotras creemos que no pudo ser de otra manera, nosotras fuimos las únicas que desde el principio le dijimos a esa autoridad, a esos servidores y servidoras públicas que no era un suicidio, que era un feminicidio. Y hoy queda demostrado, hoy la verdad salió adelante, hoy empieza un camino hacia la justicia en el caso de Lesvy, ¿cuanto tiempo tendremos que esperar para que esa justicia se haga pronta y expedita para todas y cada una de las mujeres que fueron asesinadas, que siguen siendo asesinadas en nuestro país?

No estamos todas, nos faltan ellas y por ellas la lucha apenas comienza. Que se preparen porque nos van a ver así juntas en estos espacios, en los tribunales, en las calles, en todas y cada una de sus oficinas públicas, allí nos van a ver. Nos van a ver con argumentos, pero también nos van a ver con nuestra rabia y nuestro dolor. Y nos van a conocer, y van a saber por nosotras por nuestra voz, por esta solidaridad y esta sororidad que no, que ellas no están muertas, que ellas fueron asesinadas pero que viven y están presentes todos los días en todos estos espacios para que haya justicia, no sólo para Lesvy, sino justicia para todas. Y para nuestras mujeres que se han llevado, que nos han arrebatado de momento, las seguimos buscando y queremos que nos las entreguen así como se las llevaron, queremos que nos las entreguen, porque nos lo merecemos. Porque no nos merecemos que nos las arrebaten de esas maneras, porque no es justo, porque no lo vamos a permitir. Ni una desaparecida más. Porque vivas estamos, vivas nos queremos. Juntas y juntos, logramos justicia. Jorge Luis González Hernández, asesino. (Transcripción propia).



Araceli Osorio afuera del tribunal de justicia del Reclusorio Oriente el 11 de octubre del 2019. Foto de María Ruíz.

Me gustaría mencionar a varias madres que he conocido a lo largo de los años y otras a quienes he conocido a partir de integrarme este año como parte de la colectiva Las Siemprevivas. Estas madres y sus hijas son las mujeres que nos convocaron a acuerpar y acompañarnos con amor. Para hablar de ellas recupero la investigación de maestría “¡Las madres luchando, el país están cambiando! Los movimientos de madres contra el feminicidio en México” que mi amiga y compañera de lucha Alejandra López Lujano realizó de forma amorosa y potente, también compartiré un poco de cómo he conocido a cada una.

A Lidia Florencio la conocí en 2017 marchando con mis amigas en Chimalhuacán, ella llevaba una pancarta con el rostro de su querida hija Diana Velazquez Florencio, asesinada en 2017 en el municipio de Chimalhuacán. Recuerdo mucho el rostro y la voz de Lidia quien siempre camina a lado de su hija Laura, hermana de Diana. Lidia y Laura se han vuelto férreas luchadoras por justicia y dignidad en el Estado de México.

A Patricia Becerril la conocí en los juicios orales del proceso de Lesvy en 2019, sin embargo pude conocerla personalmente en un picnic que tuvimos con Las Siemprevivas al inicio del año pasado y en estos últimos meses he podido aprender más de ella, de su dulzura y de su sensibilidad. Una de las imágenes más lindas que tengo de ella es cuando en el *Encuentro de mujeres acompañantes*, al que convocamos en septiembre del 2022, en un taller que tuvimos de velas terapéuticas, Paty bailó con todo el corazón y nos permitió también evocar a su hija Zyanya, asesinada en mayo del 2018 en la Ciudad de Puebla, y a través de Paty convivir con Zyany. De ella he aprendido que la ternura rebelde sí existe.

A Margarita Alanís la conocí en 2017 cuando estábamos preparándonos colectivamente en el centro de derechos humanos Fray Francisco de Vitoria para ir al Primer Encuentro de justicia transicional para defensoras y defensores de derechos humanos. Maggie, como la llamamos con ternura en la colectiva, es madre de Campira Camorlinga una joven mujer que fue asesinada en 2016; Campira era madre de dos niñas, la más chiquita Alexa siempre va con su abuela a las reuniones y encuentros. Siempre me conmueve el cariño con el que Maggie siempre habla de Campi. Hoy día ha sido muy lindo compartir espacios de bordado y cariño con ellas, ver a Alexa crecer y a Maggie retomar el tejido.

A Moni Borrego, madre de Yang Kyung asesinada en 2014, la he visto en diferentes espacios de acompañamiento de procesos de otras madres pero gracias a Las Siemprevivas este año he podido conocerla a ella y a su hermana Jose. Estos meses de compartir con Moni han sido sumamente hermosos, ella siempre nos hace reír incluso si estamos en espacios difíciles de transitar como un reclusorio o un tribunal de justicia. Moni siempre está cuando se necesita acuerpar, resistir en espacios hostiles con ella me da una sensación de protección, cuando ella está siento que todo saldrá bien.

A Araceli Mondragón, madre de Abigail Guerrero víctima de feminicidio en diciembre del 2016 en el Ajusco, también ha sido de esas madres con las que me he encontrado en muchos momentos previos pero al incorporarme a Las Siemprevivas he podido conocer más de cerca. La señora Ara es callada pero de palabra certera, es de esas presencias que calman y que dan fuerza, cuando ella tiene que decir algo lo dice.

Gracias a todas por compartirse con nosotras, a Ara, a Irinea, a Lidia, a Paty, a Moni, a Maggie, a la señora Ara Mondragón, y también a Herminia, Sacrisanta y a todas las madres con quienes en algún momento he caminado y podido compartir espacios; gracias por dejarme conocerlas a ustedes y a sus hijas a través de ustedes. Gracias por enseñarnos cómo es luchar, cómo es tramarnos entre nosotras, lo que es acompañar y dejarnos acompañar. Gracias por guiarnos en encontrar sentidos otros a las palabras justicia y memoria. Las quiero mucho, ustedes son esperanza.



Foto del Encuentro de mujeres que acompañan: defendiendo la alegre rebeldía, septiembre 2022. Aquí estamos todas, juntas y felices.

Ahora que he nombrado y narrado un poco acerca de las madres que nos han acompañado y enseñado a cuidar también es necesario decir que me falta nombrarlas a todas, son miles las madres que han sostenido y luchado por la vida que ha sido y sigue siendo arrebatada. Aunque aquí nombro abiertamente a algunas de ellas necesitaríamos muchísimas horas, manos y corazones para escribir y contar con ternura la historia de todas aquellas que han defendido la vida y que continúan haciéndolo no solo en México pero en Latinoamérica. Me faltaron las madres de lxs desaparecidxs en Colombia y de Uruguay, las madres y mujeres que luchan en Guatemala, Honduras, El Salvador, en Nicaragua, me faltan las madres buscadoras centroamericanas que buscan a sus hijxs migrantes desaparecidxs en México, las madres buscadoras de Sonora, Veracruz, Morelos, Guerrero, Tamaulipas, Sinaloa, Puebla, Chihuahua, de todo el país.



Madres que se acompañan. Foto tomada el 25 de marzo del 2019 en Ciudad Nezahualcóyotl en el marco de los cuatro años de la Sentencia Mariana Lima.

Como parte de trazar una genealogía del cuidado, el acompañamiento y la rebeldía de cuidarnos como decisión política, también nombro aquí a las abogadas feministas y defensoras de derechos humanos quienes han acompañado amorosamente a las madres y han impugnado la justicia y las formas en las que se nombra la violencia contra las mujeres en espacios como los tribunales, las universidades, los códigos penales y en las instituciones de justicia. Aquí nombro a una mujer como Sayuri Herrera, pero es importante decir que hay cientos de ellas en todo el país trastocando un espacio patriarcal y colonial como lo son las instituciones judiciales y la justicia misma, y aquí nombro a Sayuri desde mi espacio situado porque a ella la he conocido en el caminar colectivo de los últimos años.

Sayuri Herrera actualmente es la Coordinadora General de Investigación de Delitos de Género y Atención a Víctimas de la Fiscalía General de Justicia de la Ciudad de México. La historia de la creación de esa fiscalía y la razón por la cual Sayuri fue la primera fiscal de la Fiscalía Especializada para la Investigación del Delito de Femicidio de la CDMX, tiene que ver más con los caminos andados desde finales de los noventas, los caminos recorridos por las madres, las abogadas y las acompañantes que con el Estado.

Sayuri inició su camino político en la huelga del 99 de la UNAM siendo una joven de bachillerato, desde ese entonces ella siempre ha tenido la sensibilidad y la ternura con la que defiende hoy a todas. Sayuri también fue la abogada que en sus inicios acompañó a la familia de nuestro compañero normalista Julio César Mondragón, uno de los dos compañeros

normalistas asesinados la noche del 26 de septiembre del 2014 cuando desaparecieron a 43 futuros maestros rurales.

En 2017 Sayuri se convirtió en la abogada del proceso de Lesvy Berlín Rivera Osorio junto con Ana Yeli Garrido. Y sin el trabajo de ellas dos, su escucha atenta, su cariño y su amor, su acompañamiento cuidadoso lo acontecido el 11 de octubre del 2019 no hubiera sucedido. Hoy día Sayuri lleva la fiscalía de feminicidio en CDMX con una dignidad inigualable, con un cuidado amoroso, nombrando a todas, luchando por todas. Esa fiscalía es nuestra, es de todas, no es del Estado. Gracias Sayuri, gracias por tanto amor y dignidad.

Sayuri Herrera también nos ha enseñado acerca de la memoria y la justicia, ella nos ha enseñado a nombrar, a prepararnos, a colectivizar la rabia e hilar conocimientos de a pie que pueda seguir aunando a la lucha por erradicar la violencia. Comparto ahora palabras de Sayuri Herrera que escribió en el marco de la disculpa pública a la familia de Lesvy Berlín Rivera Osorio por parte de la PGJ el 2 mayo del 2019:

En esta época en la que unos han apostado al olvido como fórmula de reconciliación social nosotras insistimos en recordar y en recordar colectivamente. La memoria colectiva es vínculo social, ¿quienes deben recordar y qué debemos recordar? Queremos que la comunidad universitaria recuerde lo que ocurrió y queremos que recuerde lo que hicimos para afrontarlo. Buscamos una memoria de los hechos que no nos paralice para actuar frente a la violencia, una memoria que recuerde a todas cada paso que dimos para encontrar la verdad y la justicia, queremos memoria para comprender que la situación de violencia que viven muchas mujeres no es natural, mucho menos es inevitable. Hacer memoria significa la posibilidad de transmitir la experiencia de los sucesos y sus significados, eso queremos. (Transcripción propia).



Sayuri Herrera en la marcha del 8M del 2020 marchando con madres y acompañantes el día en que fue nombrada fiscal del delito de feminicidio de la CDMX.

Ahora toca preguntarnos ¿cómo nosotras nos sentimos hiladas a las madres, a las abogadas, a las abuelas? Siento que es una pregunta que muchas personas han de tener al leerme, ¿qué nos convoca? Aunque parte de esa respuesta viene en las próximas páginas del segundo capítulo me gustaría comenzar a responderla:

Nosotras, mujeres jóvenes hemos vivido un poco más o menos de la mitad de nuestras vidas creciendo en un país en guerra, escuchando de chiquitas a lo lejos en los noticieros que veían nuestros padres acerca de las desapariciones de mujeres y niñas en Ciudad Juárez, de la creciente violencia en nuestras calles, en nuestros estados. Yo crecí en Oaxaca y uno de mis recuerdos más nítidos es el levantamiento de la APPO en 2006, en ese entonces tenía once años y me acuerdo de la ciudad sitiada, de la gente corriendo, me acuerdo del fuego y el humo, de las barricadas, y no entendía nada. Hoy lo entiendo. Entiendo la rabia, entiendo la dignidad, entiendo también cómo el resto de la sociedad se quedó callada, desvinculándose profundamente de una problemática que de alguna forma u otra también les competía.

Entiendo también que no hacer nada, que no voltear a ver, que no nombrar, que no abrazar, que no sostener a las y los otros por lo menos con un puño arriba y que no cuidar la vida que está siendo violentada tiene que ver con la *desafección*, como lo nombra Silvia L. Gil. La *desafección* muestra la rotura de vínculos en el que dejamos de sentirnos afectados o

convocados, la *desafección* nos vuelve impenetrables, acorazadxs, rompe lo que nos une a lxs otrxs e incluso puede poner en peligro la persistencia social o comunitaria (Gil, 2021: 31). Nosotras no queremos y no podemos permitirnos habitar la *desafección* porque sabemos lo que es el miedo constante y encarnado de no regresar a casa, porque nos hemos sentido asechadas en las calles también y porque vemos en nuestras madres a las madres de todas, así como ellas ven a sus hijas en las hijas de todas.

Nosotras nos sentimos hiladas a las madres/abuelas de Plaza de Mayo, a las arpilleras de Chile, a Rosario Ibarra, a las madres de Ciudad Juárez, a Mariela Escobedo, a Irinea Buendía, a Araceli Osorio, a Paty, a Moni, a Lidia, a Maggie, y a muchas más, nos sentimos hiladas a las madres de buscadoras, a las madres que buscan justicia, a sus hijas e hijos, porque aquí en medio de la guerra la única forma de prometernos a todas -a las que ya no están, las que estamos y las que vienen- una vida libre de violencia es cuidarnos y acompañarnos, con sus claroscuros, con las disputas que impone la mediación patriarcal, pero recordando siempre que algún día nosotras sostendremos nuestros rostros y con la mirada en alto podremos contarles lo que las madres y quienes caminan a su lado hicimos para hacer memoria de estos años de oscuridad y de miedo, para hacer todo lo posible por recordar colectivamente, no olvidar, por construir otras posibilidades y arrancarle al Estado la justicia, la memoria y la verdad con dignidad y amor.

Como dicen las madres en búsqueda de sus desaparecidxs: porque buscando nos encontramos, también podemos decir que cuidando(nos) nos vinculamos. Ellas han reconfigurado el cuidado que les fue mandatado como mujeres y madres/abuelas y lo han relanzado como una promesa de vida, cuidando la vida y enseñándonos a cuidarla con ellas. Nosotras también queremos reivindicar y relanzar los cuidados que hemos aprendido de las mujeres de nuestras familias y de las mujeres con las que ahora hemos decidido caminar como acompañantes/acompañadas por las madres.

Este sentirnos hiladas con las madres, abrazarnos desde la vulnerabilidad y crear tramas diversas para acompañarnos, aprender unas de otras, cuidarnos y amarnos reconociendo que venimos de lugares diferentes, que hemos recorrido caminos lejanos unas de otras pero nos hemos encontrado y hemos producido una familia rara tiene que ver con la noción de *parentescos raros* de Donna Haraway, que nos dice: “[...] hay generar parentescos raros: nos necesitamos recíprocamente en colaboraciones y combinaciones inesperadas, en

pilas de compost caliente. Devenimos-con de manera reciproca o no devenimos en absoluto. Este tipo de semiótica material es siempre situada, en algún lugar y no en ningún lugar, enredada y mundana” (Haraway, 2019: 24).

Hemos aprendido a cuidarnos y a cuidar a otras herencia de las enseñanzas de nuestras ancestras pero también las madres que nos acompañan y a quienes acompañamos nos han enseñado a cuidar, a gritar, a bailar, a reír, a llorar, a ser fuertes, a disentir, a poner límites, a ser vulnerables, nos han enseñado quienes eran sus hijas, nos han recibido en sus brazos como a sus hijas. Y es otra forma de entender los cuidados y cómo reproducimos también la vida colectiva en tramas y parentescos raros.

Cuando les pregunté a mis compañeras de Las Siemprevivas quién les enseñó a cuidar-acompañar me respondieron:

El cuidado es algo que históricamente ha sido una tarea de las mujeres estereotipada, pero también tiene una fuerza política muy grande y que dentro de esa labor de cuidados se generan estrategias políticas de resistencia desde hace mucho tiempo (Entrevista a Las Siemprevivas, octubre 2021).

Acompañar-cuidar ha sido un hacer cotidiano que históricamente se le impuso a las mujeres y cuerpos feminizados, pero también ha sido para muchas la posibilidad de gestar otras posibilidades, de resistir creativa y colectivamente a las violencias de los procesos de jerarquización del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial. Las mujeres han tenido que idear miles de formas diferentes de aliarse para hacer juntas un mundo digno y amoroso para todxs, para que la vida continúe. Darnos el permiso de esa rebeldía nos permite apostar por caminar juntas, llorar y reír, enojarnos entre nosotras, sostenernos amorosamente, idear, crear:

Las veo a todas y digo son muy fuertes, y yo no aguanto. Si no tuviera a las Siemprevivas no podría sostenerme en esto, lo que implica acompañar. Me llena de tranquilidad sabernos juntas. Cada semillita que las mamás logran es algo muy grande, ellas han dejado todo (Entrevista a Aurora González, enero 2022).

A lo largo de este capítulo recuperamos diferentes propuestas teóricas, así como diferentes experiencias encarnadas que tienen larga data histórica y social sobre nuestras vidas y nuestros cuerpos. Esa larga data de violencias de los procesos jerarquizantes de subordinación del capital-patriarcado-colonialismo no han podido subsumir ni mitigar las

capacidades de organización ni la potencia de lucha ni mucho menos el cuidado de la vida. Por eso mismo recuperé aquí, a manera de genealogía breve, las muchas formas en las que la lucha por la vida se ha ido complejizando, lo que generaciones de mujeres y cuerpos feminizados han aprendido y nos han heredado a manera de caminos recorridos y enseñanzas, nosotras nos encontramos en un lugar diferente gracias a nuestras abuelas y hacemos lo que hacemos juntas para las que vienen encuentren un lugar mejor a este que nosotras habitamos.

Lo que las madres y abuelas hicieron y siguen haciendo, lo que nosotras hemos aprendido de ellas y estamos haciendo está dejando huellas profundas, como diría Raquel Gutiérrez, algo se está sedimentando. A través de múltiples formas de hacer, de crear y de compartir se han generado claves de transmisión de experiencia de lo que se ha aprendido y de lo que se ha logrado, de lo que falta por hacer. En el siguiente capítulo profundizaremos en esas muchas formas en las que el cuidado se ha practicado de otros modos, de modos colectivos, encarnados, transformando el cuerpo y la piel misma, apostando por otras formas de vincularnos, de hacer memoria y justicia.

Capítulo 2: Políticas colectivas de la piel delgadita

Día 10. La piel se adelgazó y ahora toca seguir caminando, paso a pasito con una ética de la piel delgadita. Gracias compañeras por haber reconstruido el mundo y su verdad, por insistir amorosamente, por custodiar la memoria, por no claudicar. Lesvy no ha muerto, Lesvy somos todas. Rita Canto, 2019.

¿Qué hay antes de la piel delgadita? La piel es el órgano más grande de nuestro cuerpo, con ella nos acercamos al mundo, es el primer espacio con el que nos relacionamos con lxs otrxs, con otros seres compañeros, con la piel podemos sentir amor y ternura pero también desde la piel se puede sentir dolor, miedo. La piel nos dota de una amplia gama de posibilidades de afección que normalmente se habitan en solitario o, por lo menos, nos han enseñado que se experimenta de forma individual/aislada. La piel nos conecta con el mundo, es producida sociohistóricamente. Nos han producido como pieles individuales, separadas las unas de lxs otrxs, pero la piel también puede vivirse de forma colectiva, entramada, porosa.

¿Qué nos permitimos sentir y cómo nos permitimos sentir en este mundo capitalista-colonial-patriarcal?

La piel delgadita es una producción colectiva de sentidos afectivos, de formas de politizar y de habitar nuestros espacios territoriales. Previa a esta piel delgadita hay diferentes formas de habitar nuestros cuerpos y nuestros afectos, diferentes formas de producir pieles singulares, algunas más abiertas al mundo y otras más acorazadas; formas producidas para transitar este mundo, construyendo fronteras afectivas para poder sortear el día a día en un país en guerra, en un sistema de producción capitalista y minimizar la posibilidad de afección ligada a lxs otrxs. Pero para poder desarmar la guerra necesitamos pieles delgaditas hiladas las unas a las otras, pieles que hagan de la vulnerabilidad una política colectiva para sostenerse entre ellas poniendo la vida y el cuidado en el centro.

En la postal afectiva de este capítulo recupero una carta que escribimos como Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy y que leímos en voz alta en la velada que

organizamos del 2 al 3 de mayo de 2021, fecha en la que recordamos su tránsito por este mundo y lo que su vida significa para nosotras:

*“Fueron múltiples espacios en los que supimos del feminicidio de nuestra querida Lesvy Berlín, unas estábamos en la facultad, otras estábamos en camino a una práctica de campo, otras estabamos en casa o trabajando, pero todas éramos compañeras, amigas, todas vimos en Lesvy lo que cualquiera de nosotras hubiera querido para sí misma, para su hermana, para su hija, para sus amigas, para sus compañeras de clase, para las mujeres que nos encontramos en la calle y nunca volvemos a ver pero siempre les deseamos “que siempre estés libre, feliz y segura, compañera”. **Lesvy Berlín es nuestra promesa de estar siempre juntas, siempre vivas.***

Lesvy, te conocimos un tres de mayo del 2017, cuando los periódicos de la ciudad y el país hablaban de tu muerte en los encabezados de los periódicos, hablaban de ti con morbo y odio, ese odio que solo se nos tiene a las mujeres por ser eso, mujeres, mujeres como tú que salimos del estándar de lo que ellos quieren que seamos.

*Aquel 3 de mayo de 2017 nosotras sentimos mucha sorpresa, consternación y miedo, mucho miedo. Era algo que se sentía tan lejano y le pasaba a una de nosotras, en esa universidad que entonces todavía nos parecía segura. **La burbuja se había roto.** Estábamos paralizadas, teníamos miedo, rabia, rencor, tristeza y muchas pero muchas ganas de llorar. Nos escribíamos entre nosotras, comentábamos la situación, hablábamos de nuestro miedo y dolor y en algo coincidimos, **teníamos que hacer algo**, no podíamos permitir que otra vez se dijera lo mismo de una compañera, que los medios la criminalizaran, que los compañeros la culparan, que algunos hasta se burlaran, todo esto ya lo habíamos leído en los libros en donde se relata la crueldad de los feminicidios en este país, leerlo ya era difícil, pero vivirlo sin lugar a dudas nos estaba partiendo el alma.*

*Teníamos que decirle al mundo entero que no, que a ti te habían matado, que no pudiste suicidarte, que todo eso que se decía de ti era mentira. **No te conocíamos, ni siquiera sabíamos tu nombre**, ni lo que te gustaba, ni todas las cosas maravillosas que ahora sabemos sobre ti, **sin embargo sentíamos la necesidad de defenderte, porque al hacerlo también nos estábamos defendiendo a nosotras, a todas.***

*Nos organizó la digna rabia, nos organizó el miedo, pero también nos organizó **sabernos juntas, acompañadas.** Ahora a casi 3 de mayo de 2021, a cuatro años de lucha,*

después de múltiples y dolorosos caminos recorridos, de vínculos cariñosos y políticos hilados entre muchas nos damos cuenta de todo lo que Lesvy significa para nosotras, y le decimos con ternura:

*Querida Lesvy, eres semilla, eres canto, eres luz. Tu vida nos ha enseñado que hay que defender el amor y la dignidad a toda costa, que nunca más el silencio, nunca más el miedo. Tus pasos son memoria viva en nuestros corazones. Le diste vuelta a nuestro universo, nos enseñaste que **acompañar desde el amor y la ternura radical** es la forma de cambiar, aunque sea de a poco este mundo, porque tu sonrisa nos reafirma que otros mundos son posibles.*

*Lesvy, Lesvy Berlín Rivera Osorio cuando nombramos tu nombre se ilumina la lucha por la verdad. Tu memoria ha marcado y transformado de gran manera nuestros caminos, y el de muchas personas. Aprendimos que el miedo se puede convertir en impulso, y la ternura puede dismantelar lo que parece inamovible. Lesvy, nos has dado fortaleza y valentía. **Lesvy, eres un fueguito que nos guía en nuestros andares, nos uniste y nos mantienes juntas.** La semilla que nos dejaste ya está retoñando en miles de voces, pasos y caminos hacia la memoria y la justicia, hacia mundos posibles sin miedo en los que la ternura será algo cotidiano. Todas tenemos un jardín en nuestros corazones con una flor llamada Lesvy Berlín a la que nombraremos en cada paso que damos.*

Lesvy Berlín Rivera Osorio, te deseamos un camino lleno de luz y amor en donde sea que éstos. Lesvy no has muerto, Lesvy somos todas.” Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio, mayo del 2021.



Flores sembradas, un rehilete (objeto que le gustaba a Lesvy) y placa con texto escrito por Lesvy Berlín en el Jardín de la Memoria (CU-UNAM) colocado en 2018.

Les comparto esta carta que le escribimos a Lesvy para comenzar a contarles la historia de cómo nuestra piel se comenzó a adelgazar desde aquel 3 de mayo de 2017 cuando decidimos crearle primero a ella, a su cuerpo, a su vida, a lo que nosotras podíamos sentir y compartir con Lesvy desde nuestro mismo cuerpo de mujer. La piel se adelgazó cuando su nombre se volvió promesa de un mundo nuevo, de justicia, de memoria. Nuestra piel se adelgazó cuando nuestro miedo no nos paralizó y fue la potencia para iniciar un camino colectivo inesperado, incierto y que sabíamos de forma intuitiva que era el camino a tomar, por Lesvy, por nosotras, por todas. Una piel delgadita es una decisión de creación colectiva, una capacidad política para habitar el mundo y transformarlo.

Nos dejamos afectar por la huella que Lesvy dejó en nuestras vidas desde mayo de 2017 y comenzamos a afectar el mundo que nos rodea. Esta piel delgadita, esta piel porosa y vulnerable se puede leer en la carta que le escribimos. Es importante ahora a entender qué implica esa porosidad, esa vulnerabilidad política, esa posibilidad que se detona del sentir mucho y profundamente. Esto lo pensaremos trenzando la historia colectiva del Grupo de acompañamiento en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio y de Las Siemprevivas, dos esfuerzos hermandos, que surgieron en diferentes momentos pero que ponen en juego la piel delgadita, la capacidad de sentir mucho como una forma de politizar la vulnerabilidad.

2.1 Nuestrx cuerpox colectivo para luchar por la vida en medio de la guerra.

*¿Podemos construirle un monumento a nuestro dolor?
Tal vez un monumento inasible, poco concretizable y
móvil: el de la red de afectos que se construye
alrededor de nuestra vulnerabilidad.” Mariana
Azahua, 2020.*

El miércoles 3 de mayo de 2017 a las cinco con treinta minutos de la mañana me encontraba llegando a las astabanderas del Estadio Olímpico de la UNAM porque a las seis y cuarto iba a salir de práctica de campo. Yo no sabía que casi al mismo tiempo, a menos de un kilómetro de donde yo estaba, el cuerpo de Lesvy acababa de ser encontrado en una caseta de teléfono del Instituto de Ingeniería de la UNAM, espacio que ahora llamamos “Jardín de la Memoria”.

Horas más tarde, cuando salieron las notas rojas y los comunicados violentos y revictimizantes en las cuentas de twitter de la Procuraduría General de Justicia de la CDMX, supe del feminicidio de Lesvy, de su cuerpo que nos hablaba a todas y nos decía que ella había sido asesinada, que no se había suicidado.



Excélsior (12 49 hrs)
**«Identifican a mujer hallada muerta
en CU; no era estudiante de la
UNAM»**

Primeros (violentos, estigmatizantes y lamentables) comunicados y palabras dichas por la PGJ a las horas de que se encontrara el cuerpo de Lesvy sin vida en CU.

Una de las muchas noticias estigmatizantes hacia Lesvy sacadas unas horas después de los hechos.

Me acuerdo haber leído las notas y voltear a ver a mis compañeras, a mi amiga Clau con quien iba platicando en el camión y compartir desde la mirada la incertidumbre y el miedo de lo que estábamos leyendo. Nos abrazamos entre todas, lloramos, nos preguntábamos quién era aquella mujer, qué sueños le habían arrebatado, todas teníamos la intuición que lo que le pasó a Lesvy era la epítome de la violencia hacia las mujeres pero aún no sabíamos explicarlo, lo sentíamos con nuestros cuerpos.

A la distancia, en Ciudad de México, mis amigas Dian y Alejandra estaban comenzando a organizarse con otras amigas y compañeras de lucha de la facultad para exigirle a la UNAM y a la PGJ que dejaran de revictimizar a Lesvy, que aceptaran que lo que pasó no era normal, que era un acto de violencia brutal. Ellas convocaron a una marcha que tendría lugar la tarde del viernes 5 de mayo desde la Facultad de Ciencias Políticas a Rectoría. A esa marcha, que al inicio mis amigas pensaron iba a ser una marcha de no más de cincuenta o cien personas, llegaron miles de mujeres de toda la ciudad para gritar por Lesvy, para exigir que los procesos de justicia, que las formas de nombrar fueran dignos y respetuosos y que no se omitiera hablar de la violencia que día a día asesinaba (en ese entonces) a siete mujeres en nuestro país.



Foto tomada por Eber Huitzil en la marcha del 5 de mayo de 2017. Forma parte de los *Archivos de la memoria* del Grupo de acompañamiento.

Días después de esa marcha histórica, mis amigas y yo conocimos a Araceli Osorio, madre de Lesvy, cuando le fuimos a dejar flores y velas a la caseta donde su amada hija había sido asesinada. Después de conocer a Ara ya no pudimos dejarla ir, nos volvimos compañeras de lucha por la vida, por la memoria y la justicia. Unas semanas más tarde, junto con otras mujeres a las que aún no conocíamos comenzamos un camino que en ese entonces no sabíamos a dónde nos iba a llevar, pero sabíamos que teníamos que recorrer colectivamente. Conformamos el Grupo de acompañamiento político en apoyo a la familia de Lesvy (cambiamos el nombre del Grupo en 2020 a Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio).

¿Qué nos hizo reconocernos entre nosotras, en Lesvy y en Araceli? ¿Por qué el cuerpo y la vida de Lesvy nos convocaba a comenzar una lucha por justicia? Yo creo que la razón yace en el cuerpo colectivo al que pertenecemos como mujeres y disidencias en este país llamado México. Nos dimos cuenta de la radical vulnerabilidad de nuestra vida y nuestros sueños encarnados en cuerpos feminizados, en cuerpos racializados, en cuerpos obreros, en cuerpos diversos, en cuerpxs incómodos para los procesos jerarquizantes de violencia y subordinación del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial.

Para profundizar en torno al cuerpo y sus afectos es importante hacer notar que en esta tesis y en particular en este capítulo pienso junto con Baruch Spinoza, aunque no soy filósofa haciendo esta investigación me he dado cuenta que soy spinoziana. Hace casi diez años leí la *Ética* de Spinoza, aunque me considero gran admiradora suya ahora me ha costado regresar a sus textos y es por eso que me remitiré a un maravilloso libro de Gilles Deleuze que nos acerca a Spinoza de forma amorosa y más suave. Spinoza fue un filósofo

contemporáneo a Descartes y esto es peculiar porque para el pensamiento de Spinoza no existe la esición cuerpo-mente cartesiana. Spinoza era un filósofo panenteísta, esto quiere decir que para él *dios(a)* es parte de la naturaleza, de los cuerpos, de la materia, y ya que *dios(a)* es espíritu/mente/alma esto implica que desde Spinoza los cuerpos, la naturaleza, lo encarnado es también mente/alma, están imbricados, hilados finamente y el cuerpo no es degradado ni desvalorizado como en el cartesianismo, en el spinozismo el cuerpo es vida, potencia, cognición.

Ahora bien, en *Spinoza: filosofía práctica* Deleuze escribe un pequeño capítulo llamado *Spinoza y nosotros*, en estas páginas se torna más claro cómo define Spinoza al cuerpo: “un cuerpo se define mediante relaciones de movimiento, lo que importa es concebir la vida como una relación compleja” (Deleuze, 2009: 150). Es importante enfatizar que para Spinoza el cuerpo se define y se entiende a partir de las relaciones que son siempre complejas y esta relación es siempre con otros cuerpos, ¿esto qué quiere decir? El cuerpo como relación nos lleva a los afectos o a la afección, a la capacidad del cuerpo de afectar y ser afectado.

“Se definirá a un animal o a un *ser humano*¹² no por su forma ni por ser un sujeto, se le definirá por los afectos de los que es capaz” (Deleuze, 2009: 151). El cuerpo y la capacidad de afectos o afección en Spinoza es entonces la posibilidad de hacer mundo, de pensar el mundo desde y con el cuerpo, es una disposición de la vida y de los cuerpos y es por ello que nos dice Spinoza “nadie sabe lo que puede un cuerpo ni los afectos de los que es capaz” (Deleuze, 2009: 152). Es desde aquí que pienso a la piel delgadita y al cuerpo como relación con las otras para luchar por nuestras vidas.

Por otro lado, abrevio de las enseñanzas de Verónica Gago, que también piensa con Spinoza, para hablar del *cuerpx-territorio extenso*. Gago es una politóloga argentina y militante feminista que piensa desde su hacer situado y en colectividad. Desde aquel sur-sur ella piensa en torno a la huelga feminista y la potencia del deseo que emana de los cuerpos encarnados que sostienen procesos de lucha extendida, como la experiencia de la huelga de mujeres en Argentina en 2018. Desde ese espacio Gago piensa al cuerpo-territorio.

El *cuerpx-territorio* o *cuerpx extenso* es una noción que surge de mujeres que luchan en Abya Yala, y nos explica cómo se configura la explotación y la violencia en nuestras

¹² En el texto de Deleuze dice “hombre” sin embargo en esta tesis omitiré usar este universal excluyente que invisibiliza otros cuerpos y otras vidas que no estaban siendo consideradas en la palabra *hombre*.

geografías y así poder mapear sus consecuencias en la vida cotidiana, “la imagen del cuerpo territorio muestra batallas que se están dando aquí y ahora, señala un campo de fuerzas” (Gago, 2020: 94). Gago también nos explica que esta noción nos da luz para dar evidencia de cómo la explotación y las guerras en los territorios colectivos, comunitarios tanto (sub)urbanos, como campesinos e indígenas implica violentar el cuerpo singular y el cuerpo colectivo porque afecta a todos.

“El cuerpo se revela así como composición de afectos, recursos y posibilidades que no son individuales, sino que se singularizan porque pasan por el cuerpo de cada quien en medida que cada cuerpo nunca es solo “uno”, sino siempre con otros, y con otras fuerzas no-humanas. El cuerpo territorio nos obliga a ver que no hay nadie que carezca de cuerpo ni de territorio” (Gago, 2020: 95).

Así, en un tercer momento, para pensar en torno a la vulnerabilidad y el cuerpo recupero las palabras que Judith Butler dijo cuando vino a México en 2015 (nueve años después del inicio de la guerra y seis meses después de la desaparición de nuestros 43 compañeros normalistas de Ayotzinapa) y dio una conferencia en Ciudad Universitaria (UNAM). En esa conferencia habló de la violencia de Estado, de la justicia, del duelo, de la resistencia y de la vulnerabilidad. Para Butler la vulnerabilidad es una forma de relación entre cuerpos, somos criaturas corpóreas que necesitan de cuidados y de estructuras que permitan que estemos protegidas. Es importante hacer notar que Butler también habla de la necesidad del cuerpo para ser *sostenido*, el cuerpo es una relación con otros, con el entorno y las condiciones estructurales que forman parte de nuestras vidas sociales (y también naturales/terrestres) como humanos.

Retomo la vulnerabilidad hilada al cuerpo porque es desde ese primer territorio con el que conocemos y hacemos mundo, desde el que nos acercamos a otros, desde el que nos vinculamos con otros, desde el que sentimos miedo, dolor, rabia, inspiración, necesidad de vida. Desde el cuerpo resistimos, gritamos por justicia, construimos con ternura. Pensar en la vulnerabilidad hilada a la resistencia nos lleva entonces a entender por qué resistimos, qué nos hace sentir vulnerables y reiterar cada día aquella vulnerabilidad. Butler nos dice que el cuerpo entendido no tanto como un ente (como una máquina a la Descartes) pero como una *relación* nos lleva a no poder disociarlo de las condiciones estructurales y ambientales para su existencia, de esa forma “la dependencia del sosten estructural expone la vulnerabilidad

específica cuando carecemos de apoyo, cuando esas condiciones que caracterizan nuestras vidas a nivel social, político, económico se descomponen, o cuando nos encontramos en condiciones de precariedad o bajo condiciones de amenaza” (Butler, 2018: 37).

Con lo anterior podría entonces comenzar a parecer que esto se perfila a decir que la vulnerabilidad “es mala” o “poco ideal”, pero creo que es importante llevar la vista no a la condición de la vulnerabilidad de la vida y el cuerpo, sino a cómo la vulnerabilidad se torna potencialmente letal para la vida y esa letalidad tiene que ver con las estructuras sociales, culturales, económicas y políticas del contexto en el que vivimos.

¿Por qué nuestra vulnerabilidad, tan característica de la vida, actualmente es potencialmente una sentencia de muerte en México? ¿Por qué habitar un cuerpo feminizado hace que nuestra vulnerabilidad sea una potencial sentencia en este país? Con estas preguntas me gustaría apuntar específicamente a la guerra en México. Para nosotras es una guerra porque la vida se pone en peligro, porque la vulnerabilidad se torna contra nuestra, porque ser vulnerables hoy día aquí puede costarnos mucho dolor y muchas vidas.

La historia colectiva del Grupo de acompañamiento y de las Siemprevivas está profundamente hilada a la vulnerabilidad. Para nosotras nuestra política gira en torno a la posibilidad de ser vulnerables y tener el derecho a no ser lastimadas por ello. Como se puede leer en la carta que les compartí como postal sensible de este capítulo, la burbuja en la que vivíamos se rompió radicalmente el 3 de mayo de 2017, porque ese día nos dimos cuenta que no estábamos seguras en nuestra universidad, en la Ciudad de México ni en nuestro país. Aquellas historias terroríficas de las mujeres y niñas asesinadas en Ciudad Juárez que de pequeñas escuchábamos nos llegaron de golpe. Juárez no es lejano, Juárez nos quitó a nuestras hermanas. El Estado de México y la Ciudad de México también nos está arrancando a nuestras hermanas, a nuestras hijas, a nuestras amigas, a nuestras vecinas. La guerra en México, las drogas y la disputa territorial también existen en la UNAM, en la CDMX, en el Valle de México y nos ha desaparecido y quitado a muchísimas compañeras, nos quitó a Lesvy. Nos dimos cuenta que la vulnerabilidad que atraviesa a muchas mujeres y niñas es nuestra propia vulnerabilidad, y debíamos cuidar de ella. Debíamos cuidar el derecho a ser vulnerables y no ser lastimadas por ello.

En el relato del día 9 afuera de los juicios orales del proceso de Lesvy, que tuvo lugar a finales de 2019, podemos leer estas palabras:

“La piel se nos adelgazó y el corazón nos quedó al descubierto, esa fue una posición o elección política, porque poder ver y ser vistas al corazón se convirtió en un salvaje acto de amor que insiste entre nosotras y en el nombre de nuestra amistad. Sabemos que lo que hacemos hará que este sea un lugar más seguro para todas. Por nosotras y por las que vienen.

Hoy caminamos por los 43 compañeros detenidos desaparecidos y lxs 6 ejecutadx del 26 de septiembre de 2014 en Iguala, Guerrero. La dignidad se volvió a encontrar en las calles. Ahí estaban nuestrxs amigxs, ahí estaban las familias de Ayotzi, las familias de lxs desaparecidxs que nos faltan en este país, las personas que nos encontramos hace cinco años y seguimos aquí. Saliendo de la audiencia corrimos a alcanzarles.

*Hemos llorado, hemos marchado, hemos gritado, hemos ido a sus tribunales, aprendimos sus reglas, nos fundieron con su métrica del tiempo, **hoy les decimos que nuestra justicia y nuestro tiempo llegó, ahora nos toca escribir a nosotras la historia.** Porque si es verdad que la historia la escriben los de arriba, también es verdad que se las dictamos las de abajo.”*

Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio, 2019.



Araceli Osorio e Irinea Buendía abrazándose en la disculpa pública a del SEMEFO (Servicio Médico Forense) a Lesvy y su familia en 2019. Foto de Dian Esbrí.

No me gustaría omitir dos años de camino recorrido de mayo de 2017 a mayo de 2019, sin embargo esos dos años fueron de los más difíciles para todas. Conocimos a Lesvy gracias a Araceli que nos contó sus historias, sus sueños, lo que le gustaba, aprendimos a cocinar sus recetas favoritas, supimos que Lesvy quería estudiar letras francesas en nuestra misma facultad, la FFyL, la conocimos hilándonos a Ara con ternura. Esos dos años también sentimos mucha rabia, mucho dolor, mucho miedo. Varias de nosotras comenzamos a pensar acerca del feminicidio también desde nuestras carreras de licenciatura, todos los días

hablabamos de los feminicidios, nos vinculamos a otras luchas y a otras familias para exigir justicia. En abril de 2017 nuestra compañera de facultad Mariela Vanessa fue desaparecida en Iztapalapa y sigue siendo una ausencia que nos organiza y nos duele.

En el proceso de Lesvy se logró que se retipificara de suicidio a feminicidio. Y cada 3 de mayo, a partir del 2018, hemos organizado veladas en su memoria. Fueron dos años que hasta hoy en día siguen generando una sensación corporal de intranquilidad, cansancio y miedo. Podría decir que gran parte de esos dos años son para nosotras un cúmulo de emociones y saberes hilados y no sabríamos decir dónde inicia una cosa y dónde termina la otra. Pero por eso mismo me gustaría retomar nuestra historia colectiva a partir de abril de 2019.

En abril de 2019 estábamos preparándonos colectivamente para sostener una serie de momentos hito en nuestro camino por justicia: el 27 de abril se cumplía un año de la desaparición de Mariela Vanessa y la incansable búsqueda que varias de nosotras acompañamos; el 3 de mayo íbamos a sostener la velada en memoria de Lesvy y el 5 de mayo iba a tener lugar la disculpa pública por parte de la PJG por las violaciones a los derechos humanos y la revictimización que habían hecho a Lesvy y a su familia dos años atrás. Nos encontrábamos organizando y coordinando diferentes momentos de lucha cuando el 29 de abril Aideé Mendoza, estudiante de preparatoria y joven nahua, fue asesinada dentro de su salón de clases en el CCH Oriente. ¿Qué estaba (y sigue) pasando en la UNAM y en la Ciudad de México? ¿Qué está pasando en este país?



Bordado realizado por Akire Huautli en el marco de las jornadas de memoria para Lesvy y Aideé en 2020.

Cartel de búsqueda de Mariela Vanessa del Colectivo Nos Hacem Falta.

Dar cuenta de la espiral de la violencia en México es muy doloroso, nosotras nos dimos cuenta que después de ese 3 de mayo de 2017 era imposible cerrar los ojos, hacer como si no supiéramos que la guerra está destrozando todo a su alrededor, que nos está quitando la vida. Querida, queridx lectorx: ¿Cuándo te diste cuenta que había una guerra ocurriendo en México? Para nosotras como Grupo de acompañamiento y Siempre vivas, que nos encontramos en edades entre los veinte y los treinta y tantos años ahora nos es difícil recordar el día exacto que supimos de la guerra, llevamos gran parte de nuestras vidas en un país en guerra.

Como Grupo de acompañamiento sostuvimos varios momentos de lucha para Lesvy, Mariela, Aideé, Pamela y otras compañeras entre abril y noviembre del 2019. En septiembre comenzaron los juicios orales del proceso de Lesvy¹³, y sabíamos que iba a ser un momento muy complicado porque siempre se aplazan fechas, se ponen trabas, se alargan procesos como formas de la justicia patriarcal para cansar a quienes sostienen las luchas por justicia, por esas razones lanzamos un llamado a todas y todes quienes quisieran a acompañarnos durante las jornadas de los juicios orales. Y ese día 9 de septiembre de 2019 comenzamos un tiempo largo de la lucha en la calle, armando una campamento a lado de los tribunales sobre una banqueta afuera del Reclusorio Oriente con estas palabras:

“Todas hemos experimentado el miedo de sentirnos atrapadas y sin salida. Todas nos hemos sentido solas en casa, en la calle y en esta sociedad que permite y solapa la impunidad y la violencia contra las mujeres.

El tres de mayo de 2017 el feminicidio de nuestra compañera Lesvy Berlín rompió la burbuja que la Ciudad de México pretendía ser. Las mujeres rompimos el miedo y salimos a las calles a gritar ¡No fue suicidio, fue feminicidio!

Porque no creemos en la verdad histórica del Estado. En las calles las mujeres nos encontramos y decidimos luchar por justicia para Lesvy y para todas las mujeres.

¹³ Para quien no sepa cómo funcionan los procesos penales en México explico brevemente: cuando se comete algún tipo de crimen, en este caso feminicidio, lo primero que ocurre es que en teoría cualquier muerte violenta de mujer tiene que ser tipificado como feminicidio porque es una forma de violencia sistemática, después se tiene que poner en cárcel preventiva al o los posibles culpables al ser una forma de violencia brutal (y ha habido varios casos de feminicidas seriales); mientras tanto ambas partes, las que acusan de feminicidio y los que defienden a los feminicidas, tienen que recolectar pruebas para sustentar su caso, esta parte puede tardar meses o años dependiendo de lo complejo del caso y también de cómo se trataron los cuerpos, los espacios donde ocurrieron los hechos, etc., hay varias audiencias intermedias en estos casos y al final se llega a los juicios orales para ir esclareciendo el caso y dar el fallo (cuando se dice si alguien es o no culpable), esto previo a la sentencia (momento final de los procesos).

Mientras justificaban al feminicida instituciones como los tribunales de justicia, procuradurías, medios de comunicación y la UNAM señalaban y difamaban a Lesvy con palabras que no sólo se reproducen en las redes virtuales sino que hemos escuchado muchas veces en nuestras aulas, en los pasillos, en reuniones, en el transporte público, con nuestras familias y amistades. Decían de ella el día de los hechos: “[...] estuvieron alcoholizándose y drogándose” ó “dejó sus clases”, “debía materias”.

*A todas nos quedó claro que nos descalifican, cuestionan y que los incomodamos vivas o muertas. **Recuperamos la dignidad que a diario intentan arrebatarnos. Aquí estamos y elegimos vivir. Desde este lugar que no es nuestro nos acompañamos, nos miramos y supimos que no éramos las mismas.** Comenzamos a escribir otro futuro juntas y decidimos hacerlos todos los días. Luchamos para que esto cambie porque no siempre fue así y tenemos que imaginarnos algo distinto.*

*Este 9 de septiembre de 2019. **Día 1: La familia de Lesvy ya llegó hasta aquí, hoy comienza un juicio histórico por reconstruir la verdad.***

Sabemos que no fue suicidio, fue feminicidio.

Justicia para Lesvy.

Justicia para todas.

Grupo de Acompañamiento Político de la Familia de Lesvy Berlín Rivera Osorio”¹⁴

¹⁴ Pronunciamento del Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy en el marco del inicio de las audiencias del juicio por el feminicidio de Lesvy Berlín Rivera Osorio. Leído el 9 de septiembre del 2019 afuera del Reclusorio Oriente.



Araceli Osorio y Lesvy Rivera afuera del Reclusorio Oriente donde tuvieron lugar los juicios orales en el proceso de su amada hija Lesvy en septiembre de 2019. Foto tomada por Erika Kuru del Grupo de acompañamiento.

Ese día nuestra historia colectiva nos había llevado a hacer una campamenta fuera de las salas de juicios orales. Todos los días que estuvimos ahí poníamos una lona para protegernos del sol y de la lluvia, colocábamos fotos de otras compañeras que habían sido desaparecidas y asesinadas, sus rostros nos acompañaban todos los días. También poníamos música, recitábamos poemas, cantábamos, bailábamos, compartíamos comida, café, pancito. Nos volvimos hogar una de la otra. Fue bajo el techo de nuestra campamenta que Las Siemprevivas *comenzaron* su camino como una colectiva que acompaña desde el bordado y los afectos.

En ese espacio bordamos entre muchísimas manos una manta con el rostro de Lesvy, con una mandolina porque ella amaba la música y tocaba en la estudiantina femenil de la UNAM, con uno de su suéteres de bebé que Ara entregó amorosamente a las manos de Fer (compañera de las Siemprevivas), pusimos hilos de colores, escogimos los colores favoritos de Lesvy también. En esa campamenta, espacio ubicuo, intermitente, pero también eterno porque se quedó grabado en nuestros cuerpos y en nuestros corazones; en ese espacio tan nuestro que construimos en medio del odio, en frente de un espacio profundamente violento y patriarcal como lo es un penal y unas salas de juicios orales, rodeados de policías y trajes de abogados. Ahí nosotras dejamos nuestra piel individual y acorazada que se había empezado a adelgazar desde el 3 de mayo de 2017, pero que se despegó por completo para volverse delgadita/porosa y colectiva sentadas en la acera del Reclusorio Oriente, mientras bordábamos, bailábamos, llorábamos, reíamos, cantábamos y esperábamos con amor a que Ara, Lesvy papá y nuestras heroínas favoritas, las abogadas Sayuri Herrera y Ana Yeli

Garrido, salieran de cada audiencia. La piel se adelgazó y abrazamos nuestra vulnerabilidad en medio del asfalto, en medio de la violencia, la abrazamos juntas, cuidándonos y cuidando la vida y memoria que corren por nuestras venas y que nos unen a Lesvy, a Mariela, a Aideé, a Mariana Lima, a todas, a todas las que nos quitaron, a las que buscamos, a las que estamos y a las que vienen.

En la narración colectiva del día 11, día del fallo a favor de Lesvy, podemos leer:

“Día 11: Resiste corazón, resiste que estamos caminando.

*Once de octubre del año dos mil diecinueve. Sí, creemos que estamos en el dos mil diecinueve, aunque hay lugares en donde el tiempo se dobla, en donde el pasado se mezcla con el futuro y la injuria no va más. **Y cuando el tiempo se dobla las miradas de las compañeras protegen nuestra humanidad, ahí las mentiras no tienen lugar.** Hoy llegó el tiempo de juzgar.*

*Desde hace poco más de un mes tomamos la misma ruta. **De camino a la campamenta hacemos el análisis político del día, hablamos de nuestros anhelos y preocupaciones, echamos una risa, cantamos una canción.** Al llegar al Reclusorio Oriente hay que montar el techito de la casita-campamenta, colgar los retratos de nuestras compañeras en aquellas paredes hechas del alambre que divide a quienes procuran la justicia desde el Estado y a **las que hacemos la justicia desde el amor, entonces todo es disponerse, reunirse y conversar; leer poesía, bordar, escuchar música, en dos palabras, organizarse y habitar.** Hoy la campamenta se ha llenado de gente buena dispuesta a acompañar, compañeros circenses que nos acompañan desde tempranito, música andina para abrir el corazón, la danza que Dení tan amorosamente preparó para Lesvy y para todas las que habitamos esta campamenta, ¡ahí vienen nuestras amigas las Musas Sonideras! Llegan personas sororas con camisetas moradas impresas con el bordado en el que todas colaboramos y en el que también se lee: ¡Justicia para Lesvy! ¡Justicia para todas!*

Ocupamos el lugar, un espacio que hacemos nuestro debajo de este toldo gris, un pedacito que da cuenta de que nosotras podemos florecer frente a toda la violencia.

Nuestra querida Vero nos trae taquitos para todas, no sabemos si nos espera una jornada larga y ella siempre nos cuida la panza y el corazón. Todo está un poco borroso, la prensa espera a nuestra familia, nosotras les esperamos también, algunas vamos a entrar, las demás resguardan la campamenta.

Toda la sala escucha y se pone muy triste, hay algo en la voz del relator que ha dado paso a un principio de realidad al que se le suele llamar justicia. Los cuentos infantiles de Lesvy están en la mesa en donde se sientan Ara y Lesvy papá, la justicia llegó y débilmente se escucha el tic-tac del reloj, las lágrimas asoman, nuestra compañera no está. Son las tres y veinte de la tarde, “por unanimidad se emite el fallo condenatorio al acreditarse que Jorge Luis cometió un delito de feminicidio agravado”.

*Salimos del juzgado y las compañeras aparecen. Ellas ya bailaron y comieron, leyeron los hermosos y profundos poemas que Amalia nos compartió mientras nos esperaron afuera entre los nervios y la angustia, pero también entre risas y compartición. Les damos la noticia y nos abrazamos entre lágrimas. El momento que hemos exigido desde aquella horrible mañana del 3 de mayo de 2017 ha llegado para dar cuenta de la insoportable realidad feminicida de este país, de la aquiescencia de las instituciones educativas y de procuración de justicia, pero también del trabajo colectivo que nuestra familia, nuestras abogadas y todas las que acompañamos logramos juntas durante este tiempo. **Gracias, nos decimos unas a las otras, nos mandamos mensajes, llamamos, gracias, gracias a todas. ¡Gracias porque juntas hicimos justicia y justicia!***

Ya estamos reunidas todas otra vez, después de casi dos años y medio hoy se hizo justicia: Vuela alto querida Lesvy, descansa en paz. Ahora toca seguir caminando contigo en el corazón para dignificar la vida, caminar por ellas, por nosotras, sortear los golpes, enjuagar las lágrimas, volver a tejer la cadencia del tiempo, amar de otras maneras, mandar sobre la angustia, andar y no parar.

Vivir es hacer política; con ellas en la memoria, con el puño en alto seguiremos juntas, luchando por todas las que no están porque Lesvy no ha muerto, Lesvy somos todas!

¡No estamos todas, nos faltan ellas!

Grupo de Acompañamiento Político a la Familia de Lesvy Berín Rivera Osorio.” 11 de octubre de 2019.



Manta “Justicia para Lesvy” bordado por muchas manos afuera del Reclusorio Oriente. Foto de Las Siemprevivas.



Madres en lucha, acompañantes, amigas, hermanas, familia celebrando el fallo en favor de Lesvy Berlín Rivera Osorio el 11 de octubre de 2019.

Cuando nos preguntamos junto con Spinoza ¿qué puede un cuerpo? Para mí la respuesta es lo que se sostuvo desde 2017 y se desplegó en septiembre y octubre de 2019 y ha continuado hasta hoy en día: la lucha por la vida, por procesos dignos, amorosos y acompañados por justicia y memoria en medio de una guerra y una pandemia. Un cuerpo colectivo puede adelgazar su piel para sentir profundamente, para afectar y ser afectada por el mundo. Un cuerpo colectivo puede ser hogar, puede trazar caminos, puede doler, puede tener miedo, puede sanar. Un cuerpo colectivo puede disputar la vulnerabilidad, un cuerpo colectivo puede cuidar y ser cuidadx.

2.2 Poner el cuidado en el centro.

Reconstruir.

Armarse el cuerpo, el tejido y lo inasible.

Regenerar lo destruido o perdido desde lo que

se conserva: la dignidad. Volver a plantar la

vida arrancada y trabajar en retoñar. Daniela

Rea, 2020.

Trato de escribir este apartado un 7 de marzo del 2022, en medio del campo que está a punto de volverse parte de la mancha urbana de la ciudad de Puebla, estoy lejos de mis amigas, de mis hermanas y veo las imágenes y los videos del zépelin que dice “10 feminicidios diarios”, “Ninguna en el olvido” sobrevolando Paseo de la Reforma, y por alguna razón las palabras empiezan a fluir un poco mejor pero con tristeza, con lágrimas en los ojos, la piel delgadita me comienza a doler, a hacerse “chinita”, y comienzo a recordar por qué y para quienes hago esta tesis. *Con dolor en el cielo*¹⁵, se llama esa intervención y dejo de sentirme sola aquí en medio del campo, sé que me acompaña mi abuela, me acompaña Ber (Lesvy), me acompaña Mariana, me acompaña Zyanya, me acompaña Aideé, me acompañan todas, me acompañan mis amigas, y yo las acompaño a ellas. Y me pregunto, ¿cómo empezar este apartado? ¿cómo hablar de poner el cuidado en el centro? ¿Cómo nos cuidamos en este país feminicida, cómo protegemos estos cuerpos feminizados, estos corazones, cómo podemos sostenernos entre tanta perdida, entre tanto miedo?

¹⁵ “Con dolor en el cielo. Volamos con dolor en el cielo porque en el cielo estamos todas. Volamos porque el cielo no tiene dueño ni gobierno. Volamos porque en el cielo no hay fronteras geográficas, como no hay fronteras de tiempo ni fronteras entre la vida y la muerte. Volamos porque en las alturas estamos todas. Desde el cielo les hablamos a ellas y les hablamos a ustedes, a todos y a todas. Nuestras hermanas asesinadas viven en cada una de nosotras, existen en nuestra memoria y en nuestros cuerpos: ninguna en el olvido. Como mujeres siempre nos han dicho qué hacer y cómo hacerlo. Nos dijeron también qué no hacer y cómo no hacer las cosas. Nos ponen muros, vallas y granaderos. Nos dicen que no se pueden hacer pintas, que no se pueden romper ni quemar cosas: entonces también subimos. Subimos al cielo porque en el cielo no hay límites y porque allí somos todas”. Texto que acompaña la intervención en el cielo, 7 de marzo 2022.



Intervención “Con dolor en el cielo” en Ciudad de México, 7 de marzo del 2022.

Poner el cuidado en el centro se dice como un acto relativamente “fácil”, solo voy y cuido, dirían quienes creen que cuidar es ir, dar una palmadita en el hombro y listo. Pero cuidar no es sólo una palabra o un acto unilateral e instantáneo, cuidar es un verbo que se siente en el corazón, en cada parte del cuerpo, se puede sentir con la piel, se puede oler, se puede degustar, se puede oír, se puede ver. Cuidar implica pasar por un proceso de adelgazamiento de la piel, permitir que la epidermis se vuelva porosa, cuidar implica ponerse en juego a una, a su historia familiar, a su historia colectiva, cuidar es un acto de ida y vuelta, poner el cuidado en el centro es un acto cotidiano de apostar por la ternura, por la vulnerabilidad, por la vida propia que está hilada a la vida de las otras, de las amigas, de las vecinas, de las compañeras que no conocemos, de las que vienen. Cuidar es apostar por la necesidad de la vida, como una plantita que nace en el asfalto, o en un muro de la ciudad.

Veo el zéppelin. Ahí estamos todas, ese zéppelin, ese acto de llevar a todas hasta el cielo y nombramos a todas, eso es una forma de cuidar, eso también se puede lograr porque nos hemos cuidado, porque sabemos que para llevarnos al cielo y recordar se necesitan cuerpos, carne, lágrimas, risas, apapachos, se necesitan moquitos, se necesitan pláticas con comida y té. Cuidar es esto que ellas hicieron, hacerme llorar y recordarme que estoy viva, que no estoy sola incluso cuando estoy lejos, y que para seguir *siempre vivas* poner el cuidado en el centro es un acto cotidiano, diverso, múltiple, complejo.

Las Siempre vivas son una colectiva de acompañantes conformada por varias mujeres que han decidido acompañar y acompañarse para luchar por procesos de justicia, verdad y memoria. Alejandra, Fernanda, Andrea, Dení, Karen, Laura, Aurora, Brenda, Araceli y desde inicios de mayo del 2022 quien escribe esta tesis, han conformado este espacio amoroso

desde julio del 2019 hasta la fecha. Como mencioné en la introducción de la tesis, esta colectiva surge a mitad del 2019 con un sueño de autogestión colectiva que siempre ha usado la creatividad, la invención, los textiles y la ternura como formas de organización. Las Siemprevivas me cuentan que cada reunión que tienen y en cada decisión importante que toman “son acompañadas de tecito y comida. Nunca bebemos porque somos unas señoras que bordamos tomando té” (Entrevista a las Siemprevivas, agosto 2021), es parte de su forma de poner el cuidado colectivo en el centro.

La porosidad y la vulnerabilidad con el que las Siemprevivas politizan y acompañan se ha encarnado desde la intervención textil. En septiembre del 2019 ellas fueron las que propusieron y sostuvieron el proceso de bordado colectivo de la manta de Lesvy en la campamenta. Eran una colectiva que estaba empezando a florecer, a conformarse:

Así comenzó nuestra historia: del bordado con nuestros hilos. Hemos aprendido todas a la marcha a bordar y a crear desde el textil. No sabíamos a donde íbamos y por eso pensamos en la intervención textil. Ara nos dio una cajita y un suetercito de Lesvy de cuando era bebé para ponerlo en la manta. Entonces se comenzaron a juntar elementos. Aprendimos mucho de esa manta y hemos seguidos haciendo mantas para más compañeras (Entrevista a las Siemprevivas, agosto 2021).

Entre esas mantas se encuentra *La manta de la memoria*, intervención textil que bordaron durante un concierto multitudinario en el zócalo de la Ciudad de México, en el marco del 8M del 2020.



Manta de la memoria de Las Siemprevivas.

Ese día cada una bordó un rostro de las compañeras, estaba el rostro de Mariela, Lesvy, Lupita Campanur, Diana, Isabel, Fátima. **Lo que hicimos fue bordar los rostros durante el concierto, ahí paradas con toda la gente con la manta enorme. Fue muy significativo.** Cuando empezaron a cantar la canción levantamos la manta y esa manta se volvió famosa, y se llama ahora la Manta de la Memoria y cada vez vamos sumando más rostros lo cual es triste, pero es **un ejercicio de memoria** (Entrevista a Las Siemprevivas, agosto 2021).

Me he puesto a pensar qué es lo que se condensa simbólica, material y políticamente en el acto de bordar juntas los rostros, los nombres y las historias de las mujeres que nos faltan, sacar hilos, agujas y bastidores en medio de la calle, frente a un juzgado público, o en un concierto multitudinario. Un servidor público precarizado que trabaja como arma del estado “espera” que saquemos nuestras capuchas negras, que llevemos nuestros extintores o palos como excusa para detener arbitrariamente, y podemos y queremos hacerlo, razones no nos faltan. Sin embargo, jugar con la forma en la que ponemos la piel, el cuerpo, la vulnerabilidad colectiva del cuerpo que habitamos es también un acto de mostrar nuestra rabia, nuestro dolor, y sanar de otras formas. Si lo que no se nombra no existe las Siemprevivas lo reviven con sus puntadas, recordar a las que nos faltan, traer cerquita a todas a quienes esperamos porque las estamos buscando.

Tal vez estas ocho mujeres no están remendando calcetines o pantalones rotos para salir al día a día, como ese acto de cuidado de nuestras abuelas, tías y madres, pero están remendado otra cosa: la vida que nos tratan de quitar cuando quieren ocultar la verdad, cuando el olvido se vuelve pan de cada día, cuando en la nota roja culpa a la víctima, cuando no se dice que cada día nos faltan diez más, que tenemos miedo, que queremos verdad, memoria, justicia. Cuidar es bordar juntas, es sostener la vulnerabilidad en medio de la guerra, cuidar es sobrevolar el cielo y nombrar a todas.

En su conferencia titulada: *Vidas vulnerables, feminismos y crisis civilizatoria*, Silvia L. Gil retoma a la filósofa Adriana Camero que nos habla de dos polos inscritos en la vulnerabilidad: una es la de la *herida*, vinculada a las vidas dañadas que no tienen derecho a olvidar el daño; la otra es la de la *cura*, ser vulnerable también contiene la posibilidad de ser cuidada, ser curada (Gil, 2020: 19). Sin embargo, en el mundo en el que vivimos parece que vulnerabilidad y víctima van juntas, por eso siempre se apunta a hacer todo lo posible por

suprimir la vulnerabilidad, por llegar a la invulnerabilidad. Pero ¿quién puede dejar de ser vulnerable?

También Gil nos advierte en reflexionar cómo la noción de vulnerabilidad ha sido utilizada para victimizar a ciertos cuerpos y vidas, con discursos estatales e internacionales que usan como moneda de cambio instrumentalizable y operativa a la vulnerabilidad.

Silvia Gil nos dice: “Habría determinados individuos que tendrían el poder y que eso permitiría producir la vulnerabilidad sobre los demás, y por tanto, distribuir de manera diferencial esa vulnerabilidad. Ante esta distribución diferencial de la vulnerabilidad, lo que haría es repartir lugares, diferenciar lugares diferentes entre los sujetos vulnerables y los invulnerables y poderosos” (Gil, 2020: 20). ¿Cómo entonces podemos darle la vuelta y no pensarla desde ahí?

Retomo esta conferencia de Silvia Gil porque ella apunta a hacernos reflexionar acerca esa otra experiencia de la vulnerabilidad, no la que se vuelve letal o la que aspira a la distribución diferencial de la invulnerabilidad, sino la que apunta al cuidado, a la ternura y nos recuerda que tenemos derecho a ser vulnerables y no ser lastimadas por ello. Y ese derecho, esa posibilidad de ser vulnerables tiene que ver con poner el cuidado en el centro.

“[...] afirmamos tener vulnerabilidad constitutiva de lo humano, que los cuerpos no son invulnerables como la figura del militar o del sicario, sino que los cuerpos son vulnerables, si esto es así; entonces, podemos ser *dañadas*. Y si podemos ser *dañadas*, entonces, necesitamos generar las condiciones para cuidar la vida”. (Gil, 2020: 20). Y ella misma nos pregunta: ¿qué estamos produciendo para generar aquellas condiciones del derecho a ser vulnerables y cuidar la vida? ¿cómo estamos cuidando? ¿cómo estamos haciendo todo eso con nuestros cuerpos vulnerables?

Existen muchísimos ejemplos colectivos y comunitarios de cómo se están generando condiciones para cuidar la vida, ejemplos no nos faltan y me encantaría nombrarlos a todos pero nombrarlos nos llevaría mucho tiempo y muchas hojas de esta tesis. Sin embargo mi objetivo aquí es contarles cómo, desde mi espacio encarnado como acompañante, identifico que Las Siemprevivas son una pequeña/grande muestra situada y específica de un momento y un territorio, y es uno de los ejemplos de lo que se está produciendo para cuidar la vida en medio de la guerra en México.



Madres bordando juntas con acompañantes en la Velada por la justicia para Pamela Guadalupe Gallardo Volante y todxs lxs que nos faltan. Bunker de la PGJ de la CDMX, 2020.

“Es muy difícil pensar que estamos sosteniendo la vida en medio de una guerra, y es fuerte nombrarlo así, pero es real. A partir de eso es que se puede transformar la rabia en otra cosa, puede ser vida o amor” (Entrevista a las Siemprevivas, octubre 2021). Pienso que poner el cuidado en el centro es una forma diferente de decir “poner la vida en el centro”, en realidad ambas hacen referencia a la apuesta colectiva de nombrar y hacer visibles las tramas colectivas y comunitarias y reproducirlas en aquellos espacios que han sido dañados (Menéndez, 2021: 20) por los procesos jerarquizantes de violencia y subordinación del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial en nuestros cuerpxs-territorios. Es por eso que al decir que Las Siemprevivas ponen el cuidado en el centro hago alusión directa al cuidado no solamente como un trabajo de reproducción de la vida que desplegamos sino también me refiero al cuidado colectivo que se tiene que priorizar, en un primer momento, para poder cuidar la vida en medio de una guerra neoliberal y de la precarización de la vida.

“Es lindo cuando hay alguien como Ara que te dice “para aquí porque tienes una vida que tiene que ser vivida también”, eso es muy fuerte. Justo ahí se rompe la línea delgada o la lógica entre hacerlo como obligación del patriarcado o hacerlo con una decisión política, y **acompañar desde el cuidado es una decisión política**” (Entrevista a las Siemprevivas, octubre 2021). Poner el cuidado en el centro como una condición política para poder poner la vida en el centro es una forma que “potencia lo concreto y lo cotidiano como terreno de creación y lucha y desde ahí desde esa fuerza recreada afecta e impugna otras dimensiones” (Menéndez, 2021: 21). Y en esta tesis sostengo que una de esas dimensiones es la de la justicia.

2.3 La justicia (patriarcal) no tiene rostro de mujer: prácticas de justicia colectiva desde los afectos y el acompañar(nos).

[...] vamos a detener el tiempo porque el tiempo presente nos ha dejado ausentes, vamos a guardar las palabras para poder decir que la justicia la hemos construido nosotras, que hacemos en este momento una pausa porque estamos pendientes de la justicia social que tiene que construirse hoy por las que vienen después. Rita Canto, 2019.

El título de este apartado hace referencia al libro *La guerra no tiene rostro de mujer* de Svetlana Alexiévich, en este libro ella nos cuenta cómo la narrativa nacional, oficial e incluso oral de la Segunda Guerra Mundial en Rusia ha sido construida a partir de la experiencia de los hombres, de sus voces y sus cuerpos, omitiendo por completo la experiencia de las mujeres en los diferentes frentes que ellas sostuvieron en la guerra. Alexiévich recopila en este libro varias voces y narraciones de mujeres que cuidaron la vida en medio de la guerra tanto en el frente de las batallas como soldadas, como enfermeras, como guerrilleras, así como cuidadoras de lxs que quedaban en casa, como amas de casa, como panaderas, etc.

Alexiévich entonces nos cuenta otra historia de la guerra, del mundo íntimo de la guerra, nos cuenta los sentimientos y los afectos trastocados por ésta, y cómo la guerra ha sido siempre territorio de hombres y es transformada de guerra a cuento de victorias o pérdidas (de hombres). Pero cuando las mujeres cuentan sobre la guerra, ellas nunca dejan de lado el hablar sobre el dolor, las pérdidas afectivas, la muerte y cómo es, además, un duro trabajo y cómo también está la vida cotidiana: cantar, comer, reír, llorar, enamorarse, sentir, vivir (Alexiévich, 2015: 21).

Así como la guerra es un territorio de hombres contado por y para ellos, también lo es la justicia, un territorio construido por hombres y para hombres, para proteger la propiedad privada, para delimitar qué cuerpos deben ser protegidos y qué cuerpos pueden ser lastimados, para legitimar el ejercicio de la violencia, para castigar sin sanar. Por eso digo

que la justicia patriarcal no tiene rostro de mujer porque la justicia puede y debe ser otra cosa más allá del Estado, más allá de las leyes racistas, coloniales, patriarcales, la justicia puede ser mucho más que una sentencia condenatoria, o una ley general de acceso a ella, o protocolos para su ejercicio.

Cuando digo *la justicia patriarcal* me refiero al tipo de justicia que emana y surge de la forma de hacer mundo de la política liberal occidental, en esta forma de política y de mundo “se idealizó la razón y se negó la emoción, se idealizó la mente y se negó la importancia del cuerpo, se idealizó las ideas y se negó la importancia de la materialidad” (Hernando, 2018: 15). Aquí me surge la semilla de una idea que me gustaría plantear: si quienes han tomado la batuta de la construcción de la idea de justicia priorizan la mente, la razón y las ideas no es una sorpresa cuando vemos que la forma de “hacer” justicia tiene que ver más con encarcelar individuos, torturarlos, aislarlos, o remitirse siempre la existencia de las leyes, del “bien común” y no se preocupa por los efectos colectivos, comunitarios, corporales, afectivos y encarnados de la justicia. Esta última es la justicia que nosotras, las madres, las abuelas, las hermanas, las abogadas feministas (como Sayuri, Andrea, Ana Yeli, Socorro), las acompañantes, las comunidades en lucha, todas nosotras estamos sentí-pensando, practicando.

La justicia patriarcal no tiene nuestros rostros, no tiene nuestras corporalidades, no tiene nuestras voces, no tiene nuestra diversidad. Poner en práctica formas de justicia afectiva, colectiva, corporal se teje a partir del cuerpo extenso cuya piel se ha adelgazado poniendo en el centro el sostén de la vida. *Las prácticas de justicia* ha sido una clave que llevo pensando poco más de dos años, y ha surgido de casi cinco años de trabajo por verdad, memoria y justicia con mis compañeras. Hasta ahora he pensado que las prácticas de justicia son “los pasos, caminos y formas de organización en colectividad o de forma comunitaria que se generan para cuestionar las injusticias vividas y proponer formas diversas de construir y repensar la noción misma de justicia” (De Montesinos, 2021: 65). He identificado que se están poniendo en práctica infinitas formas de hilar justicia, de remendar las separaciones que el capitalismo y la guerra neoliberal ha impuesto sobre el tejido de la vida en este territorio llamado México.



Collage realizado por Fer Montiel de Las Siemprevivas.

Madres en lucha abrazándose fuera de un tribunal de justicia.

Quizá en un proceso interno de sanar ha sido bordar esos rostros, esa manta no está finalizada y no creo que podamos ponerle un principio y un fin porque la construimos todo el tiempo. La manta representa todas esas formas distintas en las que hemos podido materializar lo que significa acompañar, y la memoria. Esa manta nos ha acompañado en nuestras propias historias de vida, de nuestros espacios significativos y geográficos que nos duelen, eso es la manta de la memoria ahí hemos bajado todo lo que sentimos y no podíamos nombrar. En la manta hemos encontrado muchas respuestas (Entrevista a Las Siemprevivas, agosto 2021).

Las Siemprevivas acompañan, se acompañan y son acompañadas por las madres a través el bordado, ellas se identifican en el cuerpx colectivx-extenso violentado en este país, en sus colonias/barrios, en sus municipios y practican formas de justicia colectiva, desde la materialidad de los bordados, bordando rostros, nombres, gustos, historias hechas hilos, sentándose juntas a bordar, produciendo sentidos nuevos de justicia.

Cuando hablo del cuerpx colectivx extenso o extendido hablo también de la vulnerabilidad -de la que hablé en el primer apartado de este capítulo- en un primer momento la hilé a partir de Butler, en el apartado anterior entré el diálogo con Silvia L. Gil y aquí continuamos pensando con ella. Al inicio de este capítulo propuse pensar en el derecho a ser

vulnerables sin ser lastimadas por ello como una apuesta política y amorosa por defender la fragilidad de la vida y hacerse cargo colectivamente de los contextos de violencia que la atraviesan y la lastiman.

“Se trata de minimizar los daños provocados por el poder que induce cantidades extremas de vulnerabilidad, pero de manera más profunda de repensar qué significa vivir desde una ontología de los cuerpos: de su cuidado y, simultáneamente, de su potencia, es decir, de la ampliación de sus posibilidades inauditas de ser. Vulnerabilidad, cuidado y libertad se entrelazan aquí para reconfigurar el vivir en común de un modo radicalmente distinto”(Gil, 2021).

Reitero que cuando hablo de vulnerabilidad hablo del cuerpx. El cuerpx no como ente pero como relación con(...) otrxs, con otrxs seres compañerxs, con el mundo.

Un cuerpx colectivx, un cuerpx extenso no se refiere a una individualidad, tampoco a una propiedad, sino a “una materia ampliada, superficie extensa de afectos, trayectorias, recursos, memorias” (Gago, 2020: 96), esto hace que nos demos cuenta de la necesidad de alianza como una condición del cuerpx extenso vulnerable porque está en relación imbricada. Pienso entonces en cómo Las Siemprevivas, o el Grupo de acompañamiento en memoria de Lesvy, o Nos queremos vivas Neza, en cómo ellas/elles han tenido una capacidad afectiva política desde su piel delgadita de hilarse y extender su cuerpo para nombrar lo que le pasa a los cuerpos de miles de mujeres y niñas en este país diariamente, para remendar las fisuras de la violencia en nuestra ciudad monstruo, en nuestras calles, en nuestro país, en nuestrxs cuerpxs.

¿Por qué traigo sobre la mesa la vulnerabilidad y el cuerpx extenso en este apartado sobre la justicia? Porque las prácticas de justicia son encarnadas, se tejen desde espacios situados y concretos en un momento sociohistórico específico:

[...] la manta de la memoria de alguna manera es ese pequeño espacio en el que podemos recordar que no estamos todas y que no podemos acompañar todos los procesos pero que la fuerza de todas esas exigencias de justicia nos acompaña y que la memoria de todas esas mujeres y su vida es algo que nos impulsa. Y el que esté en constante construcción es una responsabilidad muy grande, mientras estemos aquí y

podamos hacerlo vamos a recordar sus nombres y es un paso hacia la memoria (Entrevista a Las Siemprevivas, agosto 2021).

La memoria colectiva es justicia social, esto nos lo enseñó Sayuri Herrera. La memoria somos nosotras, la memoria no es algo etéreo o meramente racional, la memoria tiene lugar en los territorios, en lxs cuerpxs, en la voz, en la multiplicidad de formas en las que las colectividades y comunidades ponen el cuerpo para sanar la vida que está siendo violentada.



Manta “Justicia para Diana” de las Siemprevivas y niña con playera de denuncia por la violencia feminicida contra niñas en México.

Por eso hilo la vulnerabilidad y el cuerpX extendido a la justicia, pensado con Silvia Gil: “una clave fundamental es no reducir el interrogante sobre el quién de la vulnerabilidad a una predisposición ética-individual, y recuperar el quién de la vulnerabilidad como un asunto político-colectivo” (2021) lo mismo con la justicia. La clave de las prácticas de justicia que propongo y que tiene materialidad colectiva tiene más que ver con una forma relacional (Hernando, 2018: 17) y afectiva de hacer política y de hacer mundo que con una forma individual y racional.

Por otro lado, también es importante decir que la propuesta de las prácticas de justicia no desestima ni aminora la importancia de impugnar procesos de justicia dignos desde la trinchera del Estado, en realidad estas prácticas de justicia se entretajan a las formas en las que las madres comienzan procesos de búsqueda de justicia en las fiscalías, en los ministerios públicos. Las prácticas de justicia surgen de las violencias que las madres, las mujeres, las

comunidades en lucha se encuentran al momento de exigir justicia y verdad a las autoridades del Estado. Si la ignominia no fuera una constante, si los feminicidios y las desapariciones no fueran una violencia sistemática en México las prácticas de justicia de las que hablo no existirían, o no como se configuran día a día en este país.

En esta tesis hablo específicamente de prácticas de justicia desplegadas por dos colectivas hermanadas, un cuerpX colectivo extenso intergeneracional y es importante recalcar que las prácticas de justicia están conformadas por diversas formas de repensar y construir justicia colectiva o comunitaria, territorializada, diversificada, situada. Es por eso que también considero importante decir que el paso entre punitivismo y anti-punitivismo es una línea delgada, compleja, inacabada, un ir y venir lleno de dudas, cuestionamientos, tropiezos y pequeños triunfos. Nosotras sabemos bien qué le impugnamos al Estado, entre ellas: que las tipificaciones en los procesos de nuestras compañeras sean correctas, que no sean llamados crímenes pasionales o suicidios, que los crímenes sean nombrados por lo que son feminicidios; que los procesos de investigación sean dignos de acuerdo a la debida diligencia (que existe gracias a las luchas de las madres que cuento en el primer capítulo) y con “perspectiva de género”; que se tenga en cuenta el contexto del lugar de los hechos; que no se estigmaticen las historias de vida de ninguna mujer y niña; que no vuelva a ocurrir un feminicidio nunca más.

También sabemos que nuestra impugnación por justicia ante el Estado implica que haya encarcelados, que haya un culpable (o varios). Sabemos lo que implica esto desde una visión anti-punitivista, pero también sabemos las consecuencias comunitarias, colectivas y corporales que tiene la injusticia, la invisibilización, el no nombrar los hechos por lo que son, la estigmatización y el miedo a habitar un cuerpX de mujer/un cuerpX feminizado, habitar un cuerpX racializado, un territorio históricamente violentado, el miedo a ser lastimadas, el miedo de que nuestra compañera (cercana o lejana) no regre hoy a casa. El miedo a seguir habitando un país fosa.

“Día 2. ¡Un llamado a la defensa pública de la verdad y de la memoria!

“Justicia para Lesvy, justicia para todas”: los hilos de colores van tejiendo su nombre en un bordado colectivo que realizan nuestras compañeras desde afuera del juzgado. El sol intenso vigila la jornada por segundo día, en la calle se monta un pequeño techo

*improvisado con mantas y estambres, nuestra pequeña casa móvil se instala junto a la reja. **Todas bordamos, todas cabemos en el círculo, este es un espacio para estar juntas, para tejer memoria viva y traer al presente a quienes nos han arrebatado, aquí están.***

El escenario ahora incluye más fotografías que han traído las mamás de [#NiUnaMenosMéxico](#), ahí está Lesvy, Chuy, Diana, Marisol, Alejandra, Viviana, Guadalupe, Lety, Dalia, Lesly, Campira y todas las que nos faltan.

Ese ahora es un lugar seguro, muy nuestro, y que hemos sacado a la calle para insistir y decir: aquí estamos.

En la calle las compañeras reparten pan y café. Araceli trae un par de carpetas con fotografías de Lesvy, álbumes llenos de imágenes de su infancia, amorosa y coloridamente decorados con recortes y calcomanías de caricaturas: Lesvy en Halloween, fotos del grupo 2-A en la primaria, Lesvy con sus conejos y perros, Araceli y Lesvy en territorio autónomo zapatista.

*Sentadas en círculo sobre la banqueta comenzamos a elegir telas de colores, hilos, la mejor aguja para el grosor del hilo o el estambre, se planea que concluyamos juntas cuando el juicio haya terminado. **Pronto, la comunidad que pasa muestra su solidaridad:** las trabajadoras de la panadería de la acera de enfrente nos permiten conectar nuestra extensión para la bocina, otra persona nos permite amarrar nuestras telas a su camioneta para apaciguar los rayos del sol.*

Más tarde, tres estudiantes de secundaria se acercan a preguntar qué hacemos ahí, algunas les cuentan qué es un feminicidio, qué es una desaparición forzada, y que el juicio que se lleva dentro va por Lesvy Berlín, pero que es también para exigir justicia para todas las que no están. Una mujer se acerca y pregunta directamente cómo puede ayudar.

***Compartimos la palabra, la música, los cuidados, la comida,** mientras esperamos noticias de lo que pasa adentro” Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio, 2019.*

Ahora en vez de preguntar ¿qué justicia? Prefiero preguntar ¿qué formas de justicia? ¿qué prácticas de justicia se están configurando y desde quienes? Y también me pregunto ¿cómo se tocan la justicia y el cuidado?

Pienso en diálogo con Amandine Fulchiron quien nos comparte que construir condiciones colectivas/comunitarias de apoyo, contención emocional y organización en el

largo plazo nos pueden potenciar para enfrentar la articulación de la guerra sobre el cuerpo de las mujeres (Fulchiron, 2018: 157) y me permito decir también que nos pueden permitir desarticular esta guerra que no es nuestra -esto pensando en los diálogos entablados con Dunia Mokrani-, esta guerra que se nos impuso desde 2006. Nos encontramos en el tiempo de hilar otras condiciones, otros aprendizajes, “como hormigas, poco a poco, nunca solas” (Fulchiron, 2018: 157), siempre acompañadas y acompañándonos. Las prácticas de justicia van de la mano de los procesos colectivos de acompañarse y poner el cuidado en centro para así potenciar la lucha por la vida desde las diferentes trincheras desde las cuales decidimos impugnar por verdad, memoria y justicia.

Para profundizar en torno a las prácticas de justicia y el cuidado me gustaría compartirles un momento específico que a muchas de nosotras en el Grupo de acompañamiento nos hizo reconsiderar lo que pensábamos que era el acompañamiento, el cuidado y la justicia. Se los contaré a partir de la palabra y el testimonio de Alejandra una de mis mejores amigas, compañera de lucha, amiga con la que he aprendido a acompañar y ser acompañada.

Ale forma parte del Grupo de acompañamiento en memoria de Lesvy y también forma parte de Las Siemprevivas. Ella me contó acerca de un viaje que tuvo con Ara un año después del feminicidio de Lesvy, en ese entonces Ale se sentía llena de rabia, una rabia y un odio que la enfermó física y mentalmente, así que decidió irse un tiempo de la Ciudad de México e ir a Michoacán y ese el trayecto lo compartió con Ara:

En el coche Ara me pidió que le contara como habían sido nuestros primeros días defendiendo a Lesvy y una de las cosas que me dijo era que ella necesitaba sanar y que dentro de ese proceso ella había perdonado al feminicida de Lesvy, y que como parte de la reparación del daño ella había pedido que este sujeto tuviera un proceso de acompañamiento que le permitiera darse cuenta de lo que había hecho y transformar su vida. Cuando ella me dijo eso, yo pensé: no podemos perdonarlo, es un miserable. Yo había entrado a algunas audiencias antes de eso y había visto al tipo ahí y eso fue muy fuerte para mí, solo sentía un odio muy profundo hacia los batos. Eso que ella me dijo me cambió la perspectiva de la vida y me di cuenta de que yo estaba enferma de odio y de rabia y que mis acciones estaban siendo movidas por ese

sentimiento. Y ese año me pasó algo muy lindo, Ara me llevo a sanar literalmente desde el acompañamiento. Yo lo hacía porque pensaba que era mi lugar como acompañante ayudar a que ella pudiera llegar a hacer lo que necesitara para sanar, y después me di cuenta de que ella me había ayudado a sanar (Entrevista a Las Siemprevivas, octubre 2021).

Recupero estas palabras de Ale para retomar dos cosas: la primera acerca de las prácticas de justicia y la segunda para recordar el segundo ámbito de la vulnerabilidad la posibilidad de curar y de ser cuidadas. Estas dos cosas las retomo porque parte de mi argumento es reflexionar en cómo la justicia colectiva que se practica cotidianamente desde el cuerpo y los afectos en realidad tiene más que ver con el sanar, con cuidar a las y lxs otrxs, como un acto colectivo, diverso y complejo de remendar lo roto, actos cotidianos que pensados en una trama amplia tienen una centralidad importante para sostener la vida.



Dian y Alejandra abrazándose después del fallo en favor a Lesvy el 11 de octubre de 2019.

En el contexto de este México en guerra quienes buscan justicia para sus muertas, quienes buscan a sus hijxs desaparecidxs, quienes exigen justicia y memoria de las violencias vividas por habitar territorios violentados históricamente, por luchar contra el despojo, por no ceder a la políticas genocidas y ecocidas. En este país-fosa las prácticas de justicia desde abajo y colectivas han relanzado nuevas formas de hacer política, de proponer otras formas

de estar en este mundo, y han sido y siguen siendo caminos difíciles, llenos de peligros, de tristezas, de logros pequeños pero esperanzadores.

¿Qué prácticas de justicia, qué formas de acompañamiento y cuidados colectivos se tuvieron que tejer en medio de una capa más de fragilidad, de precarización y separación de los tejidos colectivos como lo ha sido la pandemia por el Sars-covid 19?

2.4 Acompañarnos en tiempos de la COVID-19.

Que sepas que no hay prueba más fuerte de que las redes de mujeres salvan vidas que las amigas tejiendo colectividad. Que siempre sea consigna que nuestra lucha es por la vida. Que siempre sea consigna también que nos vamos a encontrar para seguir bailando. Dian Esbrí, 2020.

En este último apartado hablaremos de un contexto ya complejo por sí mismo aunándole la pandemia por el virus del SARS-CoV-2 y cómo esto implicó renovadas formas de sostener los procesos y detonar tramas de cuidado y afectos en medio de una capa de vulnerabilidad letal: la enfermedad y la precarización de la vida en medio de una pandemia. Este será un pequeño apartado en el que expondré de forma breve cómo las tramas de acompañamiento y cuidado de Las Siemprevivas y de el Grupo de acompañamiento tuvieron que replantearse y renovarse para continuar caminando e hilando los procesos de lucha por verdad, memoria y justicia frente a la violencia feminicida en México.

Escribo estas palabras a finales de marzo del 2022, dos años después del inicio de la cuarenta por el SARS-CoV-2 en México que inicio en el puente del natalicio de Benito Juárez, estamos regresando desde hace varios meses a las calles, al encuentro entre los cuerpos ocupando los espacios que tanto nos ha costado hacer nuestros. Y me doy el permiso de nombrar y recordar a todas las personas y vidas que esta pandemia nos ha costado, abrazar en su dolor y su pérdida a todas y todes quienes perdieron seres queridxs. También decir que

quienes seguimos estamos aquí es gracias a las tramas complejas y amplias de cuidados colectivos que se desplegaron, ya sea cuidados frente a la enfermedad, al hambre, al desempleo o los cuidados frente al miedo, la tristeza, la soledad.

Esta pandemia y el confinamiento dio lugar a darse cuenta de las condiciones de precariedad, pobreza y violencia en la que muchas personas han vivido antes de la pandemia y que se acentuaron más en estos dos años. Una de esas múltiples violencias que se dio a relucir fue la violencia feminicida, ya sea en violencias intrafamiliares o las violencias de transitar las calles como cuerpos feminizados. Las cifras de mujeres y niñas agredidas no bajó con el “confinamiento”¹⁶, al contrario. En 2017 había entre siete y ocho feminicidios diarios en México, hoy en día se estima que se ha elevado a once feminicidios diarios, esto sin incluir la cifra de desapariciones de mujeres y niñas.

En estos dos años cientos y miles de mujeres a lo largo y ancho del país comenzaron a configurar formas diversas para acompañarse y salvarse de la violencia incluso estando confinadas en nuestras casas, sosteniendo muchas el trabajo asalariado a la par del trabajo de cuidados que demanda la vida familiar. Cabe destacar que a partir de los viernes en la tarde y durante todo el fines de semana había “ley seca”, es decir, era ilegal vender o comprar alcohol en ese tiempo, esto para evitar que hubiera ingesta alta de alcohol en los hogares como medida desde el gobierno para tratar de bajar los índices de violencia intrafamiliar, los cuestionamientos a esta tibia política pública fueron rotundos. La violencia feminicida no ha parado de escalar en todo el país desde 2014. En pandemia se organizaron números de emergencia tanto institucionales como autónomos, se organizaron grupos de FB, redes de acompañamiento, se crearon mercaditas contra la violencia económica. Porque la violencia feminicida es una forma sistemática de violencia que no descansa ni se guarda en casa, para muchas mujeres y niñas su agresor está en su propio hogar, a la vuelta de su cuadra, en el vecindario¹⁷, también no olvidar que muchas mujeres no tuvieron la posibilidad de dejar de salir a trabajar porque muy pocas mujeres en este país tienen un trabajo formal.

¹⁶ Pongo confinamiento entre comillas porque miles de trabajadoras y trabajadores del sector informal e incluso del formal no tuvieron la posibilidad de parar sus actividades y transitar un trabajo de oficina en casa.

¹⁷ “El 35% de las mujeres a nivel mundial experimentó alguna violencia física o sexual, y sus llamadas de auxilio se quintuplicaron. En México cerramos el 2020 con 3,874 homicidios de mujeres, más de 8 mil mujeres y niñas desaparecidas y 700 mil llamadas de auxilio por violencia en el hogar”. Nota en *Animal Político*, 6 de diciembre 2021.

Me gustaría nombrar a todas las que nos faltan y que nos arrebataron en estos dos años: Ana Paola, Jennifer M, Alison Gabriela, a todas las mujeres y niñas cuyos nombres no conocemos y cuyas vidas son importantes, a todas ustedes les deseo que el lugar en el que estén sea mejor que este México (trans)feminicida, que sean felices, que sean libres. Nosotras desde aquí las recordamos, las acompañamos.

¿Cómo sostener procesos de acompañamiento cuando la piel delgadita y el cuerpo extenso se tiene que confinar y guardar en espacios aislados? ¿Cómo mantener nuestra piel hilada la una a la de la otra?

Desde el inicio del confinamiento sabíamos que teníamos que seguir alertas, organizadas para todo, para lo que sea, porque las redes de mujeres salvan vidas cualquier día, a cualquier hora en cualquier lugar. Y parte del seguir organizadas también era continuar construyendo memoria colectiva, compartiendo juntas, escuchándonos. Fue así que entre el 29 de abril y el 3 de mayo desde el Grupo de acompañamiento en memoria de Lesvy Berlín organizamos dos días de encuentros virtuales para recordar a Lesvy y Aideé, abrazarnos a la distancia y seguir nombrando que la violencia feminicida es sistémica en México. También convocamos a recordar colectivamente haciendo intervenciones gráficas o en palabra para compartir lo que Lesvy y Aideé significan para nosotras.



Collage realizado por la artista BrenMelenanegra.

Con las siguientes palabras convocamos ampliamente a reunirnos y hacer memoria social a la distancia, pero siempre juntas:

*“El camino para **mantener a nuestras compañeras presentes en la memoria** ha sido largo, nos hemos enfrentado a las notas rojas en medios queriendo convertirlas en espectáculo, a las autoridades responsables presentándolas como cifras y a una sociedad que se mantiene indiferente, culpa a las mujeres y justifica a los agresores, en un país donde la violencia se manifiesta más cercana y brutal. Hoy nos enfrentamos con otro obstáculo, uno diferente a los otros pero que de igual manera nos reta a **pensarnos en resistencia desde otras formas y otros modos**. El contexto de pandemia por el COVID-19 nos mantiene en nuestras casas sin la posibilidad de salir a tomar las calles, sin embargo creemos que nuestras compañeras merecen que nos sigamos organizando y alzando la voz por ellas y por todas, **gritar desde nuestros espacios de lucha y resistencia que no las olvidamos, que seguimos exigiendo verdad y justicia para todas** y que no se va a caer, lo vamos a tirar juntas, es también esperanza, luz y lucha de cara a un mundo que pretende mantenernos separadas en silencio. Es por eso que lanzamos esta convocatoria para que podamos **manifestar nuestra digna rabia de formas creativas y diversas** y así enviar un mensaje de sororidad y solidaridad a las familias y en general a las mujeres que ahora mismo enfrentan estas violencias machistas, para que sepan que **¡No están solas! Es un momento en el que podemos retornos a nosotras mismas a expandir posibilidades de acción y colectivización**, a seguir creando espacios diferentes en los que reafirmemos nuestro derecho a la rabia y a la ternura”*. Grupo de acompañamiento en memoria de Lesvy Berlín, abril de 2020.

Ha sido difícil sostener dos años de memoria y seguir nombrando la necesidad que tenemos de no dejar que la violencia feminicida regrese al ámbito de “lo privado” porque se oculta detrás de los muros de las casas. La violencia feminicida es letal en cualquier espacio de la vida en la que se le presente a una niña o una mujer, a un cuerpo feminizado. La violencia feminicida es un problema público, colectivo, y tenemos que seguir nombrándolo. Y en ese sentido quiero seguir apuntando a las tramas colectivas que se habían desplegado desde 2017 y cómo poner el cuidado en el centro se tornó un camino complejo en medio de una pandemia para poder seguir apostando por un deseo en común: seguir siempre vivas, juntas.

Las Siemprevivas terminaron el 2019 organizándose para asistir al segundo encuentro internacional de mujeres que luchan en Chiapas, con la autogestión como rasgo colectivo lograron juntar dinero para ir a compartir juntas y sanar procesos dolorosos de aquel primer año en el que comenzaron su andar:

Ese viaje a Chiapas fue por una parte la esperanza, la fuerza y la alegría de vernos juntas y por otra parte todas estas oleadas de pum esto es el mundo, y cada vez una historia que era igual de triste que la anterior. Regresamos emocionadas y con mucho que compartir y con muchas ideas, también con cómo fortalecer nuestro autocuidado. Y antes de la pandemia logramos mantenernos organizadas para llegar a la marcha del 8M y convocar un contingente (Entrevista a Las Siemprevivas, agosto 2021).

Algo que me emociona ha sido darme cuenta que Las Siemprevivas se consolidaron como colectiva y continuaron sus procesos de acompañamiento de una forma mucho más hilada y organizada en pandemia, y me resulta importante nombrar este logro colectivo y pensar en la cantidad de energía y afectos que se pusieron en juego para seguir potenciando este andar. Recuperaré varias voces de las Siemprevivas como un cuerpo colectivo extenso para poder compartir lo que ellas me contaron en torno al sostenerse entre ellas para continuar con su proyecto:

Entonces vino la pandemia, y fue un gran borrón porque teníamos muchos procesos pendientes que aún seguimos teniendo. El 2020 fue un gran misterio porque hubo un momento en el que me alejé (Laura) y había cosas a las que no podía sumarme, la fuerza gravitatoria de la colectividad no era en ese momento mi prioridad entonces me perdí de muchas cosas...

Creo que nosotras estamos en un proceso en el que las que estamos tenemos suficientes cosas en la vida para preocuparnos, angustiarnos, enfermarnos y todo, pero le hemos dado suficiente espacio a nuestra vida para que esto quepa, para pertenecer a la colectiva y estar con las mamás y no sea una tarea más que hay que hacer, pero nadie más la hace, estamos ahí porque queremos estar y porque podemos estar honestamente...

Aunque no hemos estado siempre, igual todo el tiempo estamos tomando la decisión de caminar juntas (Cúmulo de voces colectivas de Las Siemprevivas, agosto-octubre 2021).

En el segundo apartado leíamos “[...] acompañar desde el cuidado es una decisión política” algo que las Siemprevivas me compartieron, y hacer esto en un momento sumamente complejo tiene profundas implicaciones políticas de la forma en la que se sostiene la vida en medio de una crisis mundial. Seguir acompañando y sosteniendo procesos largos de lucha por justicia y memoria también se convirtió en una actividad central, Siemprevivas logró obtener varios apoyos para continuar con su proyecto de acompañamiento y también trabajar en una herramienta de acceso a información a toda familia que necesite detonar impugnaciones de justicia en México, esto porque la desinformación, el estigma y las violencias institucionales puede costar tiempo y esfuerzos a las familias.

Las Siemprevivas continuaron con el acompañamiento afuera de los tribunales de justicia, bordando y construyendo campamentos itinerantes, ubicuas y amorosas en los procesos de Diana Velázquez Florencio en Ciudad Nezahualcóyotl, Zyanya Figueroa Becerril en Puebla, Fátima Varinia Quintana en Toluca, Yang Kyun Jun en CDMX, continuando con la búsqueda de Pamela Gallardo en CDMX. El trabajo de cuidados y el sostén de procesos de justicia fue central en su práctica cotidiana.

Cabe señalar que en 2020 los tribunales de justicia cerraron, esto quiere decir que muchos juicios orales y sentencias quedaron en pausa, y en el 2021 se comenzaron a retomar procesos legales de justicia, acoplándose a las condiciones de pandemia, resguardando la salud lo más que se podía utilizando transporte público para moverse a los tribunales, tomando las calles y las aceras de la ciudad, acuerpando juntas teniendo en cuenta que en pandemia salíamos menos de nosotras a las calles por las olas de contagios y procurar en sustento de la economía familiar en pandemia. En medio de esas condiciones se desplegaron esfuerzos diversos, importantes y colectivos por seguir hilando verdad, memoria y justicia.

El 27 de abril de 2021 se cumplían dos años desde el asesinato de Aideé a quien aún se le debe justicia, y el 3 mayo de 2021 se recordaban cuatro años del feminicidio de Lesvy, el 11 de octubre del 2019 se había dado fallo su favor por unanimidad, pero aún faltaba la sentencia condenatoria momento final de todo proceso de justicia en México. Nosotras como

Grupo de acompañamiento en memoria de Lesvy convocamos a reunirnos en el Jardín de la Memoria, regresar a ese espacio que en 2017 nos recordaba al dolor de los últimos momentos de Lesvy pero ahora ahí hacemos picnics, ahí reímos, ahí bailamos y nos juntamos para recordar el tránsito de Lesvy en este mundo y su importancia en nuestros caminos. El 2 de mayo del 2021 decidimos retomar las veladas que comenzamos a hacer desde 2018, nos convocamos a las siete de la tarde en aquella Ciudad Universitaria desolada, abandonada. Pusimos un templete, pusimos sonido, llevamos comida, llevamos risas, lágrimas, abrazos.

Hicimos un pequeño festival artístico lleno de música, poesía, canto, nombramos a todas las mujeres y niñas asesinadas durante la pandemia en CDMX. Nos acuerparon compañeras queridas, nos abrazamos con cubre bocas celebrando que Lesvy nos volvía a reunir, y recordamos que a miles de mujeres se les debe justicia, reiteramos que deseamos y merecemos otra realidad más tierna y suave para nuestras hermanas, para nosotras, y ahí en el Jardín de la Memoria estábamos materializando ese espacio colectivo de cuidados.



Cartel de la velada y ofrenda colectiva en el Jardín de la memoria para Lesvy Berlín Rivera y a Aideé Mendoza, velada del 2 al 3 de mayo del 2021.



Entre la incertidumbre y los múltiples esfuerzos que se tuvieron que sostener en medio de la pandemia hoy podemos decir que el acompañamiento y la lucha por justicia, verdad y memoria en estos dos años no han sido en vano, somos semillas y hemos podido sanarnos juntas, hemos podido mostrar que la justicia la hacemos nosotras, la justicia son las redes de cuidados, es la memoria, es compartirnos entre nosotras las historias de nuestras compañeras asesinadas para que no se olvide quienes fueron y que siguen entre nosotras. Ha sido así como en 2021 se dio sentencia al feminicida de Lesvy Berlín, se dio fallo a favor de Diana Velázquez, se dio el fallo a favor de Fátima Quintana contra uno de sus feminicidas, y en todos esos procesos hemos estado juntas.

El octubre del 2021 se dio la sentencia formal a Jorge Luis por el feminicidio a nuestra querida Lesvy:

“A las mujeres y las disidencias amorosamente organizadas:

*Queremos decirles que desde aquel aciago tres de mayo de dos mil diecisiete **Lesvy Berlín** viene y sigue iluminando la Justicia. Esa justicia que repara, que une, que se construye todos los días desde la ternura, esa justicia que es de todas. En días pasados la justicia formal por fin nos alcanzó, la Quinta Sala Penal del Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad de México ratificó la sentencia en contra del feminicida de nuestra compañera Lesvy, la joven mujer que quiso ser también viajera del tiempo y se convirtió en la guía del histórico viaje que junto a su madre y a su padre emprendimos para construir entre todas la Justicia en su ancha acepción. Porque volver a sentir la cadencia del tiempo, su métrica a pesar de la incomprensible ausencia, ¿es a eso a lo que llamamos Justicia en femenino!*

*Desde el Grupo de Acompañamiento Político a la Familia de Lesvy Berlín Rivera Osorio queremos agradecer a todas las personas que nos apoyaron y que de múltiples maneras participaron en la travesía que comenzó porque “nosotras necesitábamos saber”, como dice nuestra querida abogada Sayuri Herrera. **Nosotras necesitábamos defender el derecho a la verdad y el derecho a vivir una vida libre de violencia en un país en el que la injusticia y el orden patriarcal se imponen con suma crueldad. Por eso decidimos andar el camino de la Justicia en femenino, y al hacerlo ratificamos que nosotras somos hijas del deseo que dignifica nuestras vidas y las vidas de nuestras compañeras. Esta justicia le pertenece a Lesvy, a su madre y su padre, le pertenece a todas por las que seguimos caminando y***

alzando la voz, le pertenece a las que se encuentran en algún lugar en "calidad de desconocidas" y a todas quienes habiendo sufrido feminicidio no hemos encontrado aún.

Porque aún en medio de esa larga noche ¡nos tenemos! Nuestra luz y la luz de nuestras compañeras ilumina el camino en un abrazo reparador que nos invita a no claudicar. Por ellas, por todas, andaremos los pasos que sean necesarios hasta que la verdad, la memoria y la justicia se hagan costumbre, pues "la historia la escribimos nosotras" dicen las que bien saben.

Sólo falta decir que hoy y siempre estaremos eternamente agradecidas con la familia de Lesvy, por su lucha, por permitirnos caminar a su lado y al lado de todes ustedes. Les abrazamos con el corazón lleno de esperanza. ¡Hasta que la Justicia nos alcance a todas! Aquí seguiremos trabajando hasta que no haya ni una menos, nunca más. Y sí, como bien lo dijo nuestra compañera Araceli: ¡Nos van a ver juntas! Y ¡No es venganza, es justicia!

¡Justicia y justicia!

Con ternura y Cariño

Grupo de Acompañamiento Político a la Familia de nuestra Compañera

Lesvy Berlín Rivera Osorio" 28 de octubre del 2021.

No ha sido en vano el camino recorrido pero los costos de sostener(nos) en estos tiempos de guerra aunados a los tiempos pandémicos ha sido alto. Las violencias que nos atraviesan de forma diferenciada no ceden, se han renovado estos también y de formas cada vez más depredadoras. Por ello, poner el cuidado en el centro y continuar andando con una política de la piel delgadita en este mundo nos ha costado muchos aprendizajes, mucha energía vital, mucho esfuerzo. Impugnar justicia, acompañarnos, cuidarnos y hacer memoria ha implicado reconocer que esto que hacemos es también un trabajo de cuidados, porque sostiene la vida y reproduce las tramas en las que habitamos y por las que hemos apostado.

En la introducción de esta tesis les conté las dificultades que tuve para concretar momentos de reflexión colectiva larga y profunda con Las Siemprevivas, quienes generosamente me compartieron su tiempo y su palabra. Las dificultades surgieron por el contexto de pandemia, pero también encontrándome con esa dificultades me di cuenta de cómo el acompañamiento y los cuidados colectivos son formas de trabajo de reproducción

de la vida. Y no tenemos tiempo, apenas si podemos porque estamos juntas. Las mujeres que se acompañan no solo sostienen sus tramas colectivas en las calles al exigir justicia, ellas cuidan, tienen trabajos asalariados, son hermanas, hijas, esposas, compañeras, son madres, son estudiantes, son amas de casa, son profesoras, tienen vidas que tienen que ser vividas y entre todo eso acompañan y son acompañadas desde el corazón.

Teniendo en cuenta el cúmulo de esfuerzos colectivos y del cuerpo extenso (y también singulares pensando en cada mujer que conforma la trama) que se amalgamaron para poder desbordar procesos de memoria y justicia, antes y durante la pandemia, me gustaría ahora virar levemente la mirada hacia algo que nombro *el trabajo de acompañamiento*. Lo nombro así porque es *un trabajo que crea y sostiene la vida* (Gutiérrez y Salazar, 2021), es peculiar, complejo, contextual, y cuida de la vida en medio de una guerra, y desde el año 2020 en medio de una pandemia. Esto para problematizar en torno a la autonomía política y simbólica (que también incluye la autonomía material) de los procesos colectivos de acompañamiento entre mujeres (cuerpos feminizados) y reflexionar acerca de las potencialidades que este hacer tiene no solo en México, sino en toda Latinoamérica, para poder seguir hilando posibilidades de vida colectivas desde los cuidados, los afectos y la construcción de memoria histórica y justicia social.

3. Acompañar es un trabajo que crea y sostiene la vida

La historia es posible. No solamente es posible sino que es posibilidad; y que si ella es posibilidad hay que realizarla. Paulo Freire.

Una semana y un día antes de comenzar a escribir este último capítulo ocurrió algo que dejó impreso en mi cuerpo una imagen que es poco probable que deje de habitar en mi memoria vital. Me encontraba en una combi del transporte público de la ciudad de Puebla en la ruta 25 que va del centro, pasa por Zacatepec/Juan C. Bonilla (comunidad en lucha contra la Bonafont) y termina hasta “Casas Ara” un conjunto de casas de interés social ubicado en el municipio de Huejotzingo, Puebla. Es importante mencionar la ruta pues ésta conecta a quienes viven “en las periféreas” de la ciudad a una hora y media del centro. Se trata de un recorrido largo que desde los primeros tramos, sobre todo desde Huejotzingo hacia Cholula, pasa por carretera. Y fue en esos primeros tramos, entre Huejotzingo y la comunidad de Juan C. Bonilla, en la que me percaté a lo lejos que algo estaba pasando, a lado de la carretera habían varias patrullas municipales resguardando un área. No cubrieron muy bien la zona pues desde la ventana de la combi pude ver con bastante claridad que ahí, a lado de la carretera, había una maleta abierta con una bolsa de basura negra que mostraba claramente los restos de un cuerpo humano.

La vista de aquella escena fue de menos de un minuto, fueron segundos en los que pasé de un estado de tranquilidad a una sensación que no sé cómo nombrar, pero recuerdo que mi primer pensamiento fue que probablemente en esa bolsa de basura se encontraba el cuerpo de una mujer o niña y que alguien la buscaba, que anoche una mujer no llegó a casa. No he tenido la valentía ni la osadía de buscar en las noticias si se supo la identidad de la persona, no puedo buscarlo, no sé qué efectos tenga sobre mí. Pero sé que esa imagen, que esa idea de pensar que pudo haber sido el cuerpo de una mujer siempre me habitará. ¿Cómo *desver* algo así? ¿Cómo dejar de habitar aquella imagen? ¿De qué manera puedo sanar el dolor y el miedo que esa imagen me dejó?

Con esta imagen que se imprimió en mis afectos es que quiero reflexionar sobre esta última postal afectiva. En los minutos posteriores de haber visto aquella escena le escribí a

mis amigas, me acompañaron y me sostuvieron a la distancia; entre esas amigas estuvo Sarai compañera de la maestría que me dijo: “procura no habitar esa imagen”. La frase de Sari estuvo regresando a mi mente constantemente, ¿qué significa habitar imágenes? Habitar imágenes no sólo tiene que ver con tenerla en nuestro cuerpo sino también tiene que ver con el mundo que permitió que ocurriera la imagen.

Quienes íbamos en esa combi no debimos haber visto esa escena que condensa material y simbólicamente la violencia por la que miles de personas y vidas están atravesando en este país, esa imagen no debió de existir. Y me lleva a pensar en las imágenes diarias que vemos en México y que nos hacen pensar que este mundo, que las violencias que nos atraviesan día a día son cotidianas casi que comunes, existen y ya, que esa es nuestra vida, como si no pudiéramos hacer nada frente a ello. Pero no, no, no y miles de veces no, esto no puede ser la vida cotidiana, estas no pueden y no deben ser la imágenes y mucho menos los mundos en los que habitamos.

¿Qué mundos queremos habitar? ¿qué imágenes merecemos habitar?

Cuando Sari me dijo que procurara no habitar esa imagen me acordé también de las otras imágenes, de esos mundos en los que habitamos con nuestros cuerpos y nuestros afectos. Pienso entonces en la imagen del Grupo de acompañamiento compartiendo comida, poemas, puntadas, risas, abrazos en la Campamenta afuera del reclusorio Oriente, pienso en mis queridas amigas Dian y Ale abrazándose tras el fallo y sus palabras “todo esto valió la pena”. Me viene la imagen de Ara y su mirada tierna sonriendo en medio de una lluvia de polvo cuando viajamos a Cherán y los comuneros nos invitaron a conocer el bosque que cuidan. Pienso en Las Siemprevivas cantando y riendo con las madres mientras bordamos juntas en la Glorieta de las mujeres que luchan. También habitamos ese mundos de las madres que construyen justicia y memoria, de las madres que caminan juntas agarradas de las manos, también habitamos el mundo en el que las comunidades cuidan ríos, bosques, en el que cuidan a las montañas y a los seres que habitan esas montañas. Todas esas imágenes y mundos coexisten y le disputan los sentidos de la vida a las imágenes del terror, le disputan existencia a ese país fosa del miedo en el que resistimos y existimos.

En este último capítulo quiero que habitemos esas imágenes y esos mundos llenos de vida, de amor, llenos de posibilidad, pensando que esos mundos que se están produciendo,

no están dados de ante mano y nosotras estamos sembrando su posibilidad. Porque para habitar los mundos e imágenes que nos merecemos, hay tramas colectivas que existen en este presente y realizan un trabajo cotidiano sumamente complejo y difícil, y su existencia permite prefigurar esos otros mundos, países e imágenes. Implica la producción en el presente de esas posibilidades en medio de un país en guerra.

Habitemos pues esos procesos cotidianos de posibilidad, habitemos ese sembrado de mundos e imágenes, porque para desarmar la guerra contra la vida es necesario apostar por otra cosa, no nos merecemos estas imágenes del terror, no nos merecemos un país fosa. Nos merecemos imágenes llenas de ternura, territorios llenos de vida, de bosques sanos y ríos caudalosos y limpios, nos merecemos vida.

¿Qué nos merecemos y cómo le vamos a hacer para algún día habitar esa posibilidad?

Haré aquí un ejercicio inspirado en el trabajo que varias personas han realizado en los últimos años en México por narrar y compartir las experiencias de quienes han sostenido la vida en medio de la guerra, esto para que podamos entrever esa delgada línea entre el horror y el cuidado de la vida.

Una imagen del horror en esta guerra en México, es la tala de los bosques de Michoacán. La tala clandestina que en gran volumen es realizado por grupos del crimen organizado y cuyo fin no se termina meramente en vender la madera de los pinos sino hacer uso del suelo del bosque para poner plantíos de aguacate y exportarlos al extranjero. En este proceso de explotación de la tierra y despojo a las comunidades que habitan y protegen el territorio también ha habido masacres, desapariciones de personas, desplazamiento forzado, formas de violencia propios de los procesos jerarquizantes del colonialismo y el capitalismo. Cohabitando el mismo país y el mismo mundo que genera esta imagen también existe la posibilidad por proteger el bosque, por sanar el territorio, por fortalecer las tramas comunitarias hacia la cooperación y la respons-habilidad¹⁸ (Haraway, 2020: 265). Esta imagen tiene un nombre, Cherán, tiene un territorio, la Meseta Purépecha, tiene formas

¹⁸ Para Haraway la respons-habilidad es la forma conjunta de responsabilidad y habilidad de dar respuesta. Para poder practicar y procurar la respons-habilidad se requiere de una apuesta política colectiva, de todes. Tiene dentro de sí el riesgo de existir para algunos mundos más que para otros así como ayudar a producir esos mundos con otros seres humanos y sobre todo, no humanos.

específicas de configurarse desde la autonomía, y todos los días tiene una disputa con ese otro mundo, con ese mundo de la guerra y el capitalismo, el mundo de los partidos políticos. Cherán es una experiencia viva en el presente de la posibilidad de cuidar el bosque, de sanar las montañas y los ríos, de tejer comunidad. Basta con ver su bosque tupido, verde, lleno de vida.



Foto tomada en abril del 2022. Bosque de Cherán en los límites con Zacapu.

Una imagen del horror son las miles de fosas clandestinas que existen a lo largo y ancho de México, fosas que han sido encontradas por familiares en búsqueda, también las casas de seguridad en las que se dice que el crimen organizado tiene secuestradas a miles de personas, o los campos de sembradío con miles de esclavos, o los centros de tortura del Estado. Las familias buscan, buscan por todas partes teniendo la corazonada que lxs van a encontrar. Los perpetradores han tratado de borrar cuerpos, nombres e historias de las personas a las que desaparecen, sin embargo las familias y quienes les acompañan somos memoriosos, aquí procuramos no olvidar, aquí la memoria es la promesa de algo nuevo, de vida nueva, de un mundo en el que nadie más desaparezca. El amor y la dignidad es más grande que la ignominia, que el terror, que el miedo. Las y los familiares en búsqueda le han dado vuelta a este país, las fosas clandestinas, las casas de seguridad y los centro de tortura son esas imágenes del horror de la guerra, de la impunidad, del intento de olvido. En medio

de esas imágenes las madres y padres se han encontrado y mirado a los ojos para buscar a sus tesoros, para encontrar a sus hijos, para acuerpar y encontrar a lxs hijxs de otras madres y padres. “Porque buscando nos encontramos” ha sido una consigna con la que las familias le han dado significado a su hacer cotidiano, exigiendo aparición, exigiendo verdad, justicia y memoria, encontrando y reuniendo a hijxs con sus madres, padres, abuelxs. Esta imagen del amor es una imagen dolorosa que contiene una prefiguración política del estar juntxs, de vincularse sin conocerse, de la posibilidad del encuentro. Las madres y padres son los rostros y los pasos que nos hacen voltear a nuestro alrededor y entender que lxs desaparecidxs nos faltan a todxs. También nos han hecho entender que habitar este país fosa y no buscar trazos de la vida entre las cenizas nos pone a todxs en peligro, es preciso proteger la vida, sostener a quienes buscan esa vida.

Nada de esto debería de estar pasado. Cada día nos resulta más claro que es imposible vivir así, por momentos duele tanto que paraliza el corazón y las piernas para seguir andando, da miedo adelgazar la piel y voltear a ver, por momentos dan ganas de no sentir, de no mirar, de no escuchar. Pero se ha vuelto preciso, necesario e incluso sanador sostener la vida, como cuando sostenemos a alguien que necesita ser abrazada, o que siente que se va a caer, como cuando sostenemos una plantita o un perrito.

Cuando pienso en quienes sostienen la vida en medio de una guerra contra la vida misma me pregunto: ¿Qué significa realizar un trabajo que crea y sostiene la vida? ¿Cómo se está reproduciendo la vida comunitaria y colectiva en un país fosa? ¿Qué estamos sosteniendo, qué estamos soñando, qué estamos reconfigurando y relanzando de doble forma hacia el presente y hacia el futuro con nuestras tramas de acompañamiento?

3.1 Politizando sentidos para la lucha: el acompañamiento como una dimensión del trabajo de reproducción

En este apartado quiero ahondar en como nosotras -madres y colectivas- hemos dotado de sentido a la práctica del acompañamiento, porque para nosotras es un trabajo, aunque no remunerado, en el que hemos desplegado una cantidad enorme de energía vital y corporal. Es por ello que propongo nombrar eso que se ha producido y sostenido desde las madres, las familias, y desde colectivas como Las Siemprevivas y el Grupo de acompañamiento, y desde

muchas otras colectivas de acompañantes, como un *trabajo que crea y sostiene la vida* (Gutiérrez y Salazar, 2021). Particularme yo le nombro *trabajo de acompañamiento*. Pero vamos paso a paso.

Recupero la noción *trabajo que crea y sostiene* que proponen Raquel Gutiérrez Aguilar y Ana Lilia Salazar Sarco para entender que -recordando primer apartado del primer capítulo de este tesis- cuando nombramos trabajo a esa multiplicidad de experiencias y actividades que han realizado mujeres y cuerpos disidentes es reconocer la cantidad de energía vital que ellas han puesto para reproducir la vida humana y no humana. ¿Y por qué este trabajo crea y sostiene? Las autoras nos dicen que ellas eligieron nombrarle así a ese volumen de trabajo no asalariado, ni reconocido, aunque ensamblado al capital de forma tensa, para enfatizar que estas actividades no suceden de forma aislada sino que se encuentran en medio de los ciclos que posibilitan y sostienen la vida tanto humana y no humana en su conjunto y diversidad (Gutiérrez y Salazar, 2021: 201).

Teniendo lo anterior en cuenta entonces toca preguntar, ¿por qué trabajo de acompañamiento?

Parto de la *desesidad* de nombrar, reconocer, entrever, darle sentido y significado a lo que nosotras como mujeres realizamos. Esto retomando lo que Mariana Menéndez nos comparte como la incapacidad histórica -y aprendida- para crear un lenguaje político propio que sea capaz de narrar y dar luz a nuestras experiencias y deseos como mujeres (Menéndez, 2021: 16) y cuerpos feminizados/disidentes. Asumiendo esa desesidad vital de construir significados propios de nuestras experiencias colectivas es que me doy el permiso de nombrar *trabajo de acompañamiento* a lo que hemos realizado.

¿Por qué acompañamiento y por qué trabajo?

En el primer capítulo hablamos acerca del acompañamiento como una forma de subversión política que pone en el centro el cuidado entre mujeres ante la violencia feminicida como una promesa de vincularnos entre nosotras y apostar por el cuidado colectivo de la vida. Ahora bien, en el proceso de realizar la investigación de esta tesis me di cuenta que las madres y sus familias, mis compañeras, mis amigas, y muchas mujeres para sostener los procesos de lucha por verdad, memoria y justicia damos de nosotras unas cantidades de energía vital y tiempo desbordadas. Hemos desplgeado tanta energía vital y corporal que acompañar se ha vuelto una doble o triple jornada de actividades, e incluso

hemos enfermado al realizarlas. Recordemos las palabras de Alejandra López, en el segundo capítulo, en el que nos contaba cómo en un inicio del proceso de acompañar el proceso de justicia para Lesvy la rabia la enfermó y aprendió a dejarse acompañar por Araceli así como también aprendió a poner la vida en el centro de la lucha colectiva. Y es por eso que esas experiencias y actividades son *trabajo de reproducción de la vida* que se realizan de forma particular, en contextos específicos, diversos y adquieren múltiples formas.

Recupero y me inspiro en lo que Itandehui Juárez realizó en su tesis de maestría “La reproducción de la vida en Juchitán de Zaragoza después del terremoto del siete de septiembre del 2017”. En este trabajo Juárez identifica seis formas de trabajo de reproducción de la vida, de acuerdo a la actividad vital que se realizaba para sostener la vida material y simbólica de Juchitán tras un terremoto, a partir de su trabajo es que decido nombrar desde la categoría trabajo al tipo de actividad que hemos realizado una diversidad considerable de mujeres acompañantes.

Dentro de los seis tipos de trabajo que Juárez identifica se encuentran: 1) trabajo doméstico, 2) trabajo para generar ingresos, 3) trabajo de contención emocional, 4) el trabajo de cuidados, 5) el trabajo para el goce, 6) trabajo para mantenerse con vida y protegerse de la violencia (Juárez, 2019). En algún momento pensé en nombrar lo que hemos hecho como: trabajo de cuidados y trabajo para mantenerse con vida y protegerse de la violencia, que identifica Itandehui Juárez, y sí lo es. Sin embargo, reconociendo lo que hemos vivido estos últimos cinco años con otras compañeras y con las madres y, dándole el lugar que ocupa a esa energía vital y corporal en nuestro hacer cotidiano, así como el tiempo invertido en crear y sostener la lucha y la vida misma es que he decidido crear un categoría específica al trabajo que realizamos. Porque hoy día nos hemos dado cuenta que es “necesario dejar de reflejarse en el espejo de la dominación para transitar el proceso de creación colectiva, también de autonomía simbólica”. (Menéndez, 2016) (Gutiérrez y Salazar, 2021: 213).

En ese sentido ubico dos momentos, primero seguir profundizando desde una visión marxista feminista al acompañamiento como un trabajo de reproducción de la vida y seguir dotándola de sentido. Y por otro lado, quedaría reforzar la idea del acompañamiento, sus implicaciones, reconocer lo que se ha producido desde el trabajo de reproducción.

Existe una concepción de acompañamiento al que nosotras (madres y colectivas) no nos adscribimos que es una acepción institucionalizada de la práctica del acompañar en el

que hay alguien que acompaña quien trabaja en alguna institución y del otro lado está quien recibe el acompañamiento a quien normalmente se le nombra, víctima. Esta forma de acompañamiento, que es sumamente importante en México, se encuentra en una tensión constante entre la posibilidad de ponderar la autonomía política y afectiva de su acompañamiento y la necesidad material impuesta por las dinámicas capitalistas.

Para sostener el trabajo de acompañamiento quienes acuerpan necesitan sostener sus vidas materiales, para realizar actividades de impugnación de justicia y acompañamiento psicosocial se necesita dinero, la forma dinero y el acceso a estos insumos ha puesto en tensión al acompañamiento que proviene de las OSC's y ONG's en México. Las personas que trabajan y acompañan en estas instituciones realizan una labor titánica, poniendo el cuerpo y la vida al límite. En este país ser defensoras y defensores de derechos humanos se va vuelto un riesgo letal.

Nosotras como acompañantes desde una colectiva tenemos en cuenta estas tensiones entre poder acompañar y las necesidades materiales y monetarias para realizar este trabajo, y nosotras hemos optado por la no-institucionalización, por la autonomía simbólica, política y la autogestión -en el segundo apartado hablaré de cómo esto se ha logrado-, reconociendo que acompañamos desde la precariedad, sin insumos suficientes muchas veces, trabajando triples jornadas para sostener nuestra vida y acompañar los procesos tratando de encontrar el tiempo y la energía hasta debajo de las piedras.

Hubicando ambas formas de acompañamiento y los diferentes espacios desde los que se realiza haré una breve noción de *acompañamiento* desde nuestras experiencias particulares como colectiva, recordando que la clave *acompañamiento* es central y transversal de esta tesis. Tratando de sintetizar esta noción siempre incabada que se nutre de los diferentes caminos y contextos.

Recupero brevemente ciertas reflexiones del primer y segundo capítulo para partir desde ese piso concreto y tener una noción cercana a lo que desde las madres y colectivas hemos entramado juntas: el *acompañamiento* condensa sobre todo un hacer colectivo, una puesta en común por impugnar y tejer procesos de verdad, memoria y justicia poniendo el cuidado colectivo en centro, cambia de sentidos todo el tiempo y es contextual, es corpo-histórica.

Acompañar también es aprender todo el tiempo de todo, exponencialmente, es aprender a ser políticamente amorosas, aprender a no pelear cuando ya no es necesario (Entrevista a Las Siemprevivas, octubre 2022). Acompañar es un trabajo de reproducción de la vida que construye vínculos, busca poner en juego y producir una capacidad política que gestiona las desigualdades y las jerarquías para horizontalizar las relaciones, es siempre de ida y vuelta, es un *trabajo que crea y sostiene*.

Realicé esta breve noción con la intención que sea siempre abierta y se nutra de diferentes experiencias y voces, vamos a profundizar en ella a partir de pensarla como un *trabajo que crea y sostiene la vida*. Esto en diálogo con el trabajo de campo realizado con Las Siemprevivas entre agosto 2021 y enero 2022.

En el capítulo “La mercancía” de *El Capital*, Marx nos dice “Todo trabajo, es por un lado, gasto de fuerza fisiológico [...] Todo trabajo, por otra parte, es gasto de fuerza humana de trabajo en una forma particular y orientada a un fin, y en esta condición de trabajo concreto produce valores de uso” (Marx, [1867] 2020: 57), ese trabajo también potencialmente transforma al mundo. Me resulta relevante recuperar esto para evocar un momento de una entrevista colectiva con Las Siemprevivas en la que les pregunté a mis compañeras acerca de qué es para ellas el acompañamiento y cómo nosotras le hemos dotamos de sentido a nuestro hacer colectivo. Nosotras como acompañantes consideramos lo que hacemos como una actividad que nos ha consumido tanto energía vital como energía física y que ha representado un consumo de tiempo importante, que hacemos desde el corazón y realizamos politizando los cuidados. En esa entrevista surgieron varias reflexiones, entre ellas la siguiente:

[Acompañar] es aprender no solo en lo práctico sino manejar esas emociones de lo que te está pasando cuando estás ahí y pienso en cómo no solo cambia tu vida, sino que cambia a las personas que están cerca de ti sin que lo estés buscando. Todas aprendemos, transforma la vida de personas que no sabemos, que pasan a lado de nosotras y nuestras campamentas (Entrevista a Las Siemprevivas, octubre 2022).

Queda claro leyendo el extracto de Marx que en un sentido marxista ortodoxo acompañar y todo lo que implica esta actividad no sería considerada trabajo. En cambio, lo es si nos posicionamos y lo nombramos del lado de Maria Mies, Silvia Federici, Leopoldina Fortunati y muchas otras maestras como las madres que luchan. El valor del trabajo de acompañamiento no adquiere forma como mercancía o dinero, es un valor que se encuentra

en otras cosas. El acompañamiento es un trabajo que ha logrado transformar y producir procesos complejos tanto materiales como simbólicos, tales como la posibilidad de producir tramas entre mujeres madres, acompañantes, familiares que construyen y reflexionan acerca de la justicia y la memoria más allá y en pugna con el Estado, hemos convocado a otras compañeras, acuerepado espacios que antes estaban vacíos, hemos creado sentidos.

Lo material y lo simbólico no necesariamente están escindidos, lo material son nuestros cuerpos juntos tomando espacios, son los bordados, pero también lo simbólico habita en esos espacios que ocupamos, en nuestros cuerpos-territorios colectivos que se identifican como piel delgadita, lo simbólico se encuentra en la manera en la que nuestros bordados convocan a otras compañeras, en la memoria de cada una de las que nos faltan. Reflexionando con Las Siemprevivas:

[...] no siempre hemos podido dimensionar cual va a ser el impacto de bordar tanto al interior como al exterior y cómo lo significan otras personas al entrar en contacto con esto. Hay procesos que es complicado bordar, son muchas y no nos daríamos abasto, y hay mucho que estudiar para acercarnos a los casos tanto afectivamente como en la forma política de acompañar. Y que esto no solo sea un método sino que también tenga algo afectivo, la manta de la memoria de alguna manera es ese pequeño espacio en el que podemos recordar que no estamos todas y que no podemos acompañar todos los procesos pero que la fuerza de todas esas exigencias de justicia nos acompaña y que la memoria de todas esas mujeres y su vida es algo que nos impulsa. Y el que esté en constante construcción es una responsabilidad muy grande, mientras estemos aquí y podamos hacerlo vamos a recordar sus nombres y es un paso hacia la memoria (Entrevista a Las Siemprevivas, agosto 2021).

En el trabajo de acompañamiento hay una importante capacidad de creación y de producción de sentidos que es necesario recuperar y reconocer. Como bien decíamos con Fortunati, el trabajo de reproducción de la vida contiene otros valores importantes para la vida humana más allá de la forma valor dineraria, desde esta forma de trabajo que es el acompañamiento, la memoria y la justicia colectiva han sido dos espacios centrales de creación de posibilidades más allá de las que nos enseñaron que podíamos hacer:

[...] pasamos de salir con mucha rabia el 5 de mayo de 2017 a imaginar nuevas formas de hacer las cosas, recuerdo nuestras reuniones del Grupo de acompañamiento

aceptamos que no podíamos solas que era demasiado trabajo y que necesitábamos de otras y así sostuvimos más de un mes de acompañamiento en una campamento fuera del Reclusorio Oriente. Me parece muy fuerte que a todas las mamás les significó eso que hicimos y que seguimos haciendo (Entrevista a Las Siemprevivas, octubre 2022).

Reproducir la vida desde el trabajo de acompañamiento es posibilitar que en una cotidianeidad turbulenta, sumamente violenta y dolorosa como la que vivimos en México existan espacios en los que mujeres diversas, no necesariamente parientes sanguíneas, se volteen a ver entre ellas, se reúnan y reconozcan la necesidad vital de ser sostenidas y cuidadas por otras politizando esas tramas. También el trabajo de acompañamiento posibilita los tiempos y los espacios socialmente necesarios en este país para preguntarnos y crear sentidos de memoria y justicia colectivos que son un tema central para muchas comunidades en México.

Sostener material y simbólicamente este trabajo ha sido sumamente difícil, las condiciones del país, del mundo, sumado a que es un trabajo autónomo y voluntario implica que nosotras construyamos desde la invención y la creatividad, desde la solidaridad y la autogestión este trabajo que crea y sostiene. En el siguiente apartado hablaremos de cómo se han dado las condiciones para producir este trabajo y cómo nosotras las hemos creado también, y reflexionar qué potencialidades tiene para materializar los deseos colectivos por seguir *siemprevivas*.

3.2 Sostener material, afectivo y simbólico del *acompañamiento*

[...] no sabemos lo que podemos hasta que experimentamos el desplazamiento de los límites que nos hicieron creer y obedecer. Verónica Gago, 2021.

En este apartado hablaremos de lo que se ha necesitado desplegar para sostener la lucha colectiva por verdad, memoria y justicia desde la colectiva Las Siemprevivas. Espero nos ayude a reflexionar acerca de lo que se ha tenido que desplegar/hacer para sostener las múltiples luchas desde otras latitudes del país, desde otras colectividades, desde los

complejos y diversos contextos en el que en este país miles de personas y mujeres han salido a sostener la vida en medio de la guerra, de la pandemia y de la precarización de la vida.

Para poder comenzar este apartado necesito mencionar brevemente que la materialidad que sostiene la lucha emana principalmente de los cuerpos, de *la piel delgadita* que se ha entramado estos últimos cinco años y que se ha hilado, enredado y abrazado con otras pieles y otros cuerpos. Es decir, la materialidad que sostiene en primer lugar la lucha son las madres, son las familias, somos nosotras, son nuestros cuerpos que salen a las calles, que se encuentran unos con otros, que lloramos, reímos, gritamos, bailamos, que bordamos juntas, así como nuestras capacidades políticas y nuestras creaciones puestas al servicio colectivo.

Por otro lado hay otras materialidades que se han producido y se han logrado, como los bordados, como las mantas de la memoria, como los hilos, las carpas, las sillas, la comida con la que hemos podido convocar a juntarnos y encontrarnos para hacer memoria e impugnar justicia en las calles. La materialidad en ese sentido es múltiple, pero en un primer momento somos nosotras y nuestros cuerpos extensos.

Teniendo esto en cuenta me es posible abordar ahora cómo se han dado las condiciones para producir este trabajo, cómo las hemos creado también, y así reflexionar en torno a las potencialidades que tiene esto que hemos producido para materializar los deseos colectivos por seguir *siempre vivas*.

Cuando hablo de *sostener la vida* me refiero a una práctica política consciente colectiva/comunitaria que reconoce la vulnerabilidad compartida que habitamos, así como en el capítulo pasado mencionaba acerca de “el derecho a ser vulnerables sin que nadie nos hiera por ello” y de los procesos de cuidados que se tienen que poner en el centro para posibilitar ese derecho, es que pienso que ahí es donde decir: *sostener* cobra sentido. Para cuidar la vulnerabilidad que habitamos y que hoy día es atravesada por los embates de una guerra ampliada sobre la vida es necesario entonces hablar de *sostener*. *Sostener* aquellas cosas que encontramos a punto de quebrarse, aquellas cosas que ya se quebraron pero perduran en ellas hilos de vida. *Sostener* es un acto de remendar, de cobijar. Para remendar se necesitan crear espacios, momentos, herramientas, posibilidades que permitan realizar ese acto de *sosten*.

La capacidad política de sostener también se encuentra atravesada y en tensión frente a las condiciones contextuales en las que se da, se configura diferente de acuerdo a quienes se encuentran *sosteniendo* esos procesos colectivos/comunitarios que ponen en el centro la vida. Pienso que en el caso específico del *acompañamiento* que realizan las Siemprevivas puedo encontrar dos momentos que son *desesidades* que han surgido para lograr producir y llevar a cabo durante una temporalidad larga un proyecto colectivo como el que realizamos.

A continuación desglosaré los dos momentos para posteriormente volverlos a hilar entre ellos, esto porque, aunque son dos momentos, cuando hablamos de *sostener* un proyecto político no sucede que se den por separado, están imbricados, se producen y se dan al mismo tiempo. Sin embargo, aquí considero que como método de sistematización y de mapeo de lo realizado puede ayudarnos la división que realicé al procesar el trabajo de campo y que aquí desarrollo.

Trabajando con las Siemprevivas me centré en preguntarles acerca de aquellas cosas que sostienen material, simbólica y afectivamente el trabajo colectivo y en específico lo relacioné con los deseos que nos convocan a construir con nuestras compañeras. Hice esto porque al realizar campo me encontraba leyendo *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo* de Verónica Gago y al entender que el deseo se refiere más a un sentido vital a una “fuerza que empuja lo que es percibido colectivamente y en cada cuerpo como posible” (Gago, 2021: 14) es que comencé a preguntarle a mis amigas, a mis compañeras de lucha, ¿qué deseo nos convocó a movilizarnos y volvernos compañeras de lucha por Lesvy, por todas? Nos mueve un deseo de vida, de dignidad, de vida libre, nos mueve el deseo de reír y gozar juntas todas, sin miedo.

Cuando les preguntaba a mis compañeras Siemprevivas acerca de cómo se posibilitaba sostener el trabajo colectivo todo partía de recordar primero el deseo que les convocó a cada una a trabajar juntas como colectiva y así realizar lo que habían logrado en tan solo dos años, en medio de una pandemia, en medio de la incertidumbre y el miedo.

- *El sosten material*

Como mencioné brevemente al inicio de este apartado la primera materialidad que *sostiene* nuestra lucha colectiva somos nosotras y nuestros cuerpos extensos que se encuentran y realizan cosas juntos. En ese sentido en los momentos de acuerpamiento político en las calles Las Siemprevivas tienen un eje de acción que ha sido realizar bordados con

nuestras manos, con hilos, agujas y mantas los rostros, los sueños y las historias de las compañeras que nos faltan y por las que salimos a las calles. Bordar es un momento de creación colectiva de algo que materialmente nos convoca y tiene como resultado las mantas que posteriormente se vuelven un sostén afectivo de la lucha.

Entrevistando a mis compañeras Siemprevivas sobre la historia textil de la colectiva ellas me comentaron acerca de una manta que se volvió muy conocida después de la marcha del 8M del 2020, la Manta de la Memoria:

Esa manta nos ha acompañado en nuestras propias historias de vida, de nuestros espacios significativos y geográficos que nos duelen, eso es la manta de la memoria ahí hemos bajado todo lo que sentimos y no podíamos nombrar y en la manta hemos encontrado muchas respuestas (Entrevista a Las Siemprevivas, agosto 2022).

Por otro lado, le pregunté a varias compañeras en entrevistas individuales para ellas cuáles han sido logros materiales, en un sentido visible y palpable, del trabajo colectivo por verdad, memoria y justicia. Aurora González, que es parte de las Siemprevivas, me comentó lo siguiente:

[...] cuando logramos hacer la posada de fin de año con las mamás y darnos cuenta de que podemos con más cosas de una forma más organizada o en la que ya todas le entramos de una manera. También veíamos complicado el caso de Dianita¹⁹ y se logró, y pudimos entregarle las mantitas (Entrevista con Aurora González, enero 2022).

Este pasaje de la entrevista con Aurora es sumamente revelador porque muestra cómo los logros sí son cuantificables para nosotras, no en números, pero en un sentido de contar - como mencionaba en la introducción- los procesos y las historias que nos han dejado sedimentos y logros que podemos reconocer entre nosotras. Hablo de sedimentos recuperando conversaciones del Seminario Entramados Comunitarios y Formas de lo Político en el que nuestra profesora Raquel Gutiérrez nos compartía acerca de pensar en ese rastro que los logros colectivos han dejado poco a poco, que podemos reconocer como pequeñas huellas que nos guían en el camino y nos han dejado grandes aprendizajes de lo que hemos

¹⁹ Diana Velázquez Florencio era una joven mujer de 23 años que fue asesinada en 2017 en Chimalhuacán, Estado de México. El proceso fue sumamente largo y violento desde el inicio por malos tratos del SEMEFO al cuerpo de Diana. El 14 de enero del 2022 se dio sentencia a uno de los feminicidas de Diana gracias a la imparable lucha de su madre Lidia y su hermana Laura.

podido hacer y de lo que podemos seguir haciendo, así como reflexionar qué han implicado estos sedimentos, cuantos dolores, tensiones, ansiedades, topes nos hemos encontrado y también reconocer lo que pudimos desplegar y dejar como una huella colectiva.

Por otro lado, para lograr estos sedimentos, y recuperando la discusión anterior del *acompañamiento* como un trabajo que crea y sostiene, es importante también apuntalar a las dificultades con las que nos encontramos para realizar y sostener el trabajo colectivo estando nosotras mismas ensambladas al trabajo asalariado capitalista sin el cual no podríamos sostener nuestra vida y continuar con el trabajo colectivo.

Hemos deseado y soñado en la posibilidad de seguir construyendo procesos colectivos sin la necesidad de trabajar asalariadamente porque cuando pensamos en todo lo que hemos logrado también nos lleva a recordar todo lo que nos ha costado física y emocionalmente, porque hemos enfermado de tantas emociones, de tanta muerte, de tanto tiempo fuera de casa, de las dobles o triples jornadas de trabajo y de los procesos de acuerpamiento en los que hemos dejado el corazón.

Con Fernanda Montiel igual compañera Siempreviva también hablamos en una entrevista individual acerca de los costes de sostener el trabajo colectivo y del sueño de un día no tener que trabajar de forma asalariada, ella me respondió:

Pensar en cómo salir de las dinámicas capitalistas te enseñan a buscar la dignidad humana, y saber que es posible, hablar de dignidad fuera del capitalismo es muy extremo, pero es real. Creo que pensar realmente y no solo de forma discursiva que sí es posible otro mundo y crear espacios entre nosotras para que eso se materialice. Por ejemplo, ahora estamos viendo el tema de los salarios, dotarnos de un salario que nos permita costear una terapia, por ejemplo, los transportes para las acciones que hacemos, dar esos pequeños pasos para hacer un poco más leve el esfuerzo o pensando en nuestros propios contextos y posibilidades y lo hemos construido poco a poco y con la esperanza de Ara o de las personas que nos apoyan (Entrevista a Fernanda Montiel, enero 2022).

Pienso aquí en lo que Raquel Gutiérrez reflexiona en su libro “Carta a mis hermanas más jóvenes 2” acerca de las mediaciones patriarcales y capitalistas que nos atraviesan al tratar de sostener y producir posibilidades a “contracorriente de todo lo existente” (Gutiérrez, 2022: 24) y cómo el problema es el mundo en el que existimos y que tratamos de subvertir

(Gutiérrez, 2022: 25). El mundo en el que nos acompañamos entre nosotras, en el que luchamos por verdad, memoria y justicia, el mundo que nos dice reiteradamente que los espacios y los tiempos para construir entre nosotras no nos pertenecen y no deberían de existir. Este año hemos logrado un Encuentro de acompañantes, varias juntanzas de bordado colectivo y la instalación de una exposición colectiva en el Centro Cultural Tlatelolco en el que hemos creado y gestionado la posibilidad de tener los espacios y los tiempos para reconocer lo que hemos hecho, tomar un rato de aprendizaje común y en el que podamos gozar y reír juntas, hacer memoria colectiva. En relación con esto pienso en lo que Aurora González me compartió con mucha emoción:

La autogestión de las Siemprevivas es lo más bonito, desde siempre hemos hecho lo de las bolsas, la sinceridad es muy importante y sabemos que no siempre vamos a poder estar en los mismos espacios. Y siempre ponemos primero estar seguras, darnos cuenta de que a veces no podemos por nuestras condiciones económicas. Cuidamos la condición de cada una, sabemos que algunas pueden y compartimos desde lo que somos y podemos. Nos sostenemos entre todas y sostenemos la lucha desde esa premisa (Entrevista con Aurora González, enero 2022).

Seguimos soñando en obtener condiciones dignas y amables para que podamos seguir sosteniendo la vida juntas a partir del acompañamiento y estos sueños algunas veces se han vuelto reales. Hemos podido materializar muchos de esos sueños, no solo a pesar de las tensiones y del contexto sumamente incierto y doloroso, sino a partir de las tramas de cuidados y acompañamiento que hemos creado con amor y ternura en medio de la guerra. Y esos sueños que se han materializado son sostenidos a partir de los afectos que se hilan y emanan de *la piel delgadita*.

- *El sostén afectivo y simbólico*

Recordemos que cuando hablamos de sostén nos referimos a una trama que no permite que la vida muera, hablamos de acciones conscientes y concretas por no dejar que la vida se vuelva muerte, incluso no dejar que la muerte se vuelva olvido y que de la muerte la vida siga floreciendo.

Recupero a Cristina Vega en su texto “Reproducción social y cuidados en la reinención de lo común. Aportes conceptuales y analíticos desde los feminismos” en el que ella nos dice que cuando se habla de *lo común o los bienes comunes* no solamente se habla de una

materialidad en *común* que se gestiona sino que se piensa en formas más complejas que tienen en cuenta una amplia variedad de ámbitos en donde las diversas colectividades generan, comparten y gestionan espacios, relaciones, saberes, estéticas, espiritualidades y memorias, organizando su desarrollo y uso bajo formas políticas horizontales relacionadas a reclamos y luchas específicas (Vega, 2019: 51).

En ese sentido lo hilo a la idea de *sostén afectivo y simbólico* porque para poder hablar de este *trabajo de acompañamiento* que reproduce la vida y cómo esta forma de trabajo -y muchas formas de trabajo que ponen en el centro la vida- necesita espacios en *común que hilen y convoquen* la vulnerabilidad que se está poniendo en juego y la vida por la que se está impugnando. En ese sentido, pensando en Las Siemprevivas, es importante reconocer aquellos ámbitos espirituales, afectivos y de memoria que nos llevaron a encontrarnos y apostar por este proyecto colectivo y cómo esto ha convocado a otras, le ha hecho sentido a otras y de cierta forma nos permite poner en juego y crear una capacidad política como *la piel delgadita*.

A mis compañeras de colectiva les pregunté acerca de sostén simbólico y afectivo que se ha generado a partir de los bordados y lo que se ha hecho, lo comparto a modo de voces colectivas hiladas entre ellas:

[...]el impacto simbólico o afectivo que tiene lo que hacemos y lo que hemos logrado no nos lo podemos imaginar, no lo dimensionamos. Y que nos estemos partiendo en veinte mil cachitos para hacer todo lo que hacemos.

[...]Todas estamos tratando de hacer esto de la manera más digna y amorosa que podemos.

[...] algo lindo ha sido la confianza que las mamás nos tienen, el valor que ellas le dan a las mantas que estamos bordando porque ellas nos dan sus tesoros, es un gran logro y tener con qué respaldarla. (Cúmulo de voces colectivas producto de entrevistas individuales y grupales con las compañeras de Las Siemprevivas, octubre 2021 - enero 2022).

Materializar la justicia y también habitar la esperanza desde el cuerpo ha sido otro logro producido por esta trama de acompañamiento. ¿Qué significa materializar la justicia y la esperanza?

Recupero lo que en el capítulo anterior hablabamos acerca de las prácticas de justicia, en el que nos referíamos que la justicia que hoy miles de mujeres están produciendo en las calles de este país ha puesto en el centro de su hacer “los efectos colectivos, comunitarios, corporales, afectivos y encarnados de la justicia”. Materializar la justicia es sacarla de los tribunales y de las leyes, es volverla una promesa de no repetición, es hacer memoria colectiva y que las vidas y nombres de las que hoy no están con nosotras nunca sean olvidadas. Arrancarle al Estado sus sentencias a favor de la víctima, pero es una justicia nuestra, que les impugnamos, y la memoria y las tramas de cuidado que se tejieron en esa lucha en las calles siguen siendo nuestras.

Un resultado no esperado de este trabajo que ha creado y sostenido la vida ha sido materializar de diferentes maneras la justicia y la esperanza, volverlas un centro de fuerzas vitales que nos evoca y nos da fuerzas para seguir juntas, para seguir andando este camino tan doloroso y lleno de peligros en este país feminicida, militarizado y que nos pone en condiciones de vulnerabilidad jerarquizadas y diferenciadas. La potencia afectiva y simbólica que nos jala como fuerza gravitatoria y nos sostiene al mismo tiempo es la memoria colectiva que Sayuri Herrera nos enseñó que es la posibilidad de crear vínculos sociales, “hacer memoria significa la posibilidad de transmitir la experiencia de los sucesos y sus significados, eso queremos” (Sayuri Herrera, 2019). Es la posibilidad de llevar como luz que guía a todas las mujeres y niñas que hoy nos faltan y los tiempos y ternura compartidos con sus madres.

Mi amiga Aurora nos comparte cómo ella vivió esa materialización de la esperanza que es un sostén afectivo y simbólico importante para nosotras como acompañantes en el cuerpo:

A mí me costaba creer que iba a haber justicia para Diana, traigo dentro de mí un sueño que estamos materializando que es la esperanza, saber que va a costar mucho lograr llegar a procesos de justicia dignos, pero ya se está logrando. Y hemos aprendido a cobijarnos cuando pensamos que todo va a salir mal. Creer en la esperanza del camino y el sueño que estamos construyendo juntas es muy importante, pero creo que es eso. Para mí es un logro creerlo y vivir la esperanza nunca lo había sentido. Yo he vivido la esperanza con la señora Lidia. (Entrevista a Aurora González, enero 2022).

Así como el trabajo de reproducción de la vida que realizan las abuelas y las madres deja huella en nuestros cuerpos y lo podemos evocar cuando recordamos las mil formas en

las que materialmente sostenían la vida y que en diferentes momentos nos ha sostenido simbólica y afectivamente, así también pienso en todo lo que se ha desplegado para poder llevar a cabo este trabajo de acompañamiento que crea y sostiene la vida. Las madres en lucha son nuestro principal espacio simbólico de sostén y la memoria de sus hijas queridas, de todas a las que recordamos con cariño. Es así como vemos que el sostén simbólico y afectivo está profundamente hilado al sostén material, nuestra política de pieles delgaditas que apuestan por la vida queda explicitado así, y como dice Aurora:

Hacer que se cumpla la justicia, ver que se haga justicia, eso es materializar el cuidado. Estamos juntas y creamos herramientas que nos pueden ayudar a cuidar la vida. Es un logro que es un hecho, tenernos unas a las otras nos acompaña para seguir (Entrevista a Aurora González, enero 2022).

Cuidar la vida, crear y sostener formas para protegerla ha sido sumamente complicado. En el capítulo pasado hablamos de la impugnación de justicia en el contexto de la pandemia por COVID-19, en el siguiente apartado hablaremos del trabajo de acompañamiento que se realizó durante la pandemia. Realizar un trabajo de acompañamiento en tales condiciones significó reconfigurar formas de poner el cuerpo y los afectos, usar la creatividad para sostener en esas condiciones extraordinarias las tramas de cuidados y cariños que se han producido los últimos años y continuar con el proyecto colectivo por verdad, memoria y justicia.

3.3 El trabajo de acompañamiento en medio de la pandemia por el COVID-19.

Abrazar la incertidumbre y el cambio como una forma de cuidarnos.

Texto colaborativo en Pad realizado por Las Siemprevivas, 2021.

En el presente apartado hablaré de las múltiples formas en las que las tramas de acompañamiento como Las Siemprevivas o el Grupo de acompañamiento en memoria de Lesvy tuvieron que renovar la capacidad política de organizarse y seguir sosteniendo el trabajo de acompañamiento. En el capítulo anterior hablamos del acompañamiento durante

la pandemia, ahí nos centramos en la cuestión de la vulnerabilidad y la piel delgadita de las tramas de acompañamiento, en este capítulo y apartado nos estamos centrando específicamente en las renovadas formas políticas de organización que se tuvieron que producir para sostener la lucha por verdad, memoria y justicia en medio de una pandemia, centrándonos en particular en Las Siemprevivas.

El objetivo de este capítulo es reflexionar acerca del *acompañamiento como un trabajo de reproducción de la vida* y en este apartado comprender cómo el COVID nos obligó a cuestionarnos y reconfigurar las formas de acuerpamiento y producción de procesos colectivos. Estas preguntas y tensiones en torno al trabajo de acompañamiento venían comenzando a ser sentidas en las colectividades y quienes las conforman sin embargo es importante explicitar que la pandemia abrió paso a explicitar tales tensiones pues las diferencias de condiciones de vida, las vulnerabilidades específicas de nuestros contextos y la posibilidad de seguir acuerpando y sosteniendo los procesos fueron mucho más claras a la luz de la pandemia.

Marzo del 2020 fue un mes sumamente complejo en el que la forma en la que llevábamos nuestras vidas colectivas cambió radicalmente en un abrir y cerrar de ojos. Cuando llegó la pandemia por el COVID-19 a México en estas geografías la vida ya era complicada por sí misma, los efectos de la guerra impuesta habían volcado varios años atrás a cientos y miles de madres y familiares a las calles a buscar verdad, justicia y memoria. Las condiciones de acceso a un sistema de salud eficiente y que tratara a las personas con dignidad llevaba años en el colapso, las familias llevaban años lidiando con enfermedades y acceso limitado a su tratamiento, con noches afuera de los hospitales esperando a que alguien saliera a darles una palabra acerca del estado de su ser querido.

Millones de familias, más de la mitad de la población, ya se encontraban en condiciones de pobreza extrema, el acceso a la comida y al techo ya se sorteaba en el día a día en vez de ser una seguridad dada de antemano. La pandemia fue la gota que cayó en un vaso ya derramado, fue la gota que permitió que esa agua se convirtiera en un río desbordado que hasta octubre del 2022 los estragos siguen viviéndose con una inflación histórica, con una crisis de acceso a la comida, la salud y la vivienda sumamente críticos.

Evoco las palabras de Maria Galindo en su texto “Las cinco pandemias que azotan al culo del mundo” cuando dice que durante la pandemia nos hemos enfrentado no solamente

al coronavirus sino a una pandemia con múltiples capas pegadas unas a las otras cuya capa final y más visible en su momento era la del coronavirus. Esas cinco capas de las que Galindo habla son: 1) la pandemia del fascismo que afecta las libertades democráticas y que moviliza un conjunto de prejuicios en torno a la enfermedad; 2) la pandemia colonial que contiene las relaciones desiguales norte-sur, el manejo epistémico del conocimiento en relación a la enfermedad y el sobreendeudamiento de nuestra región del mundo de relaciones coloniales más severas; 3) la pandemia de la corrupción y la ignominia del Estado; 4) la pandemia de las violencias patriarcales que afectaron directamente a las mujeres y la crisis de la reproducción de la vida en estos tiempos; y 5) la pandemia más cruenta de todas, el hambre (Galindo, 2020: 9). Y yo añadiría al contexto mexicano la pandemia de la guerra ampliada contra la vida, sobre la que profundizaré en el siguiente apartado.

Durante los primeros meses de la pandemia la muerte se desbordó sobre miles de cuerpos, sin embargo llegó de forma particularmente brutal a las personas más vulneradas por los procesos de jerarquización del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial. Como bien dice Silvia Federici, el capitalismo es productora de muerte y de precariedad (Federici, 2019) y durante los primeros meses y hasta la actualidad los estragos de esa producción capitalista de jerarquías, desigualdades y despojo nos han dejado dolores profundos así como la agudización de la crisis de reproducción de la vida.

La crisis de la reproducción de la vida es una clave que retomo de Amaia Pérez. En un primer momento Amaia Pérez nos dice que la crisis de la reproducción se caracteriza por tres procesos imbricados: el aumento de la precariedad en general sobre la población, situaciones de exclusión agudizadas y ampliadas, y una multiplicación de desigualdades en las sociedades que muestran profundas brechas entre sectores de la sociedad (Pérez, 2014: 203).

Dentro de la crisis de la reproducción podemos encontrar la noción de *precariedad de la vida* que es la inseguridad al acceso sostenido a los recursos *desesarios* para la reproducción de vidas significativas, y es que no se trata de elegir unas vidas menos rígidas -y yo diría también menos vulnerables en alusión a lo discutido en el capítulo anterior- sino que hace referencia a que los cambios drásticos y letales sobre la posibilidad de reproducir la vida están fuera del control de los propios sujetos que los sufren (Pérez, 2014: 205). La *precariedad de la vida* es entonces un estado de incertidumbre, “la precariedad se

institucionaliza como falta de derechos, entendidos como los mecanismos que colectivizan la labor de hacer la vida posible y cierta” (Pérez, 2014: 205).

Ciertamente habrá un sinfín de otras visiones y nociones acerca de la crisis de la reproducción, pero quiero que nos centremos en una cuestión importantísima: la crisis ha sido producida por la mancuerna histórica entre el Estado y los procesos de jerarquización del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial, y esta mancuerna inquebrantable es la directamente responsable de no solo de la pandemia por el COVID sino de la completa letalidad con la que atravesó millones de vidas en el planeta. Así como de la precarización de las tramas colectivas que pudieron sostener la reproducción de la vida en este contexto, esto no quiere decir que ningún colectivo humano haya salido a sostener a otrxs y realizar trabajos de reproducción de la vida, al contrario, sino que las tramas y potencialidades políticas que sostuvieron -y siguen sosteniendo- la vida durante la pandemia existieron y persistieron a pesar del Estado (mexicano) y del capitalismo.

Durante la pandemia quienes teníamos la posibilidad de encerrarnos en casa lo hicimos y quienes viven al día tuvieron que jugarse la vida por sostener la reproducción de familiar en las calles. Y es que en este cacho de tierra llamado México miles de personas llevaban años saliendo a las calles a impugnar justicia, verdad y memoria, creando tramas y redes de acompañamiento que se habían desplegado a lo largo y ancho del territorio, formando un coro polifónico potente que no cedía ante la ignominia del Estado mexicano y así sosteniendo la vida en medio de la guerra.

En México cientos de luchas se habían estado desplegando en las avenidas, en los tribunales, en el campo y la ciudad, frente y contra el Estado, que en 2020 se replegó hacia adentro por la emergencia sanitaria volviendo así los procesos de justicia y verdad mucho más lentos de lo que ya eran.

En ese contexto podemos ubicar entonces las tramas de acompañamiento en el que se inscribe la colectiva Las Siemprevivas y el Grupo de acompañamiento. Unos meses antes del inicio de la pandemia desde septiembre hasta octubre del 2019 se habían sostenido los juicios orales del proceso por justicia, verdad y memoria para nuestra querida Lesvy Berlín Rivera Osorio momento en el que, como vimos ampliamente en el capítulo anterior, se desplegaron y produjeron formas simbólicas y materiales que ponían el cuidado y la vulnerabilidad como eje de acción colectiva. Esa piel delgadita que había salido a las calles y creado una nueva

forma de entramarse desde el cuerpo extenso se encontró con una dificultad particular ante el COVID.

¿Cómo seguir con el trabajo de acompañamiento afectivo y corporal en una pandemia que obligó a los cuerpos y los afectos a quedarse en casa y no salir a las calles a sostener la vida con el cuerpo mismo?

Una primera experiencia de sostener los procesos de memoria y justicia en medio de la pandemia desde el trabajo de acompañamiento fue en mayo del 2020, uno de los primeros meses de la pandemia con más contagios hasta ese momento. El 3 de mayo de ese primer año de pandemia a nosotras nos seguía convocando la memoria colectiva por Lesvy Berlín Rivera Osorio y por Aideé Mendoza, y dadas las condiciones de la pandemia no podía convocar a la velada que habíamos realizado en años anteriores. Es así como convocamos a recordar, hacer memoria y a hablar de la violencia que atraviesa a las mujeres en sus hogares cuando nos decían “que estábamos más seguras en casa” sin decir que mujeres y niñas tenían que convivir cercanamente en este contexto con sus agresores.

En el capítulo anterior cité parte del texto con el que convocamos²⁰, y me gustaría compartir la segunda parte que reservé para este capítulo y explicitar cómo fue todo un reto continuar con un proyecto amplio de memoria y justicia estando encerradas:

“Es por eso que lanzamos esta convocatoria para que podamos manifestar nuestra digna rabia de formas creativas y diversas y así enviar un mensaje de sororidad y solidaridad a las familias y en general a las mujeres que ahora mismo enfrentan estas violencias machistas, para que sepan que ¡No están solas! Es un momento en el que podemos retornos a nosotras mismas a expandir posibilidades de acción y colectivización, a seguir creando espacios diferentes en los que reafirmemos nuestro derecho a la rabia y a la ternura. ¡Por ahora, aislamiento físico sí, aislamiento social no; sororidad y solidaridad sí, feminismo sí que sí, ¡que sí!” Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio, abril 2020.

Esas jornadas de la memoria duraron dos días con varias horas de conversatorios, la creación de un repositorio virtual de mensajes para Lesvy y para Aideé que las mujeres quisieran crear y mandarnos, también realizamos un fanzine o revista digital en el que

²⁰ Página 95 del segundo capítulo.

compilamos todos los textos que habíamos escrito a lo largo de los años desde 2017 hasta 2019, y lo publicamos. En su momento para nosotras en nuestra necesidad de tocar tierra y recordar nuestras raíces quisimos hacer ese fanzine pero un año más tarde unas compañeras de la FFyL me invitaron a hablar sobre su creación y fue sorprendente que una desesidad colectiva del Grupo de acompañamiento de hacer memoria y no sentirnos aisladas en una pandemia haya podido ser una herramienta para las nuevas generaciones de la UNAM de saber lo que ahí había pasado, reconocer lo que Lesvy le significa a miles de mujeres y reconocer lo que estas nuevas estudiantes jóvenes que no estaban transitando su universidad podían hacer por la memoria y la justicia desde sus espacios propios. En la pandemia pudimos crear eso, y fue emocionante.

En otro momento de la pandemia, en otra colectividad hermana Las Siemprevivas me contaron acerca de su historia colectiva que era proyecto colectivo relativamente nuevo, llevaba meses cuando llegó la pandemia. En esos pocos meses previos su propuesta política de acompañar y hacer memoria colectiva desde el bordado había convocado y hecho sentido simbólico a muchas mujeres, sobre todo a las madres en lucha por justicia y memoria para sus hijas. “La manta de la memoria” de la que hablamos en el capítulo anterior se había comenzado a bordar y fue un símbolo en el marco de la marcha del 8M del 2020, la marcha histórica por la cantidad de mujeres que salieron a caminar las calles y avenidas en este país.

Posterior a ese auge y emoción que provocó la manta que Las Siemprevivas bordaron durante el concierto masivo en el que Vivir Quintana y Monlaferte cantaron “Canción sin miedo” que la colectiva tuvo un primer momento de visibilización política importante por lo menos en CDMX. Mis compañeras Siemprevivas me cuentan:

Entonces vino la pandemia, y fue un gran borrón porque teníamos muchos procesos pendientes que aún seguimos teniendo. Ese año fue un gran misterio porque hubo un momento en el que algunas nos alejamos y había cosas a las que no podíamos sumarnos, la fuerza gravitatoria de la colectividad no era en ese momento una prioridad para algunas (Entrevista a Las Siemprevivas, agosto 2021).

Durante la pandemia la violencia feminicida no cesó, al contrario, las casas y las calles seguían siendo los primeros espacios de violencia feminicida. Como mencioné en el cuarto apartado del capítulo anterior, incluso como política pública el gobierno instauró la ley seca para que el acceso al alcohol no fuera una causa más de violencia intrafamiliar y también

surgieron números de atención a la violencia familiar para poder canalizar y proteger a la mujer que necesitara salir de su hogar por la violencia. Durante la pandemia los feminicidios continuaron, así como la desaparición de mujeres, y también las luchas por justicia, verdad y memoria de las madres y sus familias no cedieron el paso al olvido y el carpetazo de los procesos. La justicia apremia en este país con o sin pandemia, la lucha por justicia aquí no para. La *desesidad* de acompañar y sostener la lucha por justicia y memoria a las madres como acompañantes también pasó por cambios importantes. El primer año de la pandemia Las Siemprevivas consolidaron su trabajo colectivo siendo acreedoras de un apoyo del Observatorio Ciudadano Nacional del Femicidio para continuar con su proyecto de acompañamiento y acuerpamiento a los procesos de búsqueda de justicia. Este financiamiento y proyecto potenció significativamente a la colectiva, puesto que hacer memoria y tramados de cuidados nunca dejó de ser un aspecto central de trabajo colectivo.

En un pad colaborativo le hice unas preguntas a mis compañeras Siemprevivas acerca de cómo se tuvo que sostener el trabajo de acompañamiento durante la pandemia, sobre todo en les pregunté acerca de cómo cambiaron las formas afectivas de tramarse y ellas me respondieron:

Desde abrazar nuestras vulnerabilidades. Saber reconocer que algunas no estaremos presentes, que habrá amigas que tendrán que atender principalmente sus necesidades, trabajos, pero seguir caminando desde el amor, la disponibilidad, empatía.

Ha cambiado mucho pero también nos ha dado un golpe de realidad en donde podemos ver que aun en medio de esta pandemia las madres siguen luchando de tantas formas, que para ellas no existe obstáculos en su lucha por verdad y justicia, ha sido también el dar cuenta de la crudeza de la indolencia del Estado. Ha implicado cambios en nuestra forma de colectivizar porque podemos hacer cuerpo en nuestros espacios, la virtualidad nos ha tratado de quitar esa experiencia pero nosotras insistimos desde la imaginación en configurar nuevas formas de acompañar(nos) a la distancia.

Ha sido un reto comprender que nuestras realidades son diversas y nuestras posibilidades de accionar están en constante cambio. (Texto Colaborativo en Pad con Las Siemprevivas septiembre-noviembre 2021).

También durante la pandemia fue que pude entrever y comprender la cantidad de tiempo y energía que habíamos sacado a las calles en años anteriores y cómo esa fuerza

gravitaroria de la que hablan mis compañeras más arriba se quedó en suspenso, no dejó de existir, la rabia, el dolor, la lucha, la potencia de las madres y de lo colectivo seguía guiando nuestros días aunque ya no nos encontrábamos cotidianamente en las calles. Esa potencia seguía acumulándose, y cuando pudimos volver a salir, poco a poco con cubrebocas, con todo los cuidados se siguió exponenciando. Me da mucho gusto decir que durante la pandemia Las Siemprevivas se consolidaron como una colectiva que pudo sostener una trama de cuidados y de trabajo de acompañamiento que hoy día tiene muchos proyectos por venir. En 2021 la colectiva Siemprevivas también accedió a otro fondo de financiamiento para el trabajo colectivo, siempre autónomo. Y estas nuevas condiciones de trabajo trajeron consigo preguntarse acerca de cómo podemos velar por nuestros cuerpos y nuestros afectos siempre en primera línea en las calles. En una entrevista a Fer Montiel ella me dijo:

Una amiga me decía que ojalá algún día encontremos la posibilidad de sostenernos dignamente y que sigamos haciendo lo que hacemos y no nos insertemos totalmente a un mundo que no nos interesa. Creo que ese es un tema muy evidente, porque la violencia económica nos atraviesa constantemente. Y luego vienen otras cosas que son difíciles de reconocer porque tenemos bien encarnado esta sensación que tenemos que ser y ser todo, totalmente todo el tiempo sin detenernos y sin reconocer que a veces no podemos, o que estamos cansadas o que necesitamos otro apoyo porque queremos ser la mujer maravilla que todo lo puede, y ni si quiera ella lo puede todo. Los otros costes de acompañar con el tiempo y con la pandemia los hemos empezado a pensar, últimamente el tema del tiempo ha sido muy importante le decía a Ale: que ojalá un día un dure cuarenta horas, para tener chance de poder hacer todo lo que queremos hacer. Y eso tiene que ver también con nuestro proyecto de vida (Entrevista a Fernanda Montiel, enero 2022).

La pandemia nos quitó muchísimo, más de lo que hoy podemos identificar. Nos quitó por meses la posibilidad de hacer cuerpo colectivo juntas en las calles, de vernos y reconocernos frente a frente. Pero nosotras no nos desvinculamos, pienso que una vez adelgazada la piel la cercanía producida como cuerpos extensos e imbricados vitalmente era difícil de perder, era difícil que la piel se volviera a acorazar. Tuvimos que aprender a reconfigurarnos, tuvimos que aprender a estar juntas a la distancia, tuvimos que aprender a

abrazar el miedo y la incertidumbre, pero sabíamos que había una familia extensa, una trama de cuidados y sostén afectivo que nos esperaba.

Este apartado fue considerablemente más breve que otros, pero consideraba que era necesario hablar un poco del cambio que implicó en el trabajo colectivo de acompañamiento hablar de esos afectos atravesados por la confusión, el miedo, la incertidumbre y la precariedad. También pienso que el que sea corto habla también de como las energías de difuminaron, pero no dejaron de existir, se replegaron hacia otros espacios, hacia algo más íntimo tal vez, hacia sostener hacia adentro los procesos y así volver a salir como un gran relámpago, con una fuerza que en su brillo que pueda seguirnos guiando y convocando a juntarnos.

En el siguiente y último apartado de esta tesis hablaremos de cómo hemos tenido que sostener el trabajo de acompañamiento y los afectos en medio de una guerra contra la vida en nuestro país. Recordemos la pregunta que hacía al inicio del capítulo ¿cómo se está reproduciendo la vida comunitaria y colectiva en un país fosa? ¿qué estamos sosteniendo, qué estamos soñando, qué estamos reconfigurando y relanzando de doble forma hacia el presente y hacia el futuro con nuestras tramas de acompañamiento en medio de este contexto de militarización?

3.4 Sosteniendo la vida en un México en guerra: trabajo de acompañamiento y prefiguraciones políticas desde la piel delgadita

Venimos de lejos, venimos viajando. Un día nos subimos a un autobús en el que iba la dignidad de una tierra que alguna vez fue la nuestra. Olimpia custodiaba ese viaje, íbamos en un autobús lleno de mujeres que eligieron vivir defendiendo la dignidad y la memoria. Caminos difíciles, tierras minadas: no venimos de ahora, aquí están nuestras abuelas y las madres de ellas.

Muchas veces hemos visto al mundo desaparecer y muchas veces nosotrxs lo hemos reconstruido, a pesar de todo...

¡Esta no será ni la primera ni la última vez!

Antes de comenzar formalmente este último apartado de la tesis que hasta ahora estas leyendo querida lectora, me gustaría contarte que llegar a escribir hasta este punto ha sido sumamente difícil y doloroso, es importante nombrar que realizar investigaciones implicadas, así como los procesos de escritura de éstas es particularmente complejo de realizar. Han sido meses con mucha tristeza, miedos, cambios y tropiezos, pero hoy estás por leer un último momento de un proceso que en un sentido personal y colectivo implicó cinco años de afectos, de amistades, de esperanzas, de luchas, de aprendizajes, de cuestionamientos, y es muy probable que esto no se quede aquí. Como nos dijeron las compañeras zapatistas: la consigna es vivir y vivir es luchar. Aquí seguimos y seguiremos hasta que no haya ni una menos. Es en ese tenor y con lo que te he compartido brevemente es que continuo este capítulo.

En este apartado tengo dos objetivos, el primero es retomar el segundo apartado del primer capítulo “Darnos el permiso de la rebeldía: transgrediendo el cuidado como mandato al acompañamiento como una forma de subversión política entre mujeres” esto para terminar de tejer finamente mi propuesta del *trabajo de acompañamiento como un trabajo que crea y sostiene* en medio de la guerra en este México feminicida. Y el segundo objetivo es tratar de entender qué prefiguraciones políticas y potencialidades colectivas se están produciendo hoy día en mi país, prefiguraciones que en esta tesis particularmente se ejemplifican y materializan en tramas de mujeres que ponen en el centro el cuidado colectivo para luchar por la vida y la posibilidad de estar *siempre vivas*, como una promesa transgeneracional del presente hacia el futuro.

En el primer capítulo dije que acompañar es una noción-gesto que nos permite disputar contidianamente y así subvertir el mandato de asumir los cuidados desde la desesidad vital de estar y cuidarnos entre nosotras. Es una posibilidad de reproducirnos a nosotras mismas como mujeres y cuerpos disidentes, sostener nuestras vidas materiales y simbólicas, dotar de significados a esta práctica desde el estar y el construir juntas.

Por otro lado, en este mismo capítulo en unas páginas más atrás, al hablar del *trabajo de acompañamiento* propuse entender el trabajo de acompañamiento como un trabajo de reproducción de la vida que construye vínculos, busca crear y producir una capacidad política

que pueda gestionar las desigualdades y las jerarquías para horizontalizar las relaciones. Es una acción siempre de ida y vuelta, es un *trabajo que crea y sostiene*. Creo necesario verlas juntas para entender cómo se vinculan entre ellas, teniendo entre ellas una diferencia de tiempos (tres meses) en las que fueron escritas y pensadas.

Leyéndolas en un mismo párrafo pienso en las palabras que Alejandra me compartió durante una de las entrevistas que realicé con Las Siemprevivas. Ese día hablabamos de cómo nosotras elegimos constantemente desde la desesidad vital de luchar por nuestras vidas, como cuerpos extensos, el poner el cuidado en el centro y muchas veces desde ciertos espacios se nos criticaba porque, junto con las madres, hablabamos también de apostar por estar juntas desde el amor y no desde la rabia, pensando el amor como eje de articulación de cuidados y afectos. Alejandra dijo:

Cuando dicen no, no, no, desde el amor no porque nos han obligado a sentir amor, yo digo sí porque el amor es nuestro. Si ahora decimos que desde el amor no es que nos arrebataron esa fuerza desde la que hemos construido tanto toda la vida, todas nuestras ancestras, han construido desde eso, hacerlo a un lado es ignorar todo eso que ellas hicieron desde se lugar y me parece muy fuerte, se me hace muy patriarcal hacer eso (Entrevista a Las Siemprevivas, octubre 2022).

Si leemos las palabras de Alejandra a la luz de las dos nociones o momentos anteriores puede dar pie a entender varias cuestiones:

La primera es reconocer como un acto de rebeldía que cuidarnos desde el amor y el cariño es un acto político que hoy día, en medio de la guerra, tenemos que recuperar en un sentido de darle su lugar vital y político al amor con el que nuestras ancestras cuidaron, en tensión constante con el mandato de los procesos jerarquizantes de las imbricaciones históricas entre capitalismo-colonialismo-patriarcado sobre sus cuerpos. Es necesario reconocer que el cuidado de la vida y la reproducción colectiva necesita de esos afectos que puedan convocar y formar parte de un repertorio simbólico para continuar con las luchas, y eso no nos hace menos antipatriarcales, al contrario.

Un segundo momento es identificar también que a lo político le falta suavidad. A esto me refiero con que le falta la ternura con la que nosotras hemos optado por cuidar y recuperar los bordados, por ejemplo, o tomar el té juntas, recuperar el sanar colectivamente como momentos en el que se comparten risas, llantos, música. Cuando digo “a lo político” me

refiero justamente a lo que Rita Segato hace alusión en su libro *La guerra contra las mujeres*: los procesos coloniales y patriarcales han instaurado un mundo en el que se ha creado -de forma simbólica y en los hechos- una dualidad en el que en el espacio público habitado por hombres con sus formas de hacer política (los negocios, la parlamentación y la guerra) no incluye por ningún motivo el otro espacio al que se le llama “lo privado”, que es el espacio habitado por mujeres (Segato, 2016: 94) y disidencias.

Como decía en el capítulo anterior, así como la guerra no tiene rostro de mujer la justicia tampoco lo tiene, y de la misma forma la política en su sentido moderno liberal tampoco lo tiene. Y ese no tener rostro de mujer quiere decir que no contiene tampoco las formas de hacer política que se han producido fuera de esa esfera del BBVAH, a lo que Amaia Pérez llama el “Sujeto blanco, burgués, varón, adulto, con una funcionalidad normativa, heterosexual” (Pérez, 2014: 39).

La piel delgadita pensada como esa capacidad política de gestionar la forma en la que nos dejamos afectar y afectamos al mundo tiene que ver con ese mundo suave pero contundente de acción política que disputa espacios y sentidos al otro mundo acorazado. Recupero un tweet que leí hace poco de una amiga que decía “Restituir los afectos. Cuidar, sanar, cultivar nuevas y mejores relaciones. Confabular, afiliarse. Pensar los cuidados como prácticas de reparación de aquello que ha sido lesionado” (laurilla_delmar, 8 octubre 2022) y es esto mismo a lo que me refiero. El restituir los afectos como eje central de acción es un trabajo arduo, como el *trabajo de acompañamiento* que subvierte no solo el mandato, sino que reconoce que tramarse y cuidarse de formas novedosas como un trabajo se vuelve promesa de vida colectiva, digna, amorosa, potencia la forma en la que nos vinculamos para salir a las calles para sostener procesos políticos de largo aliento.

Y esto nos lleva a pensar en las formas en la que nosotras estamos tratando y aprendiendo siempre de subvertir de forma rebelde el mandato. Hemos reconocido el cuidado como un mandato y transitado a entender al cuidado como una *desesidad*, esto nos ha dotado de la rebeldía de poder decir hoy: nos cuidamos y reproducimos la vida porque precisamos de ello para perdurar, para continuar con esta necesidad de seguir *siempre vivas*.

Nosotras hemos identificado esos mandatos en casa, observando a nuestras abuelas, a nuestras madres, a las mujeres de nuestras vidas, escuchando las historias de las mujeres de alrededor y los mandatos que las atravesaron. Pero también en estos últimos años en este país

nos tocó a varias generaciones de mujeres recuperar los gestos de ternura que esas mujeres trabajadoras que reproducían la vida en sus comunidades y familias para así nosotras hoy cuidar y sostener la vida en esta guerra ampliada contra nuestros territorios en el que los cuerpos y vidas de las mujeres están siendo particularmente violentadas.

Fer Montiel me ha compartido varias veces acerca de cómo ella aprendió a poner el cuidado en el centro viendo a su madre cuidar de otras madres como una consigna política de compartir comida, dar techo y cariño a quienes buscan a sus hijes en este país:

[...] la manera de acompañar de mi mamá a las madres buscadoras era que cuando ellas tenían que venir a pelearse con medio mundo se quedaban en nuestra casa, y no lo dimensionábamos porque estábamos todo el día con ellas. La forma en la que mi mamá las acompañaba era comiendo juntas, cenando juntas. Y recuerdo a mi mamá escucharlas, y las madres siempre le decían que no habían compartido con alguien así. El acompañar lo entiendo así porque lo vi en mi mamá, y lo veía en sus ojos y como les hacía de comer, para mi mamá era importante compartir con ellas (Entrevista a Las Siemprevivas, octubre 2021).

He tratado de redondear el primer objetivo de este apartado, pero ahora quiero hilarlo con un tema que falta y que mencioné brevemente tanto en la introducción como en este capítulo y creo importante retomar aquí que es la idea de *parentescos raros* de Haraway. En varios momentos he mencionado el vínculo que hemos producido en el que nos reconocemos cercanas, importantes unas a otras, incluso nos consideramos como familia extensa, diferente, rara pero amorosa y cercana.

Para Haraway los *parentescos raros* tienen que ver con entender que nos necesitamos recíprocamente en colaboraciones y combinaciones inesperadas. Devenimos (existimos) con las otras de manera recíproca o no devenimos (existimos) en absoluto. Como en esta guerra contra la vida y contra nuestros cuerpos. Este tipo de sistema de gestos y formas de hacer juntas es material, es siempre situada, en algún lugar o lugares ubicuos, en lugares lejanos unos de otros, es enredada y terrenal (Haraway, 2020: 24), es una forma de hacer la *piel delgadita*.

Ahora bien ¿por qué transitó de hablar del trabajo de acompañamiento y de la subversión rebelde de nuestras tramas de cuidados como prefiguración política para luchar por la vida terminando por hilarlo a la noción de parentescos raros de Haraway?

Pienso que la producción de la *piel delgadita* y la producción de *parentescos raros* son formas de lo político que vemos en las calles y que nos dan luz acerca de desesidades vitales, tanto materiales como simbólicas para “seguir con el problema”. Es decir, es importante asumir que hay una guerra contra la vida y entender que, aunque es impuesta sobre nosotras, es una desesidad vital luchar por la vida que hoy tenemos y la vida que queremos que venga. Reconociendo esa desesidad nosotras hemos creado posibilidades otras, produciéndolas y materializándolas colectivamente.

Nosotras producimos ambas formas políticas desde una práctica concreta que es el acompañamiento que se ha vuelto una forma de trabajo que sostiene la vida y reproduce posibilidades para sostenerla simbólicamente y materialmente de formas novedosas, fuera de las casas, en las calles, en las pieles, en los vínculos que se procuran. Hemos sido capaces de disputar no solo sentidos sino también espacios concretos, como la Glorieta de las mujeres que luchan²¹, y el poder salir a las calles y a los tribunales a nombrar a las que nos faltan, juntas.

Tratando de responder a la pregunta eje ¿cómo se está sosteniendo la vida en un país en guerra? Para seguir profundizando y complejizando es preciso hablar de una clave que me falta desarrollar y que es importante para este apartado y poder seguir con lo que nos toca, necesitamos hablar brevemente de la guerra ampliada contra la vida.

En la introducción hablé de la guerra en México, en específico de la feminización de esta guerra y de los efectos de la militarización sobre nuestros cuerpos-territorio. Sin embargo, aquí me gustaría ampliar la perspectiva y entender cómo es que sostener la vida y reproducir las tramas colectivas en medio de una guerra sumamente compleja que atraviesa la vida toda es un trabajo, y no solo eso, sino una actividad que funge como una prefiguración política de futuros posibles que se producen y se crean en el presente sentando bases, sembrando futuros desde ahora para lo que queremos que suceda en unos años.

²¹ En septiembre 2020 el gobierno de la CDMX quitó la estatua de Cristóbal Colón de la glorieta en la que se encontraba sobre Avenida de Reforma. En el lugar un grupo de madres y mujeres organizadas pusieron la figura de una mujer alzando su puño izquierdo en señal de lucha y se le llamó “La Glorieta de las Mujeres que Luchan” lugar en el que varias veces se ha convocado a eventos, mítines, juntanzas de bordado, espacios de reflexión y rituales para recordar a nuestras compañeras. El gobierno de la CDMX ha querido imponer varias veces una estatua que ha sido ampliamente rechazada, en la actualidad se acordó dejar la actual figura y que el espacio de la glorieta siga siendo un lugar en el que las mujeres de la CDMX y del país se reúnan.

Este es un camino de largo aliento, pero nuestro deseo es que podamos verlo materializado también, nosotras creemos que hemos visto destellos de ese futuro, sobre todo deseamos que quede huella de lo que hemos hecho, que la memoria colectiva y la genealogía de los cuidados siga expandiéndose y transformando este mundo y un día solo sean recuerdos de lo que fue, y de lo que ya no será.

¿Qué entiendo por guerra ampliada contra la vida?

Es difícil escribir qué entendemos por guerra ¿cómo le explicamos una guerra a les niñas? O, si tuviéramos que contarles a las que vienen y no han nacido aún acerca de lo que estamos viviendo hoy día, ¿cómo le haríamos?

La guerra es miedo, es dolor, es muerte, la guerra es despojo, es exterminio, es saqueo, es tala, son desapariciones, son feminicidios, la guerra es todo lo que se nos ha impuesto, a la guerra no la pedimos, nos la impusieron, y nos hacen creer que la vida es esto. A lo que me refiero con guerra ampliada contra la vida es que la guerra es una lógica de muerte, es un lenguaje que se impone y se expande trastocando la forma en la que habitamos el mundo, trastocando toda forma de vida, los territorios y nuestros cuerpos por extensión. La guerra ampliada contra la vida es una capa más que se une a la multiplicidad de capas que han puesto en crisis la reproducción de la vida en este país.

A la guerra ampliada contra la vida la entiendo como el despliegue neoliberal impuesto por el Estado de lógicas y dinámicas que necrotizan los tejidos de la vida a través de procesos continuos, simultáneos, ubicuos y sistémicos (Gago, 2020: 19). La necrotización es un proceso de lesiones traumáticas que el capitalismo ha impuesto sobre la vida, sobre los cuerpos-territorios mediante violencias continuas y sistémicas a través de formas de intercambio de materia y energía funcionales a la extracción capitalista. Y al mismo tiempo van fracturando las capacidades de autoregulación de los pueblos, de los cuerpos, de los organismos vivos, del territorio y de la vida toda (Linsalata y Navarro, 2021). Esta guerra ampliada contra la vida tiene entonces como consecuencia *una muerte doble*, “una muerte que rompe con el ciclo de la vida, porque después de ella ya no sigue la renovación de la vida, sino la extinción” [Linsalata y Navarro, 2021 (Haraway, 2019)].

¿Cuándo nos dimos cuenta que había una guerra? Hablando con mis compañeras Siemprevivas acerca de ese momento que pudimos entender que vivíamos en un país en guerra Fer Montiel me respondió:

Es imposible no ver. Es imposible *desver* lo que está pasando en México, una vez que te das cuenta de la violencia ya no la puedes dejar de ver. Bordar en el espacio público es aferrarnos a que deje de existir la desmemoria, curarnos de desmemoria como dice Francesca Gargallo. Cuando vemos la violencia y lo que implica en nuestra historia de vida no la podemos dejar de ver. Luego accionamos para evitar la desmemoria, tenemos la convicción de nombrar y poner un pedacito de esperanza para que no vuelva a suceder. Y hemos entendido que estamos habitando un país sumamente hostil y sumamente violento de muchas formas (Entrevista a Fer Montiel, noviembre 2021).

¿Por qué hablo de la guerra ampliada contra la vida y cómo la entiendo en relación con el trabajo de acompañamiento?

La guerra ampliada contra la vida ha sido ese primer momento de reconocimiento de la vulnerabilidad letal diferenciada dependiendo del cuerpo que habitemos, recordando la discusión que tuvimos el capítulo anterior con Butler y Gil. Como les decía en la introducción, algunas de nosotras mujeres jóvenes acompañantes aprendimos lo que es la violencia feminicida en las calles, escuchando las noticias de mujeres de nuestras edades siendo asesinadas en nuestras ciudades, en nuestros municipios, siendo desaparecidas en las mismas calles que nosotras caminamos en el día a día, y en medio de todo eso hemos optado por cuidar y sostener la vida caminando a lado de las madres que han luchado incansablemente por sus hijas.

La guerra ampliada contra la vida nos ha mostrado que no podemos seguir así, que este mundo del horror no lo queremos vivir, que queremos otra cosa y tenemos que producirla para asegurarnos que suceda.

La prefiguración de mundos nuevos y de posibilidades otras se insertan en un doble momento. En un momento de emergencia y de violencias constantes que nos hacen estar alertas para cuidar la vida en medio de las cenizas y el fuego de la guerra. En un segundo momento el de tratar de encontrar espacios de construcción para recapitular lo andado y lo creado, entender lo que hemos logrado y recobrar fuerzas. Esa es nuestra vida cotidiana y en esa cotidianeidad sitiada por la guerra ampliada se está sosteniendo la vida en México, muchas personas y colectividades realizan esa tarea. Esta es la vida cotidiana en la que se sostiene la vida en medio de las cenizas de la guerra.

Hablo aquí de vida cotidiana para recuperar el hilo de una discusión que esboqué en el apartado anterior: la crisis de la reproducción de la vida. En ella retomé a Amaia Pérez y ahora quiero abordarla desde la mirada de Silvia Federici en su capítulo *De la crisis a los comunes. El trabajo reproductivo, la tecnología, el trabajo afectivo y la transformación de la vida cotidiana*. En este texto de nuestra maestra Federici me gustaría terminar de profundizar y responder a la pregunta ¿cómo se está sosteniendo la vida en medio de la guerra en México?, pregunta con la que me gustaría ir cerrando este capítulo y por lo tanto esta tesis.

Federici inicia el capítulo mencionando que la vida cotidiana es el principal terreno de cambio social, y este campo ha sido uno de los espacios de largo debate político. Ella recupera al sociólogo Henri Lefevre quien decía que la cotidianidad y la vida cotidiana habían sido olvidados por las ciencias sociales cuando en realidad debería de ser uno de los principales campos de investigación acerca de la vida de lxs trabajadores y lo que sucede en ella (Federici, 2020: 251). Pero Federici también enfatiza que quienes en realidad le dieron profundidad y contenido a entender la conformación de la vida cotidiana en las sociedades fueron los movimientos de mujeres.

Desde una perspectiva feminista se reconoció que la vida cotidiana no es solo un conjunto de eventos, actitudes y experiencias genéricas a sistematizar y entender, la vida cotidiana es una “*realidad estructurada*, organizada en torno a un proceso de producción específico, la producción de seres humanos, que como señalan Marx y Engels, es «el primer hecho histórico» y «una condición fundamental de toda historia»”. (Federici, 2020: 252). Esa vida cotidiana es una realidad estructurada que actualmente se organiza en el marco de la producción capitalista mediada por procesos jerarquizantes de violencia y subordinación del ensamblaje capitalista-patriarcal-colonial que producen guerras no solo las intensifican, sino que las amplían sobre todas las formas de vida en el planeta.

Recupero a Silvia Federici y su capítulo acerca de la crisis permanente porque me es importante hablar y explicitar que ésta existe en muchos espacios del planeta y se vive diferente dependiendo del cuerpo que habitemos y también del cachito de mundo en el que tratemos de existir.

Pienso en las palabras de María Galindo en el texto que recuperé anteriormente de “Las cinco pandemias que azotan al culo del mundo” y ella explica por qué llama a latinoamérica o a su país, Bolivia, el culo del mundo y ella refiere a la capa colonial que

cubre nuestros países. Y aunque ella hablaba específicamente de la pandemia (Galindo, 2020: 11) me hace sentido pensarlo en relación a las guerras extractivas en nuestros países, específicamente en México esta guerra neoliberal ni siquiera se ha querido aceptar como guerra por los gobiernos que la han gestionado, en la que el Estado ha desplegado año con año cada vez más cuerpos militares, en la que los costes de la vida perdida en esta lógica bélica han sido sumamente cruentos y dolorosos. Y es así como pienso la vida cotidiana en crisis desde esta tesis, vivimos en una cotidianeidad en guerra, vivimos una vida cotidiana en un estado perpetuo de ira y confusión.

Y ahora que entrevemos esa cotidianeidad de la ira y la guerra podemos seguir preguntándonos, ¿cómo sostenemos la vida en esta vida cotidiana de guerra neoliberal?

En el primer apartado del capítulo les contaba de la doble o triple jornada que las madres, y que nosotras como acompañantes tenemos al sostener nuestras vidas diversas y a la par apostar por el trabajo de acompañamiento para luchar por justicia. Dialogo con Federici quien plantea que a causa de las dobles jornadas o las largas jornadas laborales para muchas mujeres la vida cotidiana se ha convertido en una crisis permanente (Federici, 2020: 258), por la precariedad generalizada en la que la posibilidad de futuro se vuelve una problemática central (Federici, 2020: 259).

En medio de esta vida cotidiana en estado de guerra y confusión nosotras apostamos por sostener la vida desde el trabajo de acompañamiento en el que ponemos el corazón y el cuerpo, por eso es importante para nosotras hablar de esto que hemos hecho y sobre todo de lo que hemos decidido construir con las madres quienes se han volcado a las calles por sus hijas. En en el Pad colaborativo les pregunté a Las Siemprevivas acerca de la importancia política de nombrar el acompañamiento como trabajo y qué potencialidades tiene este hacer colectivo en el contexto de nuestro país:

Visibilizar las luchas de las madres que el estado ha decidido ocultar. Entender lo que se puede hacer desde nuestras historias, desde los hilos, agujas. Desde el acompañamiento político.

Mostrar que las mujeres hemos cuidado y acompañado como una forma de hacer política entre nosotras, es un grito también frente al Estado, desde e cual les decimos "No estamos solas, ahora caminamos juntas". Es tejer una red donde las familias sientan un respaldo amoroso y comprensivo, en donde nosotras mismas sepamos que caminamos juntas esta

lucha antipatriarcal que tranforma el dolor continuamente y dibuja sonrisas en nuestras vidas como otra forma mas de resistir a la guerra.

Texto Colaborativo en Pad con Las Siemprevivas septiembre-noviembre 2021.

A la pregunta ¿cómo sostenemos la vida en medio de la guerra? No hay una repuesta, hay muchas. Las tramas de cuidados y acompañamiento son una, pero también lo es lo que esas tramas producen: memoria colectiva, prácticas de justicia, pieles delgaditas, parentescos raros y un sinfín de otras formas de producir ese común que nos hila y nos ayuda a trazar caminos, a encontrarnos.

Ese común que nos hila es la lucha por la vida, por la vida que corre por nuestras venas, la vida que sigue palpitando en esta tierra y la que sabemos que viene, ese común que nos hila es la promesa de algo más, de la posibilidad de ese mundo en el que ningún hijo esté desaparecido, en el que ninguna hija sea asesinada. Mina Lorena Navarro recupera a Amaia Pérez en una cita que dice: “la vida es vulnerable y precaria, por lo que no existe en el vacío y no sale adelante si no se cuida; la vida es posible, pero no ocurre siempre y en cualquier circunstancia. El cuidado que convierte una vida posible en una vida cierta es siempre en común” (Pérez en Navarro, 2016: 19).

Enfatizo que ese común que nos hila y el que nos hizo reconocernos en Lesvy, en Aideé, en Zyanya, en Campira, en Yang, en Mariela, en Mariana, en Dianita, en muchas mujeres y niñas es el cuerpo-territorio extenso del que somos parte. Reitero que asumirnos cuerpos extensos y entender esa dimensión expansiva de nuestros cuerpos es una clave de afección crucial en la actualidad para entender que la lucha contra los feminicidios, contra las desapariciones, contra los extractivismos y los despojos, contra toda forma de violencia que necrotiza la vida es luchar por nuestros propios cuerpos y por la posibilidad vivir y morir dignamente en este país, en este planeta.

Es preciso entonces identificar aquello que nos une y nos vincula y así tratar de entender que “lo común es posible a través de un proceso colectivo que lucha por su constante re-creación” (Navarro, 2016: 24). Es así como la lucha de las mujeres y disidencias está generando tramas complejas, renovadas y diversas en la que retoma la necesidad de los cuidados y de la reproducción de la vida como ámbito central de la puesta en común colectiva de esa forma se encuentran actualizando “prácticas sociales preexistentes, o heredadas, de

producción de comunes; o bien, ampliando la gestión comunitaria hacia ámbitos que anteriormente no estaban regulados de esa manera” (Navarro, 2016: 24).

El trabajo de acompañamiento es una de esas formas renovadas en las que hemos gestionado el trabajo colectivo, que actualmente nos enreda en el bucle de la emergencia ante la crisis de la reproducción de la vida en medio de la guerra, pero potencialmente nos ha dotado de otras capacidades políticas para disputar material y simbólicamente la justicia y la memoria.

Silvia Federici nos pregunta: ¿cómo remendar los tejidos sociales de nuestras vidas y transformar el hogar y el barrio en lugares de resistencia y reconstrucción política? Dos de esas posibilidades se encuentran en la producción de la *piel delgadita* y de *parentescos raros* que juntas dan pistas del tipo de vínculos y prefiguraciones del mundo que estamos construyendo hoy por las que vienen después.

Como última recuperación del trabajo de campo realizado para esta tesis, quiero evocar palabras de mi sabia y querida amiga Siempreviva Aurora, que me compartió generosamente:

Algo que he aprendido de las Siemprevivas es la esperanza, soñar que otro mundo es posible si estamos juntas. También he aprendido que estos espacios te pueden lastimar, en estos espacios hay que cuidar más al corazón. Podemos seguir soñando en habitar sin miedo, y habrá momentos tristes, pero estamos juntas, creo en la esperanza de las mamás, nunca soltarnos y no olvidar que tenemos que cuidarnos entre todas. Siempre he dicho que dejé mi corazón y mi cuerpo en esos juzgados horribles, pero las mamás me han acompañado. Es fea la vida en estas condiciones, pero sería más fea si no estuviéramos juntas. (Entrevista a Aurora González, enero 2022).

La prefiguración colectiva que se materializa en los vínculos entre las madres, las familias y nosotras mujeres que hemos apostado por afectarnos y afectar tiene en su centro una fuerza gravitatoria simbólica importante: la esperanza. La esperanza, como decíamos en el segundo apartado, ya la hemos visto materializada en logros concretos, en espacios de encuentro y en gestos como los abrazos o las muchas formas de estar juntas y esas deben de seguir siendo guías que nos permitan seguir andando en los caminos que siguen.

Una imagen del horror en este país es pensar que hay familias, hay mujeres, hay madres, hay muchas personas que transitan y caminan solas el dolor de lo que la guerra en este país les ha arrebatado. Hay muchas tramas que se han roto pero poco a poco, pasito a pasito las madres y familiares que se han agarrado de las manos, que se han sostenido en el dolor, en la rabia y en la alegría nos han enseñado que no estamos solas ni solos, no estamos todas ni todes, pero no estamos solas como dice nuestra compañera y maestra de lucha Araceli Osorio.

Quiero cerrar este capítulo compartiéndoles un poco de las palabras que Araceli Osorio dijo en un conversatorio en contra de la militarización en México. Prefiero terminar con palabras de Ara porque todo esto que he escrito, que he pensado, que he compartido aquí han sido aprendizajes y afectos compartidos de forma colectiva y corporal con las madres y mis compañeras, no habría llegado hasta este punto de mi investigación sin sus palabras, sin sus conocimientos y sin lo que ellas nos comparten, y sin la confianza y el amor que hemos construido juntas.

En un país en guerra, en un país en llamas, en un país como así nosotras lo único que decimos es que estamos aquí y ponemos el corazón, ponemos el amor, la esperanza por la vida por otra vida, porque no vamos a aceptar jugar un papel en esta guerra, porque no es nuestra guerra. Porque nosotres lo que apostamos es a la vida, como han dicho nuestras hermanas “nuestra lucha es y será siempre por la vida”. Y no, esta guerra no nos pertenece, esta guerra está aquí, nos toca, nos interpela, nos cuestiona, nos obliga a organizarnos, pero no es nuestra. Lo que sí es nuestra es la solidaridad, el cariño por quienes son como nosotras. Con ellxs queremos caminar, queremos transitar el dolor, organizar la rabia y defender la alegría por la vida, por el conocimiento. La alegría por el acompañamiento, la alegría porque estamos aquí y ahora, de lo que se trata es de construir y sembrar para el futuro y claro que no, no aceptamos que nos metan en esta su guerra.

Para eso necesitamos seguirnos nombrando, reconociendo, tomando de la mano para caminar juntas con quienes sea posible, con quien en este momento este dispuesta a caminar de verdad, a caminar honestamente, sin hacernos menos, sin vernos como más, solo como lo que somos: personas que un día dijimos no, que dijimos un día basta. Personas que dijimos sí se puede construir un mundo mejor en medio de su

guerra, con el corazón abajo y a la izquierda. Porque vivas estamos vivas, libres y sin miedo, así nos queremos. Esa es la invitación a vivir viviendo por las que ya no están, con la promesa de que otro mundo mejor es posible y para eso están aquí nuestras presencias, nuestro cariño y nuestra esperanza toda (Araceli Osorio, 11 de octubre 2022).

Esta piel delgadita, esta capacidad de sentirlo todo, de sentir mucho es nuestro sostén material y simbólico para seguir luchando por verdad, memoria y justicia. Nosotras seguiremos procurando que ser vulnerables no nos cueste la vida, porque la vulnerabilidad es un derecho colectivo, y nosotras estamos aquí para sentirlo todo, juntas. Nosotras seguiremos luchando por seguir *siempre vivas*, y las que nos faltan seguirán *siempre vivas* a través de este cuerpo colectivo extenso. Hasta que no haya ni una menos, nunca más, porque cuidando(nos) nos vinculamos.

Reflexiones finales:

¿Quedará mucho? ¿Cuánto tiempo falta? Las niñas de hoy, que serán las mujeres del futuro preguntan ansiosas: ¿faltará mucho? [...] queda esa ardua labor de elaborar el recuento de los daños. Marina Azahua.

La piel se nos adelgazó y el corazón nos quedó al descubierto, esa fue una posición o elección política, porque poder ver y ser vistas al corazón se convirtió en un salvaje acto de amor que insiste entre nosotras y en el nombre de nuestra amistad. Sabemos que lo que hacemos hará que este sea un lugar más seguro para todas. Por nosotras y por las que vienen. Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio.

Me queda tanto por decir, sin embargo los tiempos vitales, los tiempos de la lucha, los tiempos del trabajo colectivo, los tiempos de sanar y los tiempos de la academia son muy distintos unos de otros. Ahora es el tiempo de cerrar esta tesis y transitar a otra cosa. ¡Qué difícil ha sido este proceso, pero también qué potente ha sido escribirlo! Siento que no lo escribí yo sola, me acompaña mi abuela Silvina, me acompaña Ber, me acompaña Zyany, me acompaña Mariana, me acompañan Aby y Campira, me acompaña Rubí, me acompaña Marisela, y me acompañan las madres, Ara, Mari, Maggie, la señora Ara, Moni, Paty, Andrea, me acompañan mis hermanas lucha, todas ellas mi familia elegida.

Llegar a este momento fue sumamente difícil, el proceso de investigación y escritura de esta tesis se juntaron con procesos de la vida fuera de la academia que trastocaron profundamente mis afectos, mi vida emocional, mi vida política y la forma misma en la que entendía mi historia familiar. Pero aquí me encuentro tratando de cerrar con amor este texto que contiene memorias colectivas que forman parte de un núcleo importante de fuerza simbólica. Retroceder y recuperar cinco años de trabajo colectivo fue conmovedor, a veces siento que han pasado siglos, a veces siento que seguimos en la campamenta afuera del

reclusorio Oriente, a momentos siento que mi corazón y mi piel se quedaron ahí y estoy tratando de encontrar los pedacitos que dejé en las calles de la ciudad de México.

Haré un intento de puntar brevemente pequeñas reflexiones siempre inacabadas, siempre cambiantes también porque, como bien mencioné en esta tesis, muchas de estas reflexiones se han dado en el camino y por lo tanto van cambiando constantemente. Esta investigación la realicé en una trama colectiva viva, que todos los días sigue creando, sosteniendo procesos, trabajando para proteger la vida, y adelgazando su piel para seguir dejándose afectar y también afectar al mundo en el que vivimos. Estas reflexiones son puntos centrales de la tesis, puntos que hoy día seguimos reflexionando en colectiva, seguimos aprendiendo a acompañarnos y son problemáticas centrales de la capacidad de seguir dándole forma a este proyecto colectivo por verdad, memoria y justicia que surge desde el amor.

Una primera reflexión de lo que aquí traté de hacer es entender la importancia vital de hacer genealogías, o la memoria viva/caliente, como le llama Emanuela Borzacchiolo, y hacer un recuento de lo andado desde lo que se ha desplegado en los últimos años en nuestros territorios, en nuestros cuerpos extensos.

Como se pudo leer en varios momentos de esta tesis: no sabemos los efectos simbólicos que lo que hacemos tiene sobre otros cuerpos, así como lo mucho que les significa este trabajo colectivo a muchas mujeres. A veces sentimos que es muy poco, a veces sentimos que solo hablamos entre nosotras, pero este andar, esta trama de cuidados le ha hecho sentido a otras y otras para tramarse entre sí y sostener esos halos de vida que quedan en este país fosa. Esta tesis es un intento de realizar un acervo, producir sentidos y de no dejar de insistir, porque hay que tomar todos los espacios posibles para hablar de nosotras, para nombrarlas a todas, para nombrar a todas las abuelas, a todas las madres, a todas las que han puesto el cuidado en el centro. Seguimos teniendo la necesidad de dar cuenta de todo lo que hacemos y hemos hecho y no se reconoce en ningún otro lado, pero que sostiene la vida.

Reconozco también que en la dupla que mencioné constantemente “justicia y memoria” o “memoria y justicia” no profundicé ni le di el tiempo y espacios necesarios a la parte de memoria en esta investigación. Reconozco que hablar de memoria tanto en un sentido académico como en un sentido político tiene su complejidad específica, hay muchas formas de hacer y trabajar en torno a la memoria, al construir esta tesis no me centré en el tema de memoria desde lo académico, sin embargo lo menciono tanto porque la memoria

colectiva, el re-memorar a nuestras compañeras, el hacer rituales por su tránsito en este mundo, el bordar sus rostros, el compartir con sus madres sus historias de vida son actos de memoria que, cabe la redundancia, no hemos generado herramientas de hacer memoria de esos espacios hasta ahora quedan en un trabajo de historia oral colectiva y en los textiles que se han realizado.

Por otro lado también es importante hablar de la importancia de trabajos de investigación colectivos, o cualquier trabajo colectivo, que hable de lo que se está haciendo hoy para sembrar futuro son trabajos de memoria. Que quede registro de lo que está pasando en este país, de lo que miles de personas han hecho para que no vuelva a pasar y que eventualmente sean espacios de memoria de lo que no debió ser y que generen procesos pedagógicos colectivos para un futuro sin guerra, un futuro lleno de vida. Esto es lo que hasta ahora pienso que queda sedimentado en esta tesis acerca de la memoria.

Cuando preguntaba ¿cómo es que logramos sostener los procesos de justicia, verdad y memoria? ¿qué se necesita para sostener estos procesos? ¿qué implica sostener estos procesos en el contexto mexicano? Siento que aún no podemos entender lo mucho que se ha tenido que poner en juego, aún no estamos en el tiempo para poder contar y entender a profundidad lo que se ha dado para poder sostener la vida y reproducir las tramas comunitarias diversas en México. Estamos en momento de desarmar la guerra y aunque aún nos falta mucho por andar no lo hacemos solas ni solxs, y en parte esa es una de las conclusiones de las que sí estoy segura: *la piel delgadita y los parentescos raros* son las formas en las que estamos pudiendo encontrar formas novedosas y necesarias para hallar sentidos, para encontrar caminos y prefigurar alianzas que potencialmente están sanando lo roto, que nos están sosteniendo de muchas formas inéditas para seguir caminando juntas/juntes.

Una segunda reflexión es acerca de poner en el centro el ámbito de la reproducción de la vida que está profundamente ligado a la historia de las mujeres y cuerpos feminizados, ha sido una historia o historias que han sido desvalorizadas e invisibilizadas de los espacios académicos. La historia de las resistencias, de las prefiguraciones políticas, la historia de cómo se han sostenido procesos colectivos de largo aliento han tenido en el centro el trabajo de reproducción de la vida de las mujeres, y ha sido un centro gravitatorio negado por la academia. Creo importante recuperar esto que nosotras intentamos hacer en nuestras tramas

colectivas y en nuestras investigaciones por no repetir esta invisibilización del trabajo de reproducción porque es la actividad o actividades que han potenciado nuestra capacidad de lucha y de acompañarnos desde el cuidado.

En ese sentido, es importante recordar que cada momento tiene un carácter doble, así como la reproducción se encuentra en tensión y atravesada por la forma de producción del capital también potencialmente reproduce nuestra lucha. Ese doble momento también se encuentra en la capacidad humana del cuidado. Poner en el centro los cuidados como una capacidad humana por vincularse, afectar y dejarse afectar desde la vulnerabilidad compartida.

La apuesta hoy es reconocer que la capacidad de cuidar una de la otra puede sostener la vida, asegurar nuestra vida y nuestra resistencia y permitirnos prefigurar mundos en los que los cuidados sean compartidos, en los que la vulnerabilidad sea protegida colectivamente. Poner el cuidado en el centro desde nuestros cuerpos feminizados y que se nombran como mujeres es una apuesta política por cuidar la vida, por recuperar genealogías del cuidado y de lo que podemos hacer juntas. Pero también es importante reconocer cuando estamos poniendo en peligro nuestra vida, nuestra piel, nuestra salud mental y corporal cuando los cuidados no son compartidos, este es un tema a seguir apuntalando.

Una tercera reflexión me lleva a hablar del reto que fue crear una noción de *acompañamiento*, porque es una noción que es cambiante. Sin embargo un núcleo importante a recuperar es que desde esta tesis *acompañamiento* condensa un sentido material y simbólico importante acerca de lo que muchas colectividades y redes de mujeres y disidencias están actualmente poniendo en juego desde sus propias geografías y corporalidades.

Pensar en *acompañamiento* hoy nos puede ayudar a pensarnos como seres históricas en el camino a producir prácticas políticas autoreflexivas y también invitarnos a producir desde nosotras, crear nuestras propias palabras y acciones para hablar de nuestras experiencias desde los procesos de reflexión colectivas y situadas en cuerpos específicos, con una historicidad viva, sin ser ligadas para siempre a un cierto modo o a experiencias dadas, sino que recuperamos las relaciones y tramas complejas entre los cuerpos con hábitos, prácticas y discursos concretos siempre diversos y sumamente complejos, sin negar las contradicciones que nos habitan.

Un cuarto momento a reflexionar es el que *acompañar* desde el cuidado es una decisión política, una decisión que corresponde a un momento histórico concreto, a caminos recorridos que nos juntaron y que es contingente. Así como hoy apostamos por *acompañarnos* también es necesario entender que esta actividad que hoy hacemos juntas no nos correspondería ocupar si las condiciones fueran otras, si este momento histórico terrorífico no estuviera ocurriendo en nuestro país contra el cuerpo de las mujeres.

Ara siempre nos dice que debemos recuperar nuestro proyecto de vida fuera de las tramas del *acompañamiento político*, y nos anima a no olvidar que si las condiciones fueran otras nosotras estaríamos en el cine, estudiando, gozando de la vida sin preocuparnos por la violencia contra nuestros cuerpos.

En las condiciones actuales de este país nosotras estamos por una decisión política, lo que implica un desplazamiento disruptivo que da pie a darnos el permiso de la rebeldía y *acompañar* desde el amor, desde el corazón, desde la capacidad de darle forma y gestionar nuestra piel delgadita. Se trata de una capacidad que no siempre ponemos en juego porque a veces sí nos imponemos este hacer juntas como una obligación, pero es el patriarcado hablando desde el mandato aprendido, seguimos tratando de subvertirlo, seguimos tratando de desplazarnos. Ara me compartía el año pasado en una de las entrevistas colectivas: “Creo que es algo con lo que debemos tener mucho cuidado, con esa autoexigencia y con ese sentido de culpa que puede llegar a ser muy fuerte. El activismo desde la ternura, desde el amor, pero también con sus horarios. Poner límites sanos” (Entrevista a Las Siemprevivas, octubre 2021).

Aunado a esta cuarta reflexión, quiero retomar unos últimos puntos: aprender a autoregular colectivamente la capacidad de afección no implica regresar a la desafección, a habitar pieles acorazadas. Pienso que una vez adelgazada la piel no hay vuelta atrás pero la capacidad política de regular y aprender a cuidar esa vulnerabilidad de la piel delgadita es un tema que queda en el tintero, seguimos con la piel sumamente frágil, seguimos sintiendo mucho, todo el tiempo, sin filtros, nos duele, nos hiere, pero es lo que ahorita hemos podido lograr adelgazarla y accionar políticamente desde ella. Una piel delgadita es una decisión de creación colectiva, una capacidad política para habitar el mundo y transformarlo. Queda preguntarnos: ¿qué cuidados colectivos y diferenciados necesitan esas pieles delgaditas?

¿cómo las diferencias pueden influir en este proceso político de adelgazamiento y asegurar colectivamente que no nos ponga en peligro?

Una quinta reflexión es la cuestión de la espiral de las violencias feminicidas y las prácticas de justicia. Quiero recuperar ambas porque si bien aparecen por separado en esta tesis son un tema que aunque no eran nodos centrales de esta investigación, sí forman parte importante de mis reflexiones que giran alrededor del acompañamiento.

En la introducción decía que entiendo a la espiral de las violencias feminicidas como un bucle de violencias que van desde lo simbólico hasta lo material, en la que los cuerpos feminizados son objetivizados y sexualizados tanto en el ámbito público como en el privado, usurpándoles de la posibilidad de decisión de lo que se diga o se haga sobre sus cuerpos. En esta espiral las múltiples violencias estructurales son una constante en la vida de muchas mujeres y niñas, y cuerpos feminizados. Se replican como bucle y se materializa en diversas vidas y cuerpos. Es una espiral porque la violencia se alimenta de otras violencias, de las desigualdades, de las opacidades, de la impunidad, de la violencia producto de la militarización, del racismo, del colonialismo, del despojo y el exterminio. Esta espiral también contiene la imposibilidad del acceso pronto, expedito y digno a la justicia, la verdad y la memoria para las madres y familiares de las víctimas, de feminicidio y desaparición, así como también tiene efectos simbólicos (y materiales) en las comunidades y en quienes habitamos cuerpos feminizados.

Recupero la noción que articulé porque creo que ese bucle o espiral está profundamente ligada e imbricada a la otra noción que he pensado que son las prácticas de justicia, que es una propuesta que no desestima ni aminora la importancia de impugnar procesos de justicia dignos desde la trinchera del Estado. En realidad estas prácticas de justicia se entretajan a las formas en las que las madres comienzan procesos de búsqueda de justicia en las fiscalías, en los ministerios públicos. Las prácticas de justicia surgen de las violencias que las madres, las mujeres, las comunidades en lucha se encuentran al momento de exigir justicia y verdad a las autoridades del Estado.

Junté ambas aquí porque son temas que quedan como unas preguntas y reflexiones a seguir teniendo, sobretodo en estos momentos en el país con una militarización inminente que tendrá claros efectos en cómo la violencia feminicida sigue atravesando cuerpos feminizados, racializados y precarizados. Las prácticas de justicia y la espiral de las

violencias implican reconocer el carácter encarnado de las luchas, de los aprendizajes colectivos en relación a las violencias y las injusticias.

Ambas nociones vienen de un largo recorrido de varias generaciones que nos han heredado reflexiones, necesidades, palabras y herramientas para seguir impugnando sentidos y también narrativas. Los feminicidios no solo son números, casos, notas rojas; la justicia no solo son carpetas, folios, expedientes; las violencias feminicidas son violencias sistemáticas e históricas que necesitan ser contadas y entendidas desde narraciones diferentes de la violencia, necesitan ser entendidas desde las prácticas y los caminos que las personas, las familias, las mujeres en este país han hecho para contar lo que se ha hecho colectivamente contra el horrorar, para desarmar la guerra, para cuidar la vida, para poner en el centro el cuidado y la ternura.

Hay que cambiar las palabras con las que hablamos de la historia, hay que reconocer lo que se ha hecho por cuidar la vida, porque eso es lo que hemos puesto como primer espacio de lucha, la vida que corre en nuestros cuerpos, la vida que viene después de nosotras en otros cuerpos y que continua en nuestros territorios.

Un sexto punto por recuperar es la importancia de la memoria colectiva que nosotras reconocemos como justicia social. La memoria colectiva somos nosotras, la memoria no es algo etéreo o meramente racional, la memoria tiene lugar en los territorios, en los cuerpos, en la voz, en la multiplicidad de formas en las que las colectividades y comunidades ponen el cuerpo para sanar la vida que está siendo violentada. La memoria también son esas creaciones colectivas que hemos compartido como los bordados, los fanzines, los memoriales, las palabras, pero al final la memoria es lo que podemos compartir con otras desde el vínculo entre nosotras, desde los cuidados y las pieles delgaditas.

Una séptima y última reflexión de esta tesis se relaciona con la prefiguración de mundos nuevos y de posibilidades otras. En medio de esta vida cotidiana en estado de guerra y confusión a veces parece que no hay otras posibilidades, nos hacen creer que la muerte violenta, que el miedo y el dolor es la única forma de morir en este país. Las madres, las familias, nosotras les decimos que no, no, no, no. Las madres en búsqueda nos han enseñado a no dejar de soñar, porque cada que nos levantamos en las mañanas y salimos es para aportar algo a la lucha por la vida, no dejemos de insistir, no dejemos de soñar juntas.

El *acompañamiento entendido como un trabajo que crea y sostiene la vida* es ese lugar de prefiguración en donde se construyen espacios de escucha y cuidado, potencia las fuerzas que nos permiten conjurar otros mundos. La fuerza colectiva de las mujeres hace emerger la potencia de lo posible, en donde se privilegia el cuidado como la más importante de las tareas (Stengers y Pignarre, 2018: 23).

He pensado de forma amorosa y entramada con mi amiga Alejandra López, *el acompañamiento como trabajo que crea y sostiene la vida* es un conjuro colectivo que no es un orden superior al embrujo de la guerra que destruye y rompe todo a su paso, el acompañamiento como conjuro contra la guerra tampoco es la razón que la vence, sino *una fuerza* que se interpone al trayecto de la otra y tiene la potencia simbólica y material que puede lograr desviarla (Stengers y Pignarre, 2018: 24) (Lujano y De Montesinos, 2022).

La potencia del conjuro que genera el *trabajo de acompañamiento* hace estremecer los ríos, hace eco en el viento que sopla en las montañas y ha permitido que las madres y las mujeres construyamos juntas prefiguraciones de justicia para las que ya no están, en donde se exigen sentencias justas al Estado, pero no solo eso (Lujano y De Montesinos, 2022). Juntas hemos construido posibilidades de justicia que sostienen la memoria de las nuestras. La fuerza del acompañamiento contiene tanta potencia porque construye desde la colectividad espacios que sostienen la vida, y que nos ayudan a contar desde lo más profundo del corazón quiénes son esas mujeres que se han convertido en semilla y en flor para nosotras las que continuamos aquí y para las que vienen.

No dejemos de soñar. No dejemos de conjurar mundos posibles, juntas, siempre juntas.

Acordamos vivir, y vivir es luchar.

Referencias:

- Abuelas de Plaza de Mayo. (2021). *Detrás de las Abuelas* [Serie documental]. Tiempo argentino. <https://www.abuelas.org.ar/noticia/detrás-de-las-abuelas-1537>
- Agostín, Marjorie. (2008). *Tapestries Of Hope, Threads Of Love: the Arpillera movement in Chile*. Lanham: Rowmand & Littlefield Publishers.
- Alvarado, Laura. (laurilla_delmar). (8 de octubre 2022). *Restituir los afectos*. https://twitter.com/laurilla_delmar/status/1578809687314952193?s=46&t=JsWYyv_Py7O9qNQscYVDiw
- Alexiévich, Svetlana. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. México: Penguin Random House.
- Azahua, Mariana. (2020). “La rebelión de las Casandras”. *Tsunami 2*. México: Sexto Piso.
- Borzacchiolo, Emanuela. (2016). “Pensando en la construcción de archivos feministas en tiempos de violencia: elementos para el análisis”. *Lecturas críticas en investigación feminista*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Brodsky, Ricardo. (2012). *Arpilleras. Colección del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos*. Santiago: Ocho Libros Ediciones.
- Butler, Judith. (2018). *Resistencias. Pensar la vulnerabilidad y la repetición*. México: Paradiso editores.
- Canto Vergara, Rita. (9 de octubre 2019). *Día 10* [Publicación en Facebook].
- (11 de octubre 2019). *Vamos a detener el tiempo* [Publicación en Facebook].
- Caputi, Jane y Diana Russell. (1992). “Femicide: speaking the unspeakable”. *Feminist frontiers*, No. 3, s/n.
- CIDE-Programa de Política de Drogas (13 de julio 2022). *Militarización de la administración pública*. La militarización en México desde una perspectiva feminista, edición 2022.
- De Laurentis, Teresa. (1984). *Alice Doesn't*. Bloomington: Indiana University Press.
- De Montesinos, Amalia. (2019). *Armarse de conocimiento para sobre-vivir: construyendo las herramientas para una “Guía de acción e investigación para familiares, expertas y acompañantes en casos de feminicidio en México”*. [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México].

- (2021). “Nos van a ver juntas: apuntes críticos desde las prácticas de justicia de mujeres en lucha frente a la justicia patriarcal en un México feminicida”. *Bajo el Volcán Revista del Posgrado en Sociología BUAP* 3(5) (51-77).
- (Agosto 2021). *Entrevista a Las Siemprevivas*. Investigación de campo para tesis de maestría.
- (Octubre 2021). *Entrevista con Las Siemprevivas*. Investigación de campo para tesis de maestría.
- (Noviembre 2021). *Entrevista a Fernanda Montiel*. Investigación de campo para tesis de maestría.
- (Enero 2022). *Entrevista a Aurora González*. Investigación de campo para tesis de maestría.
- (Enero 2022). *Entrevista a Brenda Gutiérrez*. Investigación de campo para tesis de maestría.
- (Febrero 2022). *Entrevista a Laura Fuentes*. Investigación de campo para tesis de maestría.

Deleuze, Gilles. (2009). *Spinoza: filosofía práctica*. Barcelona: Tusquets.

El Perro en la Luna. (2015). *Madres de Plaza de Mayo* [Serie documental]. TVP-Encuentro. <https://www.youtube.com/watch?v=NDJP9vRUX2o&t=754s>

Federici, Silvia. (2015). *El Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limon.

- (2020). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Fortunati, Leopoldina. (2019) *El arcano de la reproducción. Amas de casa, prostitutas, obreros y capital*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Fulchiron, Amandine. (2018). *La “ley de mujeres”: amor, poder propio y autoridad mujeres sobrevivientes de violación sexual en guerra reiventan la justicia desde el cuerpo, la vida y la comunidad*. [Tesis de doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México].

Gago, Verónica. (2020). *La potencia feminista: o el deseo de cambiarlo todo*. Ciudad de México/Oaxaca: Bajo Tierra Ediciones-Pez en el Agua.

Galindo, María. (2020). “Las cinco pandemias que azotan el Culo del Mundo”. *Claves feministas para pensar la pandemia*. Uruguay: Minervas ediciones-Zur Ediciones.

Guerrero MacManus, Siohban y Alba Pons. (2018). *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM.

Gil L., Silvia. (11 de marzo 2020). *Conferencia: Vidas vulnerables, feminismos y crisis civilizatoria*.

<http://www.siea.uaemex.mx/SeminarioViolencia/assets/files/miercoles/114Silvia.pdf>

- (21 noviembre 2021). “La potencia de la vulnerabilidad”. *El Salto*.
<https://www.elsaltodiario.com/pensamiento/silvia-l-gil-potencia-politica-vulnerabilidad>
- (2021). “Mapas para decir “nosotras” / Política de lo común y proyecto feminista”. *Debate Feminista* No. 62 (24-46).

Gutiérrez, Raquel. (2022). *Carta a mis hermanas más jóvenes. Amistad política entre mujeres*. México: Bajo Tierra Ediciones.

Gutiérrez Raquel, Raquel y Ana Lilia Salazar. (2021). “Trabajo que crea y sostiene: subvertir lo que nos expropia y devora”. *La vida en el centro: feminismo, reproducción y tramas comunitarias*. México: Minervas-Bajo Tierra editoras y Escuela de formación feminista.

Gutiérrez, Raquel, Navarro, Mina Lorena y Linsalata, Lucia. (2017). “Repensar lo político, pensar lo común. Claves para la discusión”. *Modernidades Alternativas*. México: UNAM-Ediciones del Lirio.

Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio. (9 de septiembre 2019). *Pronunciamento del Grupo de acompañamiento político en memoria de Lesvy Berlín Rivera Osorio en el marco del inicio de los juicios orales*.
https://drive.google.com/file/d/1sSzJw_79xujZ1ngVUewLWLX7xaQ8xZB2/view?usp=sharing

- (10 septiembre). *Día 2: ¡Un llamado a la defensa pública de la verdad y de la memoria!* Relatoría colectiva. (Se encuentra en el drive).
- (18 de septiembre) *Día 6: Muchas veces hemos visto al mundo desaparecer y, a pesar de todo..., muchas veces lo hemos reconstruido*. Relatoría colectiva. (Se encuentra en el drive).
- (26 de septiembre 2019). *Día 9*. Relatoría colectiva. (Se encuentra en el drive).

- (11 de octubre 2019). *Día 11: Resiste corazón, resiste que estamos caminando*. Relatoría colectiva. (Se encuentra en el drive).
- (30 abril 2020). *Convocatoria*. <https://www.facebook.com/justiciaparalesvy>
- (3 de mayo del 2021). *Lesvy en la memoria*. . <https://www.facebook.com/justiciaparalesvy>
- (28 de octubre 2021). *Pronunciamiento en el marco de la sentencia al feminicida de Lesvy*. . <https://www.facebook.com/justiciaparalesvy>

Haraway, Donna J. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentescos en el Chtuluceno*. Bilbao: Edición Consonni.

Hernáudo, Almudena. (2018). *La fantasí de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Intersecta. (2020). *Las dos guerras. El impacto de los enfrentamientos de las fuerzas armadas en los asesinatos de mujeres en México (2007-2018)*. México: Intersecta-Fondo Semillas.

Jiménez Naranjo, Yolanda. (2011) “Exclusión, asimilación, integración, pluralismo cultural y “modernización” en el sistema educativo mexicano: un acercamiento histórico a las escuelas de educación pública para indígenas”. En *Revista de Investigación Educativa* No. 12. Instituto de Investigaciones en Educación, Universidad Veracruzana.

Juárez Acevedo, Itandehui. (2019). *La reproducción de la vida en Juchitán de Zaragoza después del terremoto del siete de septiembre del 2017*. [Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social].

Korol, Claudia. (2004). *Pedagogía de la resistencia: cuadernos de educación popular*. Buenos Aires: Asoc. Madres de Plaza de Mayo.

Lagarde y de los Ríos, Marcela. (2005). *¿A qué llamamos feminicidio?* 1er Informe Sustantivo de actividades 14 de abril 2004 al 14 abril 2005, Comisión Especial para Conocer y dar seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Feminicidios en la República Mexicana y a la Procuración de Justicia Vinculada. LIX Legislatura Cámara de Diputados H. Congreso de la Unión.

- (1990). *Los cautiverios de las mujeres: madre esposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

La Herejía / The Heresy. (3 marzo 2019). #8M - Silvia Federici y la reproducción de la vida [Archivo de video]. Youtube:

<https://www.youtube.com/watch?v=a9NrMYPrYD0&list=PLY9jcajFC66yD51IrLeF3rlgDKompg48X&index=6>

Las Siemprevivas. (2021). *Pad: Colaboratoria del andar colectivo de Las Siemprevivas para sentirse y pensarse a la distancia (pero estando cerquita)*. <https://pad.riseup.net/p/r.26ec2d4c822299c19e7ee769a0020954>

Librería de Mujeres de Milán. (1991). *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*. Madrid: Horas y horas.

Linsalata, Lucia y Navarro Trujillo, Mina. (2021). Proyecto Integral Morelos: extractivismo, necrotización del tejido de la vida y contrainsurgencia en tiempos de PANZOODEBIO 5. (En prensa).

López Lujano, Alejandra y; De Montesinos Zapata Amalia. (2022). “Conjuro contra la guerra: El acompañamiento de mujeres para sostener la vida y luchar por la justicia en un México feminicida”. *IX Congreso de la red de estudios de género del norte de México. Rupturas, transgresiones y consesos de los feminismos y los estudios de género en las sociedades post covid*. Tijuana, México.

Marx, Karl. (2020) *El Capital*. Tomo I, Vol. 3. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.

Menéndez, Mariana. (2021). “Palabras-alma para una lengua política propia”. *La vida en el centro: feminismo, reproducción y tramas comunitarias*. México: Minervas-Bajo Tierra editoras y Escuela de formación feminista.

Mies, Maria. (2018) *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Navarro Trujillo, Mina Lorena. (2016). *Hacer común contra la fragmentación de la ciudad. Experiencias de autonomía urbana*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Osorio Martínez, Araceli. (11 de octubre 2022). *Participación en el conversatorio contra la militarización convocado por la Red Universitaria Anticapitalista*.

- (2 de mayo 2019). *Disculpa pública a la familia de Lesvy Berlín Rivera Osorio por parte de la PGJ-CDMX*. Auditorio del Instituto de Ingeniería de la UNAM. <https://www.youtube.com/watch?v=W5sZ-Otiefw>

Reyes-Díaz, Itandehui. “Cuerpos-territorios despojados: escenarios de la violencia feminicida y desaparición en Ecatepec, nororiente del Valle de México”. *Bajo el Volcán* 18(27) 45-68.

Rea Gómez, Daniela. (2020). *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*. México: Grijalbo-Pie de Página.

Restrepo, Alejandra. (2016). “La genealogía como método de investigación feminista”. *Lecturas críticas en investigación feminista*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Rivera Cusicanqui. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Rosales, Critel. (6 de diciembre 2021). “La violencia contra las mujeres es la pandemia sombra”. *Animal Político*. <https://www.animalpolitico.com/lo-que-mexico-evalua/la-violencia-contra-las-mujeres-es-la-pandemia-sombra/>

Paley, Dawn Marie. (2020). *Guerra neoliberal. Desaparición y búsqueda en el norte de México*. México: Libertad Bajo Palabra.

Pérez Orozco, Amaia. (2014). *Subversión feminista de la economía. Sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Pérez Osorio, Carlos. (Director). (2020). *Las tres muertes de Marisela Escobedo* [Documental]. Netflix.

Sánchez Talanquer, Mariano. (2020). *Las defensas rurales del Ejército y las raíces históricas de la militarización*. México: Programa para el Estudio de la Violencia-CIDE. <https://www.cide.edu/pev/2020/10/29/las-defensas-rurales-del-ejercito-y-las-raices-historicas-de-la-militarizacion/>

Segato, Rita Laura. (2013). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Seminario Literatura Iberoamericana Comparada. (2017). *Ni UNAME- nos Justicia para el feminicidio de Lesvy Berlín Osorio*. México: Editorial Lxs Nadie.

Sosa González, Noel. (2020). *De la orfandad al linaje. Hacia una genealogía de las luchas feministas del Uruguay post dictadura*. [Tesis de doctorado, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla].

Stengers, Isabel y Philippe Pignarre. (2018). *La brujería capitalista*. Buenos Aires: Hekht libros.

Suprema Corte de Justicia de la Nación. (2015). *Sentencia Mariana Lima Buendía*. México.

Tickner, Arlene. (2022). “Hacia una lectura crítica del militarismo y la militarización”. *Análisis Carolina. Serie: Paz*. <https://www.fundacioncarolina.es/hacia-una-lectura-critica-del-militarismo-y-la-militarizacion/>

Stavenhagen, Rodolfo. (2010) “La política indigenista del Estado mexicano y los pueblos indígenas en el siglo XX”. En *Los grandes problemas de México*, vol. 5. México: El Colegio de México.

Vega Solís, Cristina. (2018). “Reproducción social y cuidados en la reinención de lo común. Aportes conceptuales y analíticos desde los feminismos”. *Revista de Estudios Sociales* No. 70 (49-63). <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/10.7440/res70.2019.05>

Zibechi, Raúl. (8 de julio del 2016). “Acumulación por exterminio”. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2016/07/08/opinion/019a1pol>